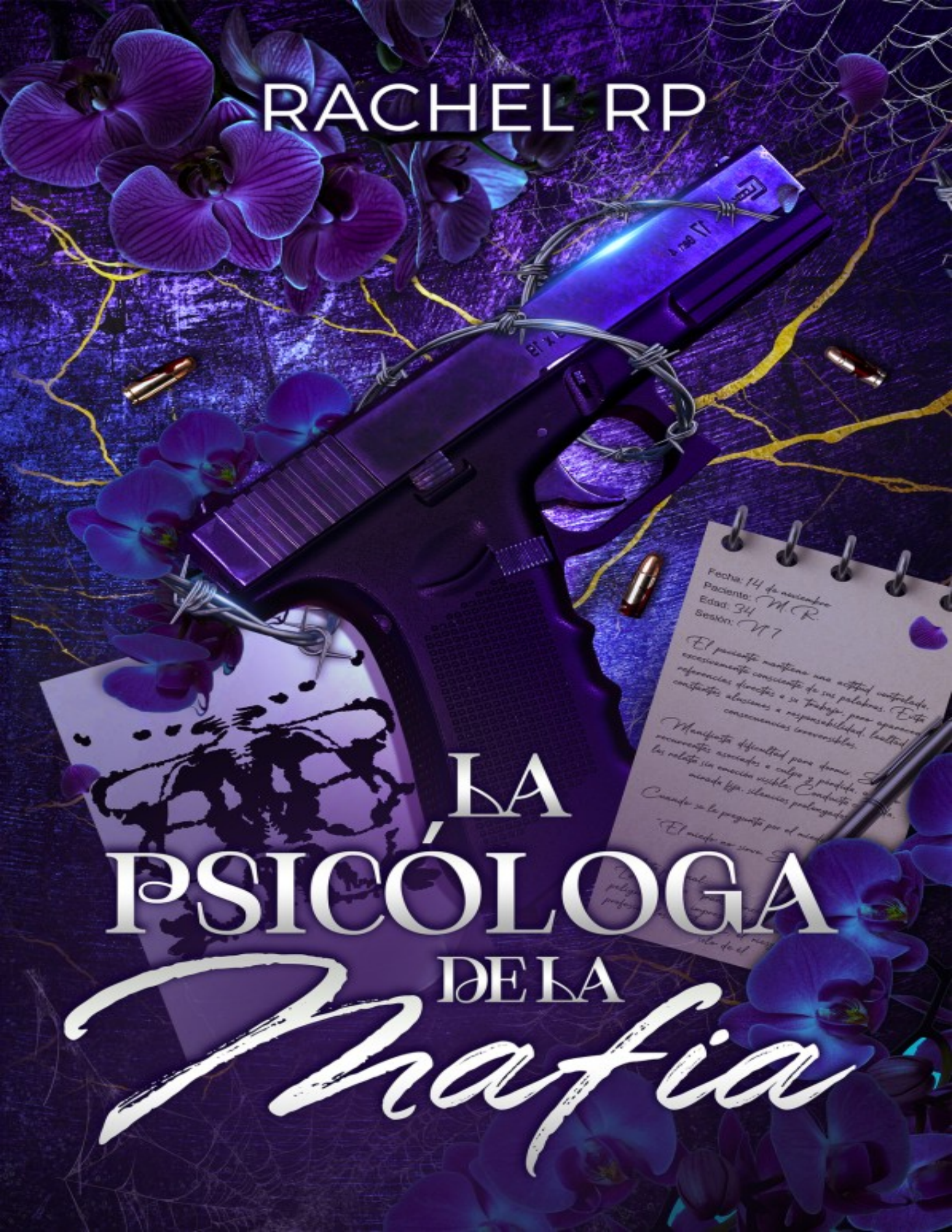
RACHEL RP



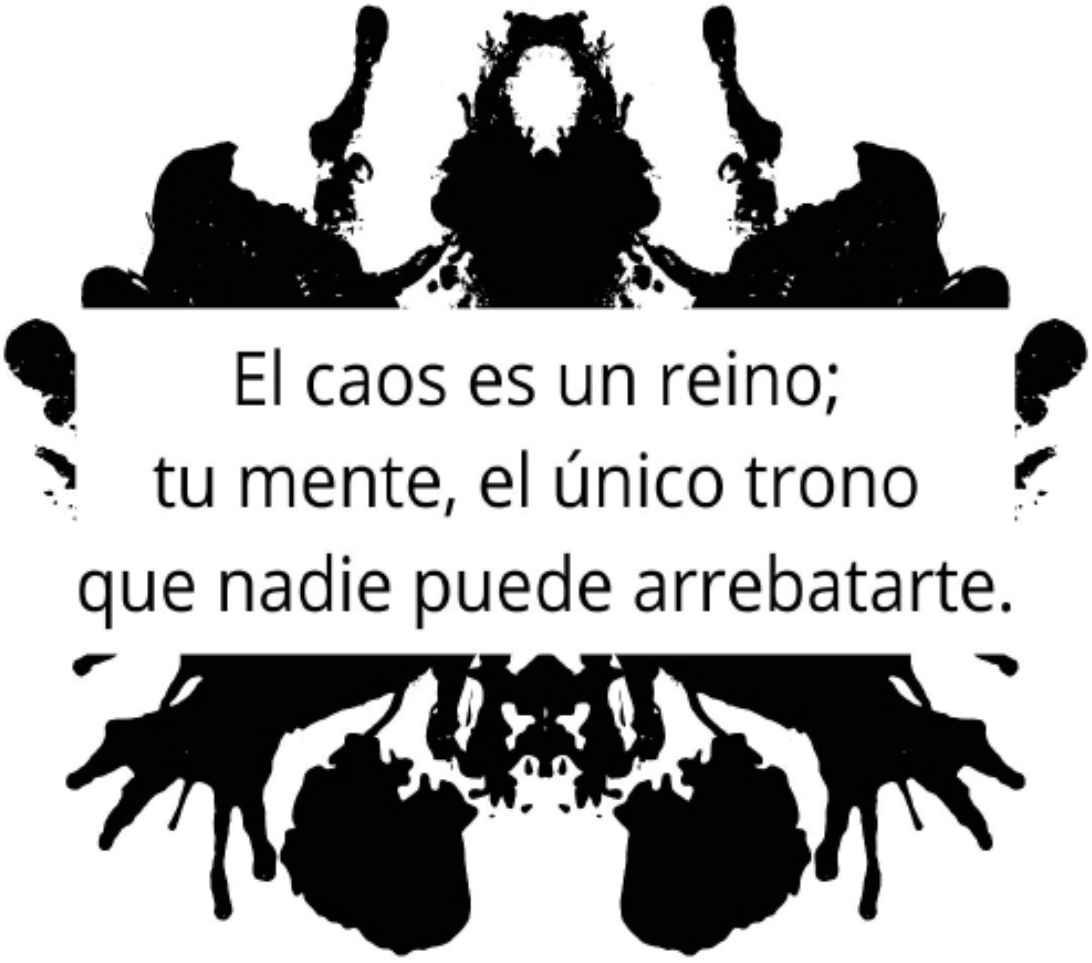
LA PSICÓLOGA DE LA Mafia

Contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50

Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Epílogo
¿Y ahora qué?


El caos es un reino;
tu mente, el único trono
que nadie puede arrebatarte.

Capítulo 1

Hannah

Me toco la tripa; cualquiera que me vea desde lejos pensará que estoy embarazada. No porque sea redonda y abultada, de hecho, últimamente me he dado cuenta de que necesito comer más, sino porque este gesto tan simple es uno que toda madre lleva a cabo de forma inconsciente para hacer saber a su bebé que está ahí, cuidándolo.

Aunque eso es algo que yo nunca voy a sentir. No sabré lo que es que unas pataditas desde dentro te hagan sonreír porque mi cuerpo no puede concebir.

—Echo de menos tus abrazos en días como este —le digo a la tumba de mi marido—. Hoy he soñado con que seguías vivo, que éramos felices, con una familia de tres niños y dos niñas. Sí, lo sé, es una locura, pero una que me hubiera gustado vivir.

Me siento junto a la lápida con el nombre del único hombre al que una vez llamé «esposo» y sonrío, recordando lo bonitos que eran los días a su lado.

No voy a mentirme diciendo que fue el amor de mi vida, no lo era, y probablemente yo tampoco el suyo. Éramos amigos, los mejores, desde niños.

Vivía a un par de calles de mí y desde pequeños jugábamos juntos. Siempre me defendió y yo a él. Cuando nos hicimos mayores, fue como natural intentar ser pareja. Él me puso muchos cuernos y yo siempre creí que se debía a que no era lo bastante buena. Ahora

soy adulta y sé que era simplemente porque estaba buscando su lugar en el mundo, y cuando lo encontró, volvió a mí para formar una familia juntos.

Solo que eso nunca pasó. Intentamos tener hijos de la forma tradicional, después por fecundación, pero cada mes que me bajaba la regla sentía que algo se rompía dentro de mí.

Finalmente decidimos hacernos unos estudios y, aunque yo en el fondo ya lo sabía, nos confirmaron que el problema era yo. Lo cual, por un lado, fue bueno, ya que, en la Camorra, que un hombre no pueda tener hijos se ve como una debilidad. Es arcaico y estúpido, pero así son las cosas aquí en San Francisco.

Dejo las rosas que he comprado, él siempre me las regalaba, aunque no es mi flor favorita; nunca se lo dije porque lo importante era el detalle, ¿no?

Suena mi teléfono y descuelgo sin mirar, por el tono ya sé quién es.

—Hola, mamá —saludo.

—Buenas tardes, preciosa.

—Aquí apenas son las nueve de la mañana. —Me río.

—En este lado del mundo ya está anocheciendo —me cuenta mi madre.

Se mudaron a Berlín papá y ella el año pasado. Era la ilusión de mi madre y papá, por supuesto, se lo cumplió; aprovechando que el capo, Alessandro Belucci, decidió jubilarse, él hizo lo mismo.

—¿Qué tal vas? —me pregunta sin decirme exactamente lo que quiere. Hoy es el aniversario de Salvatore, hace cinco años que murió y sabe a la perfección dónde estoy.

—Bien, ahora tengo un par de consultas y por la tarde he quedado con Jenna para tomar un café.

—¿Por qué no te vienes a Berlín una temporada?

—Sabes que no puedo, tengo aquí mi trabajo y me gusta, aunque no descarto ir a veros porque me encanta esa ciudad.

Y es así. Al principio me costó disfrutar de Berlín cuando los ayudé a mudarse, al fin y al cabo, ese lugar me estaba quitando a mi padre y a mi madre a la vez. Aunque he de reconocer que después de estar unos días allí lo entendí todo, es un lugar lleno de magia multicultural en el que la historia está presente en cada ladrillo.

—Aquí siempre vas a tener tu casa, y si necesitas que volvamos, lo haremos, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, mamá.

Aún se siente culpable por dejarme aquí, y no debería, hizo un trabajo maravilloso como madre y que no viva aquí no significa que me quiera menos, o yo a ella.

Hablamos media hora de todo y de nada, me pregunta qué cené ayer y me regaña porque «eso no es comida». Si viera lo delgada que me he quedado se enfadaría, aunque, a decir verdad, no es porque esté triste o deprimida, simplemente la comida no es una prioridad para mí. Quizás debería ir a hacerme unos análisis para ver que todo esté bien. La semana pasada vi un programa en la tele de parásitos intestinales que aún me provoca pesadillas.

Una vez que terminamos de hablar, me guardo el teléfono y prosigo con mi visita a mi marido. Ser viuda a los treinta es raro, aunque práctico en mi caso. Pertenezco a la Camorra, bueno, mi padre. Él es un soldado que ha servido a Alessandro Belucci desde

que pudo sostener un arma y yo me he criado en esta vida. Para muchas familias italianas de la costa Oeste, el hecho de que mi madre no sea de nuestro mundo no les gusta; al menos, ya no hay tanto tabú con ese tema.

Mi padre siempre me cuenta que, cuando le dijeron que debía casarse, él no dudó, le tenía el ojo echado a mi madre desde hacía tiempo. Le costó convencer a mis abuelos de que todo estaría bien, pero finalmente lo logró, la conquistó y, por amor, mi madre hizo un poco la vista gorda al hecho de que mi padre trabajaba en el mundo criminal. La única condición que mamá le puso a papá fue que jamás le hiciera daño a un niño, y hasta el día de hoy así ha sido.

La cuestión es que, al quedarme viuda, lo lógico hubiera sido buscar dentro de la Camorra un reemplazo; sí, así de románticos pueden ser, pero mi imposibilidad de tener hijos hace que huyan de mí como si tuviera la peste. Y yo estoy encantada con ello. No quiero a un mafioso en mi vida, ya tuve a uno y lo asesinaron, no puedo pasar por eso dos veces.

Me despido de Salvatore y me llevo las flores secas de la última vez. Ahora las flores nuevas hacen que su tumba se vea más bonita.

Salgo del cementerio y camino tres calles hasta la esquina donde está la pastelería, miro mi reloj y veo que aún tengo cinco minutos antes de que mi trabajo pase por mí. Entro y me compro un *cinnamon roll* para almorzar; justo cuando salgo, veo el camión aparecer por el final de la calle. Me paro junto a la acera, se detiene a mi lado, se abre una puerta lateral y bajan unas escalerillas metálicas. Subo, cierro, saludo a mi paciente y me siento en la butaca. Cojo mi libreta del bolso, me abrocho el cinturón y le doy al botón para avisar al conductor de que puede reanudar la marcha.

—Y bien, Claudio, ¿en qué puedo ayudarte hoy? —le pregunto al soldado de la Camorra, tumbado en el diván de mi despacho ambulante de psicóloga de mafiosos.

Capítulo 2

Nilo

Mi padre se sienta en la butaca del despacho, que está al lado de la ventana, con su vaso de amaro mientras charla con su mejor amigo, mi tío Gio.

—¿Estás seguro de que te vas a largar a ver mundo? —le pregunta mi tío por enésima vez, y papá se ríe.

—Ah, Gio, si tu mujer te pidiera montar en un cocodrilo, lo harías solo por verla sonreír como mi Rosa.

—Ese es el problema —se queja Gio—, que Serena y Rosa son amigas y ya ha empezado a decirme que quizás no es tan mala idea cogerse unas vacaciones.

—Podríais veniros con nosotros —le propone papá.

—¡No! Me encanta mi trabajo y me sentiría extraño sin poder llevar mi arma en todo momento encima, además, ¡somos la Camorra! No cogemos vacaciones.

Mi padre se ríe y yo me uno a ellos.

Mi tío Gio lleva trabajando para mi padre desde que le salieron pelos en los huevos, palabras suyas, no mías, y son amigos desde que los pusieron en la misma cuna al nacer porque los padres de ambos ya eran amigos. Aunque siempre han sido muy similares, desde que mi padre enfermó ha cambiado su forma de ver la vida. Antes la Camorra era igual de importante que la familia, ahora está en un segundo plano; por eso me dejó al mando ya el año pasado y he tomado su relevo como jefe de San Francisco.

Reviso los papeles frente a mí mientras mi padre y mi tío siguen discutiendo sobre si es mejor dejar de trabajar o morir haciéndolo.

Llego a unos informes que tengo ganas de comentar con ambos. Abro el primer archivo y veo los datos de una mujer, vive en Greybridge, es una pequeña ciudad a las afueras de San Francisco, es viuda y no tengo foto, pero no la necesito, de momento.

—Papá, ¿podemos hablar de un tema? —inquiero, ambos se callan y me miran.

—Creo que estás en problemas —bromea mi tío, y mi padre asiente despacio.

Ambos se levantan, llegan hasta la mesa del despacho donde estoy sentado y se dejan caer en las sillas frente a mí. Siempre es igual, donde va uno va el otro, va a ser raro cuando papá se largue, sé que a Gio le va a costar vivir esta vida sin él.

—¿Qué ocurre? —pregunta mi padre, dejando el vaso vacío de amaro en la mesa.

—Es sobre la psicóloga de Greybridge.

—Muy buena chica —interviene mi tío—, la conocí hace unos años en el funeral de su marido.

—La cuestión es que no sé cómo de inteligente es tener a una comecocos que escuche cosas que no debería —expongo.

Es un tema que me preocupa.

—Ella no atiende a nuestros hombres en el ámbito laboral, por así decirlo, es solo un apoyo para la parte emocional. Tú deberías entender, mejor que nadie, que hace falta cuidar de nuestra mente —responde mi padre.

Asiento porque sé que está hablando de cuando hace años nos secuestraron a él y a mí y nos torturaron. Yo apenas era un a cría,

pero todavía tengo pesadillas con esos días. Si no llega a ser por la ayuda de los Bianci de Nueva York, no sé si hubiéramos salido con vida ambos. Aunque todavía tengo secuelas de aquello, una que me guardo en secreto desde entonces.

—¿Cómo podemos estar seguros de que no va a ir a la Policía? ¿O que ellos la pillen para tratar de llegar hasta nosotros? —insisto.

—Porque hago bien mi trabajo —suelta tío Gio—. La investigué en su momento. Ella y su marido nos pidieron permiso para hacer esto, no tratan de sacar nada a nuestros soldados, lo reviso, no la dejo hacer lo que quiera, además, la Poli ya ha tratado de llegar a nosotros a través de ella.

—¿En serio? —pregunto asombrado porque eso no lo sabía.

—Sí, al principio tenía una consulta aquí en San Francisco y venía una vez a la semana. Se dieron cuenta y trataron de chantajearla. Ella no dudó en venir a contárnoslo todo. Decidimos que lo más inteligente era que siguiera operando, pero desde otro lugar.

—¿Y no es más inteligente simplemente dejar de hacerlo? —interrumpo, y mi padre sonríe, no, él no, el capo, Alessandro Belucci, lo hace.

—Nunca jamás la Camorra ha permitido que unos idiotas con uniforme nos digan qué podemos o no hacer, mucho menos escondernos para hacer lo que nos dé la gana, así que no, eliminar este servicio no estaba dentro de las posibilidades.

Asiento porque entiendo lo que dice.

—De todas formas, puedes ir a hacerle una visita y comprobar por ti mismo que está todo bien —me sugiere mi tío, y anoto mentalmente hacer eso.

A la hora de comer, mi padre y mi tío se van al restaurante que hay en la calle de atrás de donde tengo el despacho, allí los esperan mi madre y mi tía, también mi prima Simona y mi amigo Dom. Vamos a celebrar que oficialmente mi padre deja el puesto y que yo lo relevo.

Recojo todo después de unas últimas llamadas que necesitaba hacer, me coloco la americana y ajusto las armas debajo de la misma. Salgo del despacho y cojo el ascensor hasta la planta calle. Antes de que pueda despedirme de la chica de la recepción, una mujer me aborda; si no fuera porque la chupa como una de lujo, no la dejaría acercarse tanto.

—Nilo, tenemos que hablar.

—Te he dicho que no me llames así, eso es solo para la familia. Para ti soy Danilo.

Hace un mohín con sus labios y decido ignorarla. Me despido de la recepcionista y salgo a la calle. El frío de San Francisco está empezando a dar paso a la primavera, pero aún estamos demasiado cerca del invierno y el aire fresco hace que un escalofrío me recorra el cuerpo.

—Danilo, no pases de mí, tenemos que hablar de algo importante —dice de nuevo Cynthia, y empieza a cabrearme.

Tengo hambre y quiero llegar ya hasta donde está mi familia esperándome.

—No quiero hablar contigo, ahora mismo tengo otras cosas que hacer —trato de explicarle mientras me pongo en marcha de nuevo, dándole la espalda.

—Danilo, esto te interesa —suelta, y algo en su tono hace que me detenga y me gire.

—Tienes un minuto.

—Solo necesito la mitad —asegura mientras coge mi mano y la pone en su vientre—. En unos meses, tú y yo vamos a ser padres.

No. Me. Jodas.

Capítulo 3

Hannah

Es curioso como, cuando piensas en salud mental, en cuidar de ella, crees que es más un tema de mujeres. Sí, lo sé, es una tontería, pero esa era mi percepción antes de entrar en la carrera de Psicología. Sin embargo, estos años ejerciendo me han hecho darme cuenta de que tengo más pacientes hombres que mujeres; todavía no tengo claro lo que eso significa.

En el diván de la consulta que tengo sobre la cafetería Monitos está hoy el señor Davis, es un hombre que sufre algo así como el síndrome del superviviente, solo que él no ha pasado por ningún tipo de experiencia traumática, su vida ha sido así desde siempre.

—Entonces —continúa contándome el señor Davis—, mi mujer me dice que nos ha tocado la lotería, cien mil dólares, que podemos hacer el viaje de nuestros sueños, y lo dice tan tranquila, ¡sin preocuparse de nada!

Sonrío porque él no puede verme. En algunas sesiones prefiero situarme a la cabeza del paciente, fuera de su campo de visión para que pueda abrirse mejor.

—Creo que es algo bueno que te toque la lotería y poder cumplir tus sueños, ¿no? —pregunto.

—No, bueno, sí. Es algo bueno, demasiado, seguro que pasa algo que luego lo estropea todo. ¿Por qué me iba a tocar a mí la lotería? No voy a la iglesia ni hago donaciones ni nada de eso.

Apunto en mi libreta todo esto. El señor Davis cree que cuando te pasan cosas buenas es porque está a punto de pasarte algo el doble de malo. Es un estrés constante el no alegrarte ni disfrutar la vida solo por si acaso todo se va a la mierda.

—Señor Davis, vamos a hacer un ejercicio. Necesito que, desde hoy hasta la siguiente sesión, cada vez que le pase algo bueno, lo anote en el móvil, pero de una forma en particular.

Él se sienta y me mira expectante.

—De acuerdo, ¿cómo debo hacerlo?

—Preciso que ponga tres columnas. En la primera, la cosa buena que le ha pasado, como lo de la lotería. En la segunda, la consecuencia negativa que esto tendrá.

—¿A qué te refieres? —me interrumpe.

—A qué piensas que te va a ocurrir por haber ganado la lotería: una enfermedad, un accidente, una multa…

—*OK*, entendido.

—Bien, y una tercera columna en la que debe responder dos preguntas: ¿esto me ha pasado antes de la misma manera? Y ¿esto le ha pasado a alguien de mi entorno?

—Vale, ¿y esto para qué sirve? Porque no me parece que apuntar las cosas cambie el hecho de que creo que todo lo bueno tiene consecuencias malas.

—Señor Davis, no necesito que cambie sus creencias, solo que las compruebe.

Dicho esto, el hombre se va y yo recojo todo; ahora me toca un paciente de los que atiendo en el camión.

Me bajo y espero en la esquina, donde hay una floristería que hace unos centros de orquídeas preciosos. Si no fuera porque se me

mueren hasta las plantas de plástico, tendría algunas en casa.

El camión se acerca y observo a una patrulla de la Policía que viene justo por la calle en la que estoy. Saco mi móvil del bolso y me giro, dando la espalda. Esa es la señal para que no se detengan y den otra vuelta. El camión lo hace sin problema. Este mes está rotulado como si fuera una empresa de transporte de muebles. En verano es muy divertido ver que cambiamos a uno que es una heladería rodante y llevamos la típica musiquita. Por suerte, el interior está completamente aislado del ruido.

En la siguiente pasada no veo nada extraño y, en cuanto abre, me subo. Dentro ya me espera Leonardo. Es un hombre de treinta y pocos que aún está en duelo por la muerte de su abuelo. Se crio con él y ahora tiene un vacío que le es difícil de superar.

—¿Qué tal está, Dot? —me saluda con cariño, y sonrío mientras me siento, me pongo el cinturón y aprieto el botón para reanudar la marcha.

—Soy Hannah.

—Para nosotros siempre vas a ser la *Dottoressa Confesora* —contesta—. Porque nadie entra limpio y nadie sale juzgado.

—Bueno, ¿en qué puedo ayudarte hoy? ¿Otra vez problemas de faldas? —pregunto, recordando la última vez que vino con un arañazo en la cara de su última buena idea en una lavandería, donde sus dos novias hacían la colada.

—No, esto es algo más jodido, tiene que ver con mi trabajo.

—Sabes que no podemos hablar de esos temas aquí —le recuerdo.

—Lo sé, pero necesito hacerlo. Y si crees que después debes informar alguna mierda, puedes hacerlo sin dudar.

Sopeso la idea y decido aceptar, ya veré luego lo que es mejor.

—Bien, cuéntame, ¿qué ha pasado?

—Tenía un encargo, algo sencillo, solo el cobro de un alquiler…No sé qué me pasó. Iba todo bien… y, de repente, olía igual. No exactamente igual, pero casi. Y me dio… asco no. Me dio pena.

—No te entiendo.

—Mi abuelo olía así cuando me abrazaba.

—Vale, así que te vino un recuerdo y tus sentimientos se vieron afectados. Sustituiste lo que sentías en ese instante por lo que te hacía sentir tu abuelo al abrazarte.

—Algo así —murmura.

—Bien, vamos a trabajar en ello para que puedas seguir cobrando deudas, ¿te parece?

—Gracias, Dot.

Me mira y sé en lo que está pensando.

—Y, tranquilo, esto no va a salir de aquí.

Respira aliviado y veo que se relaja.

Cuando terminamos la sesión, se baja y veo en sus ojos que está a punto de abrazarme, por eso me quedo detrás del sofá, manteniendo una distancia prudencial, porque lo importante es que quede claro que no somos amigos, sino paciente y psicóloga.

Solo me queda un paciente más antes de ir a tomar café con mi amiga Jenna, así que le mando un mensaje para que sepa que llegaré a la hora; a veces, dependiendo del paciente, sé que no basta con una cita normal y tengo que ampliar horario.

El camión se detiene, se abre la puerta y, en vez de al señor Cassetti, veo aparecer a un hombre más joven, uno que me apunta con un arma y que cierra la puerta.

—Dale al botón para que esto arranque o te pego un tiro ahora mismo.

Capítulo 4

Nilo

Simona y Dom no paran de reírse, juro que, si no fuera porque los quiero, ya estarían muertos hacía, al menos, dos décadas.

—¿Os va a durar mucho el chiste? —les pregunto mientras veo que no paran de hacer bromas sobre el hecho de que debería habérmela plastificado o de que simplemente soy gilipollas por dejarme atrapar por un puto embarazo.

—A ver, Nilo, reconoce que es para reírse —logra decir Simona.

—En serio, no sé cómo no te has cuidado más —se burla Dom, y le saco el dedo del medio.

—Me he cuidado siempre.

—Está claro que no —rebate Simona.

—Se supone que ella tomaba la píldora —me defiendo.

—No sigas hablando, amigo, estás cavando tu propia tumba a cada palabra.

He decidido no contarle nada de momento a mis padres ni a mis tíos, pero Simona es mi mano derecha en el negocio y Dom es un grano en el culo que está de visita, también llamado uno de mis mejores amigos.

—¿Qué vas a hacer? ¿Has pensado en una prueba de ADN? —pregunta Simona, y asiento mientras me recuesto en el sofá del *pub* en el que nos estamos tomando algo.

Nuestros padres aún siguen en el restaurante, así que aquí puedo hablar sin problema.

—Pues, si es mío, me haré cargo —contesto—. Y por supuesto que le haré un test de ADN en el segundo en que nazca, pero no antes, la amniocentesis es una prueba invasiva que puede provocar un aborto.

—¿¿La amnio… qué?? —me corta Dom.

—Es una prueba en la que te meten una aguja en la tripa para llegar al feto y pincharle para sacarle sangre —explica alegremente mi prima, y Dom palidece un poco.

Para ser un mafioso despiadado es bastante sensible con los temas de la sangre, y eso que como chef ve mucha, pero una cosa es la animal y otra la de un ser humano.

—¿Te casarás con Cinthya?

—Ni de puta coña —les aseguro—. Una cosa es que si el bebé es mío me haga cargo, y otra muy diferente es que me ate para toda la vida a una mujer que no amo.

—Oooh, eres tan romántico, primito.

Le saco el dedo del medio y ambos se ríen. Sí, desde siempre he tenido claro que quiero enamorarme y tener una familia, como lo hicieron mis padres, y no pienso avergonzarme por ello.

El teléfono de Simona suena y se levanta para contestar; donde estamos es un lugar tranquilo, pero la cobertura es un poco mierda.

Cuando vuelve, se coloca su chaqueta y se bebe de un trago el *limoncello* que había pedido.

—¿Qué pasa? —inquiero al ver su cara de fastidio.

—Han dado aviso de que algo ocurre en el camión de la psicóloga, ya tengo a un par de nuestros hombres preparados para detener el camión, pero quiero ir yo misma a ver qué ha sucedido.

—¿Conoces a la mujer? —le pregunto, y ella asiente.

—No en persona, pero sí que la he investigado, también leí los informes de mi padre. Me causa curiosidad.

—Normal, ¿quién, en su sano juicio, tiene a una psicóloga escuchando a criminales hablar de cosas ilegales? —se burla Dom, y le tiro un hielo.

Sé que es una puta locura, aunque confío en que si mi padre lo permitió es por una buena razón. No he venido a destruir el legado de mi padre para colocar el mío sobre sus cenizas, lo que quiero es continuarlo.

—Mantenme informado.

Simona asiente y me da un beso en la mejilla antes de irse.

—Para mí nunca hay beso —se queja Dom.

—Normal, le quitaste la virginidad jurándole amor eterno y te duró básicamente la temporada de verano. Cuando volviste a casa ni la llamaste.

—Y Gio ya me dio una paliza por eso, y mi madre le permitió a Simona darme otra. Creo que aprendí la lección —se queja, y yo alzo una ceja—. Bueno, la escuché, aprenderla no sé si es la palabra.

—¿Cuándo vuelves a casa? —pregunto, cambiando de tema.

—Pues aún me quedan un par de meses por delante de curso. Espero que para verano ya esté todo terminado.

—Si no es así, tu madre vendrá a buscarte, lo sabes ¿no?

Se ríe y asiente.

Sus padres son muy protectores y, aunque su padre es el capo, la que más miedo da es su madre.

—De momento está entretenida con mi hermano. Por lo visto, le gusta una chica y ella está deseando que se case y tenga hijos.

Ruedo los ojos porque todas las madres de la mafia son iguales.

—Creo que voy a volver ya a la oficina, les he pedido a mis abogados antes que me redacten un contrato para el tema del bebé y quiero revisarlo antes de ir con mis padres a contarles todo esto.

—¿Hay alguna posibilidad de que te enamores de la madre de tu hijo? —pregunta Dom, y niego con la cabeza.

—Ella no se ha quedado embarazada por un descuido, llevamos años acostándonos y nunca ha habido ni un pequeño susto. Esto lo ha hecho porque sabe que es una forma de agarrarme, y no puedo amar a alguien que negocia con bebés.

—Totalmente de acuerdo.

Brindamos con nuestro amaro y respiro hondo. Me espera una buena charla de parte de mis padres. Solo deseo que entiendan que aún quiero conocer al amor de mi vida. Y espero que ese hijo sea mío porque, de lo contrario, va a quedarse huérfano en cuanto nazca.

Capítulo 5

Hannah

Miro al tipo, lentamente extiendo la mano y pulso tres veces el botón. Esto es una señal para que sepan que algo no está bien. El camión arranca y el leve traqueteo hace que me tenga que agarrar a la butaca para no caerme.

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunto, y al notar que el vehículo está en marcha, se acerca al diván como puede y se sienta en él.

—Quiero que me ayudes a conquistar a una mujer —dice derrotado, con el arma aún en sus manos.

—Yo no puedo hacer eso, puedo aconsejarte y decirte cosas que a mí me gustan, pero cada mujer es diferente.

—¡No! Sé que puedes hacer más, todos los soldados comentan lo bien que haces esto de comer el coco para hacerte sentir mejor. Quiero que me enseñes a hacer eso y que ella se enamore.

Me da un poco de pena, solo un poco, porque aún tiene el arma en sus manos y esa cosa se podría disparar en cualquier momento.

—Bueno, empecemos por el principio, háblame de ella —pido para ganar tiempo hasta que alguien venga en mi ayuda.

No es la primera vez que estoy en una situación violenta. Nunca me han hecho daño, sin embargo, no puedo olvidar quiénes son estos hombres y cuál es su trabajo.

El tipo comienza a contarme sobre la mujer sin dejar de tocar una pulsera de cuero con un cascabel en ella. Por las cosas que me dice,

debe ser una bastante manipuladora. Le ha sacado todo tipo de regalos, ninguno barato, y lo ha dejado en cuanto él le ha dicho que el dinero se ha terminado. Está muy endeudado y esto puede haber alterado su cabeza hasta cometer esta locura.

Mientras el hombre me explica lo maravillosamente bien que huele el champú de la mujer de la que me habla, el camión se detiene y se apaga la luz dos veces.

—¿Qué ha pasado? —pregunta nervioso, volviéndome a apuntar.

El camión comienza a moverse de nuevo y yo me levanto.

—Es solo que a veces el sistema falla si ha cogido algún bache. Déjame que revise el cuadro eléctrico y ahora continuamos —le digo, y él asiente.

—Pero las manos donde pueda verlas, no hagas ninguna tontería.

—Muy bien —contesto, y me dirijo hacia una puerta al lado de donde estoy.

El camión se detiene bruscamente y aprovecho ese momento de desconcierto para meterme dentro y cerrar. Es una mini habitación del pánico, solo quepo yo. Me siento en el suelo y pongo mis manos sobre la cabeza, cubriéndome.

Se escucha al tipo desde fuera aporrear la puerta. Trata de abrirla, pero el sistema es muy seguro. Luego hay un par de voces masculinas más y el sonido de algo rompiéndose. Unos minutos después, la puerta se abre desde fuera y veo a Matteo tender su mano hacia mí.

—¿Estás bien? —pregunta preocupado.

—Sí, es solo que se le ha ido la cabeza, pero no creo que quisiera hacerme daño —le explico mientras me levanto del suelo.

—Tenía un arma cuando hemos entrado.

—Todos tenéis una cuando venís aquí —le recuerdo divertida, y él rueda los ojos.

—Este trabajo es demasiado peligroso para una…

—Como el final de esa frase sea «mujer», voy a hipnotizarte para que seas una gallina el resto de tus días, y de las ponedoras.

Matteo se ríe y me abraza. Nos conocemos desde niños, era uno de los mejores amigos de mi marido y siempre ha cuidado de mí.

Miro que hay algunas cosas fueras de sitio y una pequeña mancha de sangre en el suelo.

—¿Está muerto? —inquiero, y él niega con la cabeza.

—Aunque podría estarlo en breve—asegura.

—No lo permitas, por favor, no creo que sea un mal tío. Solo una mala decisión un mal día.

—Eres demasiado buena, veré lo que puedo hacer. De todas formas, en cuanto los chicos se enteren, van a darle tal paliza que va a tener que comer con pajita el próximo año.

Me río, aunque sé que será así. Los hombres que vienen aquí y se abren a mí, los que se muestran vulnerables y me dejan que les ayude, se convierten en algo así como mis superhéroes, de hecho, es un tipo de complejo. Así que no dudo que, cuando sepan lo ocurrido, al que ha tenido la mala idea de entrar aquí amenazando, le va a caer una buena paliza.

—Si no necesitas nada más, tengo que irme, he quedado con Jenna.

—De momento, nada.

Le doy un beso en la mejilla y salgo del camión. Veo a una mujer aparcando una moto, ella es impresionante, de esas que salen en los anuncios de ropa interior. Me mira, sonríe y se acerca a mí.

—Tú debes de ser la psicóloga —suelta, y me quedo callada porque no sé quién demonios es esta mujer.

—¿Y tú eres?

—Simona Barone, la mano derecha de Danilo Belucci.

Mierda, es la ejecutora de la Camorra de San Francisco.

—Bien, veo por la expresión de tu cara que sabes quién soy, pero tranquila, hoy no me apetece matarte.

Capítulo 6

Nilo

Me dirijo hacia el ginecólogo de confianza de mi prima Simona. Le pedí que me concertara una cita la semana pasada, cuando me enteré de que podría acabar el año siendo padre.

Entro con Cynthia en la consulta sin dudarlo. No es una cuestión de desconfianza hacia ella, no exactamente, es más bien una necesidad de estar presente, de no dejar huecos. Cuando pasan cosas importantes, prefiero verlas con mis propios ojos. Así no hay malentendidos después.

El médico nos saluda con un gesto profesional y nos invita a sentarnos. Cynthia se acomoda en la camilla y yo me quedo a su lado, de pie al principio, hasta que él me indica una silla. Me siento. No cruzo los brazos. No quiero parecer a la defensiva, aunque por dentro esté repasando cada detalle.

—Entonces —dice el ginecólogo—, venís para confirmar un embarazo.

Asiento antes de que Cynthia responda.

—Sí —contesto—. Queremos confirmarlo y saber de cuánto tiempo estaríamos hablando.

Cynthia me mira de reojo. No hay reproche en su expresión, solo nervios. Le apoyo la mano en la rodilla un segundo. No es un gesto romántico, pero es honesto. Estoy aquí. No voy a desaparecer. Que no la ame no significa que no podamos tener una relación cordial.

El médico revisa unas pruebas, hace preguntas rutinarias, explica el procedimiento. Cynthia contesta. Yo escucho. No interrumpo. Cuando la exploración empieza, me mantengo en mi sitio. No aparto la mirada, pero tampoco la clavo. Estoy atento, presente. No es una escena incómoda, es más bien extraña. Nunca pensé que estaría en un ginecólogo con una mujer con la que solo compartí noches sueltas y ninguna promesa.

—Efectivamente —dice el médico al cabo de unos minutos—. Hay embarazo.

Cynthia suelta el aire como si llevara semanas conteniéndolo. Yo siento algo parecido, pero distinto. No alivio ni miedo. Solo la confirmación de que mi vida va a cambiar.

—¿De cuánto tiempo? —pregunto.

—Aproximadamente doce semanas.

Asiento otra vez. Doce semanas. Mi cabeza empieza a ordenar fechas sin querer.

—¿Y las pruebas de ADN? —continúo—. ¿Cuándo se pueden hacer?

El médico me mira con neutralidad. No juzga, lo agradezco.

—Durante el embarazo existen pruebas no invasivas, pero no siempre son concluyentes en los resultados positivos —explica—. La opción más segura es después del nacimiento.

—Eso queremos —respondo—. Cuando nazca.

Cynthia aprieta los labios, sin embargo, no dice nada. Ya hablamos de esto antes de venir. No es una sorpresa.

—Hasta entonces —añado—, quiero saber qué implica esto a nivel médico y qué necesita ella.

El ginecólogo asiente y empieza a explicar controles, hábitos, cuidados básicos. Tomo nota mental de todo. No porque crea que vaya a vivir esto como una pareja convencional, sino porque, si hay un niño, hay responsabilidad. Y yo no huyo de eso.

—¿Estás bien? —le pregunto a Cynthia cuando el médico sale un momento.

Ella asiente con los ojos un poco brillantes.

—Sí —dice—. Tenía miedo de que no creyeras que es tuyo, aunque entiendo las dudas.

—Si el bebé es mío voy a estar —respondo sin pensarlo—. En todo momento. Hasta que tenga el ADN, mi intención es pensar que soy el padre.

Y lo digo en serio. No solo hoy, no solo para confirmar que no hay ninguna trampa. Voy a estar porque así soy. Porque si algo empieza conmigo, no lo dejo a medias.

El médico vuelve, nos da indicaciones finales y fija la próxima cita. Cynthia se levanta despacio. Yo también. Le paso una mano por la espalda al salir, un gesto automático, casi protector.

Cuando cruzamos la puerta de la consulta y volvemos al pasillo, San Francisco sigue girando ahí fuera como si nada hubiera pasado. Para mí, sin embargo, algo ya se ha colocado en su sitio.

—¿Te parece bien que siga yendo a mi ginecólogo? —me pregunta mientras espero que uno de mis hombres llegue con el coche para llevarla a casa.

—Sí, puedes ir a ambos sin problema.

—¿Cuándo vas a hacer pública esta situación?

—Cuando confirme que el bebé es mío.

Cynthia pone mala cara, seguro que ella preferiría que todo el mundo lo supiera, pero de momento las cosas se quedan en privado. Tengo que ver la manera de contarle a mis padres antes de que se vayan de viaje.

El coche se acerca y Cynthia se sube, por un momento creo que me va a dar un beso, así que doy un ligero paso atrás y ella entra y se va.

Hemos hablado y las cosas no pueden desdibujarse entre nosotros. Lo he pasado muy bien con ella, pero si vamos a tener un hijo no quiero que haya malos entendidos, y mantener la relación como hasta ahora, claramente es lo que va a provocar alguno.

Cojo mi moto y voy hasta unos almacenes abandonados a la salida de San Francisco; apenas media hora me cuesta llegar y en todo ese rato solo puedo pensar en que podría ser padre en unos meses.

Todavía no sé si eso me gusta o no.

Cuando entro, me cruzo con un par de mis hombres, que salen arrastrando a un tipo con muy mala pinta, aunque puedo ver que aún respira a pesar de que le han cortado un trozo de oreja.

—¿Quién es? —pregunto, y es Leonardo el que contesta.

—Es el que amenazó a la Dot.

—¿Dot?

—La psicóloga —me aclara el otro.

Sé por Simona que el tipo solo quería recuperar el amor de una mujer a la que, por lo visto, le da igual si este hombre vive o muere. Sin embargo, el hecho de amenazar a la psicóloga hizo que algunos de mis hombres lo tomaran como algo personal. Necesito averiguar

un poco más sobre esa mujer y ver hasta qué punto puede ser peligrosa su presencia en la Camorra.

—Bien, vigiladlo, y si vuelve a hacer alguna estupidez, quiero ser el primero en enterarme.

Ambos asienten y salen arrastrando el cuerpo inconsciente del tipo. Escucho un grito y sé dónde está Simona sin tener que preguntar. Subo hasta la oficina de arriba y la veo con un cuchillo en la mano mientras un hombre cuelga de unas cadenas con la tripa abierta y algunos intestinos fuera.

—Podrías haber puesto plásticos debajo —me quejo al ver el destrozo que hay ahora mismo en el lugar.

—Eso hace que se pierda la magia. —Se ríe Simona—. Además, limpiar será un castigo que le tengo preparado a unos novatos que se creen que por tener polla ya dan miedo.

Me río y niego con la cabeza.

—¿Qué tal el ginecólogo?

—Bien, hay embarazo, está de doce semanas. Nos ha explicado un poco por encima todo el proceso.

—¿Y lo del ADN?

—Hay dos opciones: saberlo antes con una nueva prueba no invasiva, que no es concluyente en caso de ser positiva, o esperar a que nazca.

—Así que, si es negativa, sí que es concluyente —dice Simona.

—Supongo que sí, la verdad es que no me he parado a pensarlo.

—Bueno, pues sería una opción por descartar, pregúntale al médico y listo. ¿Cómo llevas lo de ser padre?

—Aún no lo sé. Siempre he querido una familia, es solo que…

—Que tú querías el *pack* completo: mujer, hijos y amor.

—Sí.

Simona me conoce mejor que yo mismo muchas veces.

Suena mi teléfono y veo que es mi padre, hoy tenía que ir al hospital a hacerse revisión de su enfermedad, espero que esté todo bien.

—Dime —contesto algo nervioso.

—¿Me puedes explicar por qué hay una mujer aquí que afirma ser la madre de tu hijo?

Capítulo 7

Hannah

La cafetería Monitos siempre huele a lo mismo a cualquier hora: café fuerte, azúcar quemada y algo dulce que nunca sé identificar. Estoy sentada en una de las mesas del fondo, con la libreta abierta delante de mí y el café ya frío, repasando notas mentales de la mañana. Hoy ha venido una mujer un tanto peculiar. Se notaba que no era de por aquí, pero quería que la ayudara a engañar a un hombre para hacerle pasar el hijo de otro por suyo. He alucinado en todos los colores posibles. ¿Quién está por ahí diciendo que yo soy mentalista? Porque entre el tipo de la semana pasada, que quería que lo ayudara a enamorar a una, y esta… De verdad, necesito revisar mis anuncios de Instagram.

Otra mujer a la que parece que le puede faltar algo de orden en su cabeza es a la ejecutora de la Camorra, y no voy a quejarme porque me trató con total amabilidad cuando estuvo interrogándome sobre lo sucedido, sin embargo, ver a hombres enormes mirarla con miedo y respeto hizo que me quedara claro que no es una dulce princesa. Aunque voy a reconocer que me cayó extrañamente bien.

Levanto la vista y me encuentro con una chica muy joven. Catorce, quince años como mucho. Lleva una sudadera demasiado grande para su cuerpo y una mochila colgada de un solo hombro, como si en cualquier momento pudiera salir corriendo. No sonríe, pero tampoco parece asustada. Solo… decidida a medias.

—Perdona —dice—. ¿Tú eres psicóloga?

No es la primera vez que me lo preguntan aquí abajo. Asiento despacio.

—Sí.

Se muerde el labio inferior. Mira la mesa, la libreta y mis manos como si estuviera evaluando si soy de fiar.

—¿Haces… consultas gratis?

Su tono es inocente, casi parece que me está pidiendo perdón.

—No —respondo con suavidad—. No hago *pro bono*.

La decepción le cruza la cara sin que intente ocultarla. Asiente una vez, como si ya se lo esperara, y da un pequeño paso atrás.

—Vale…, gracias —murmura.

Se gira para irse y algo dentro de mí se tensa. Una intuición profesional que no puedo ignorar.

—Oye —la llamo.

Se detiene y vuelve a mirarme.

—¿Cuántos años tienes?

—Quince —contesta—. Bueno…, casi.

Respiro hondo.

—No hago *pro bono* —repito—, pero ahora mismo hay una opción para menores de edad. Una primera sesión gratuita. Para valorar la situación, ver qué necesitas y, si hace falta, buscar ayudas del Estado o algún tipo de subvención. No te compromete a nada.

Parpadea, confundida.

—¿De verdad? —pregunta con la ilusión volviendo a sus ojos.

—De verdad.

Duda. Mucho. La veo debatirse entre la ilusión y el miedo a que le quite algo que no tiene.

—No tengo dinero —dice casi en un susurro—. Y mis padres…, bueno.

No termina la frase. No hace falta.

—No pasa nada —le digo—. Esto no va de dinero ahora. Va de ver si necesitas ayuda.

Se queda callada unos segundos. Luego asiente, más decidida esta vez.

—Vale.

Recojo la libreta y me levanto.

—¿Cómo te llamas?

—Emma.

—Yo soy Hannah —le digo—. Mi despacho está justo encima.

Subimos la escalera estrecha que conecta la cafetería con la planta de arriba. Emma sube despacio, contando los escalones sin darse cuenta, como si necesitara algo a lo que agarrarse. No le hago preguntas. No todavía. Hay silencios que son necesarios.

Llegamos al rellano. Saco las llaves del bolso y abro la puerta de la oficina. El sonido del pestillo al girar parece hacerla encogerse un poco.

—Puedes pasar —le indico—. Si en algún momento no te sientes cómoda, me lo dices. No estás obligada a nada.

Emma asiente otra vez. Da un paso dentro, luego otro. Yo la sigo y cierro la puerta detrás de nosotras. Le indico que se acomode mientras me dirijo a la habitación donde tengo los archivos. Se oyen gritos del callejón al que da la ventana que hay; antes la he dejado un poco abierta para que se secara el suelo rápido, pero ahora es una distracción.

—¿Cómo has podido estar con otro hombre mientras estábamos juntos? —escucho fuera la voz de un tipo y la curiosidad me puede, abro un poquito más y me asomo mientras oigo la réplica de una mujer.

—Él estaba antes que tú, idiota, y ni se te ocurra decir nada o nos va a ir muy mal a ambos.

Reconozco a la mujer, es la misma que ha estado aquí antes, ¿será ese el padre del bebé o al que quiere enchufárselo? El tipo está hecho un asco, le han debido de dar una buena paliza porque su cara está hinchada por todos lados y de varios colores. Me doy cuenta de que lleva una pulsera de cuero con un cascabel y caigo en la cuenta de quién es. Cierro de inmediato y comienzo a hiperventilar. Ahora no puedo distinguir lo que dicen, pero sé que siguen ahí. ¿Y si el tipo decide subir? ¿Sabe acaso que tengo aquí la consulta? No es de conocimiento público el hecho de que la tengo, al menos, no entre mis pacientes del camión. Estoy tentada a llamar a Matteo, pero, de pronto, dejo de oírlos y decido asomarme. Ya no hay nadie en el callejón. Respiro hondo y salgo hasta donde está la adolescente esperándome. Hago un poco de tiempo, preparando un poco de té y cogiendo el móvil del bolso. Cuando tengo claro que aquí no va a venir nadie y que todo ha sido fruto de la casualidad, me siento y me enfoco en la niña que tengo delante.

—Muy bien, Emma, ¿en qué puedo ayudarte?

—Pues necesito que me digas cómo puedo contarles a mis padres que tengo un novio un poco mayor.

Su ternura hace que sonría. Me encantaría que mis problemas fueran estos.

—Vale, ¿por qué crees que no puedes contárselo?

—Mis padres no son muy… ¿normales? Casi nunca están en casa y creen que debería casarme con el hombre que me quite la virginidad dentro del matrimonio, que, por supuesto, debería ser con alguien de nuestra iglesia.

—*OK*, entonces, ¿te has enamorado de un chico más mayor?

—Sí —contesta con la ilusión pintada en toda su cara—. Él me ama, me consiente en todo lo que quiero y nunca me grita. Siempre me tiene en cuenta cuando quiero elegir la ropa y me ha enseñado que no tengo que avergonzarme de mi cuerpo.

Esto último hace que mis alarmas salten.

—¿Tenías algún complejo?

—No, aunque siempre he vestido muy recatada, como si enseñar lo que tengo fuera pecado. Gracias a las sesiones de fotos y vídeos con él, he ganado confianza y ahora ya no me importa mostrar mi cuerpo.

—¿Qué tipo de fotos y vídeos hacéis?

Ella se sonroja y esto no pinta nada, pero que nada bien.

—Son íntimos —murmura entre risas propias de su edad.

—¿Él también se graba?

—No, bueno, sí que sale, pero nunca su cara.

Joder, joder, joder.

—¿Y cuántos años tiene tu novio?

Ella sonríe y mi corazón se detiene un instante mientras la escucho responder.

—Está más cerca de los sesenta que de los cincuenta, aunque no los aparenta.

Mierda, es un puto pederasta que le ha comido la cabeza. Aunque ese cabrón tiene los días contados porque no voy a dejar que se

quede con esta niña sin luchar por ella.

Capítulo 8

Nilo

Todavía no sé si Cynthia planeó lo del hospital. Sé que lo de sangrar es algo que no se puede controlar, o eso creo, pero qué puta casualidad que lo hiciera justo donde mis padres estaban para la revisión y que gritara mi nombre cuando pasó por su lado en la camilla.

Mamá no ha dejado de agobiarme con que tengo que hacer las cosas bien y que Cynthia parece una buena chica. Se la está ganando, y no me parece mal, solo espero que toda esta cosa del bebé no sea mentira porque ahora ya no solo está en juego mi vida, también lo están los sentimientos de mi madre, y eso es algo sagrado para mí.

Decido llamar a Dom para tratar de despejar mi mente.

—¿Qué haces? —pregunto en cuanto descuelga.

—Ahora mismo tengo mis manos sobre la masa de la *cheesecake* que he aprendido a preparar al estilo de San Francisco, aunque la mía es mejor.

—¿Y dónde es eso?

—*Wow*, ¿me echas de menos?

—Voy a colgar.

Dom suelta una carcajada y yo sonrío.

—Estoy en Mamma´s.

—Voy para allí.

Cuelgo y salgo de mi ático mientras me coloco la chaqueta para montar la moto. Me pongo el casco y meto puño para disfrutar de la noche mientras llego hasta Mamma´s. Aparco en la puerta, me bajo y dejo el casco en el manillar. Me coloco la capucha de la sudadera y entro. Hoy no quiero que nadie me llame «jefe», y este sitio suele ser frecuentado por mis hombres.

Nada más pasar la puerta, veo que hay una mesa con cinco soldados que están a mi cargo. Son más jóvenes, de unos veintidós años, y por lo que veo ya han terminado de cenar y están con los postres. Llego hasta el final de la barra y me siento, dándoles la espalda. Ni en un millón de años me reconocerían con mis vaqueros desgastados y la sudadera de Barrio Sésamo que llevo puesta.

—Buenas noches —me saluda Carlo, el dueño. Me conoce desde pequeño, así que le hago un gesto con el dedo para que no me delate y señalo con la cabeza la mesa.

Él mira por encima de mi hombro y asiente.

—Gracias —murmuro.

—Iré a buscar a Dom.

Mientras mi amigo sale de la cocina, la cual usa como si fuera su particular patio de recreo, presto atención a la conversación que están teniendo los soldados de la Camorra de la mesa.

—Tiene unas tetas impresionantes —dice el de bigote.

—Oye, más respeto para Dot —le gruñe el de su lado—. Le salvó la vida a mi hermano.

—¿A Nico? —pregunta el de enfrente.

—Sí, mi hermano estaba pasando una mala racha, pero nadie nos dimos cuenta. Tuvimos la suerte de que Dot fue a una comida con Matteo.

—¿Matteo, el capo? ¿El jefe de Greybridge?

—Sí, por lo visto era amigo del marido de la Dot.

—No sabía que estaba casada —comenta el de bigote.

—Es viuda —aclara el que la ha defendido—. La cuestión es que mi hermano y ella se conocieron, no creo que tuvieran más de cinco minutos de conversación, pero ella vio algo que los demás no. Avisó a Matteo y, bueno, ya tenía la nota de suicidio escrita.

Se me eriza la piel de pensarlo.

Dom sale y le hago un gesto para que no me delate. Me pide que lo siga y entro dentro de la cocina. Este lugar es como una segunda casa. Aquí hemos venido con mis padres y mis tíos cientos de veces, y Dom, cada vez que nos visita, se pasa aquí las horas muertas, aprendiendo recetas de la *nona* de Carlo.

—Prueba —me pide Dom con una cuchara en la mano, y cuando la meto en mi boca comienza a estallar algo.

—¿Qué cojones es esto?

—Peta Zetas —contesta muy orgulloso de sí mismo.

Por lo visto, es algún tipo de chuchería que descubrió en uno de sus viajes a España y ahora lo ha incorporado a su *cheesecake*.

—Es una marranada —le aseguro, aunque he de reconocer que le da un toque a la tarta.

—No tienes ni puta idea —se queja, y yo me río.

—¿Has visto a los de ahí fuera? —pregunto, cambiando de tema.

—Sí, suelen venir una vez a la semana. Creo que aún no saben quién soy porque alguna vez los he oído hablar mal de mi padre. —Se ríe y yo ruedo los ojos.

Somos de la mafia, solo que de dos mundos diferentes. Nuestros padres empezaron a unirnos a pesar de ser tan diferentes, pero no

es tan fácil; todavía muchos no aceptan el hecho de que pueda ser de dos facciones diferentes de la mafia italiana y llevarse bien. Mentes enanas y todo eso.

—Estaban contando algo sobre la psicóloga, por lo visto, le salvó la vida al hermano de uno que se iba a suicidar.

—Joder, eso es gordo.

—Mucho. Sabes, todavía no sé si me gusta la idea de que tengamos una psicóloga en nuestras filas —declaro, y decirlo en voz alta hace que vea las cosas con perspectiva.

—¿Y qué piensas hacer?

—Voy a ir a conocer a la psicóloga de la mafia.

Capítulo 9

Hannah

Me levanto cansada, como cada día desde hace una temporada. Hoy tengo cita para hacerme unos análisis y ver qué está pasando con mi cuerpo porque, desde luego, esto no es normal.

Reviso mi móvil y veo que hay un mensaje de Emma dándome los buenos días. Es una chica maravillosa, se ha criado en un entorno demasiado estricto, de esos que solo puedes pensar como ellos y salirte de la norma es ir directa al infierno, así que es imposible pedir ayuda a la familia para que la saque de la mierda de relación que tiene con el pederasta con el que está.

Cojo el bus para la clínica y, al entrar, me dirijo hacia el mostrador para entregar la documentación. Me indican dónde tengo que ir y le mando un mensaje a Jenna para que sepa que ya estoy y que quedamos en la cafetería de aquí para desayunar después. Contesta al momento y me pide que vaya yo comiendo algo, que ha surgido una complicación y es posible que se retrase.

Una vez que me sacan sangre, voy al baño a lavarme la cara. Cuando salgo, veo que de la sala de informes sale una mujer embarazada a la que reconozco. Es la tarada que quería colgarle su bebé a otro y que estuvo peleando en el callejón con el triste de la pistola. Me parece extraño, no solo el verla salir de ahí, sino la forma en la que lo hace y cómo cierra su bolso, como si tuviera algo importante dentro.

Cuando vea a Jenna se lo voy a comentar; este tipo de gente no suele traerse nada bueno entre manos.

Voy a la cafetería, cojo un café con leche y un *croissant*; cuando voy a sentarme en una mesa junto a la ventana, choco contra alguien.

—Lo siento —se disculpa un hombre con una voz profunda, de esas que se oyen en los audiolibros.

—No pasa nada, es solo café —contesto al ver la taza volcada—. Me has ahorrado el trabajo de mojar el *croissant*.

El tipo sonríe, y si no fuera porque llevo pantalones se me hubieran caído las bragas al suelo.

—Deja que te compre otro, te lo llevo a la mesa, ¿café con leche? —me pregunta, y yo asiento como si fuera retrasada, porque este hombre me ha dejado sin palabras.

¿En serio? Pensaba que esto solo pasaba en los libros.

—No es necesario —le aseguro.

—Insisto.

Asiento de nuevo, voy hacia la mesa y lo observo mientras hace que el resto de mujeres de la cafetería recojan sus bragas del suelo. El tipo es bastante alto y lleva un tatuaje de un alambre de espinas en el cuello que da un poco de miedo, sin embargo, la forma en la que se mueve demuestra elegancia. No sé, no me cuadra nada con la ropa que lleva de vaqueros y sudadera.

—¿Te importa que me siente? —consulta cuando regresa con mi café y con uno para él.

—Estoy esperando a una amiga —le digo, sin saber muy bien si es para que se vaya.

—Yo solo tengo diez minutos, así que puedo hacerte compañía mientras llega —suelta, sentándose frente a mí.

—¿Estás tratando de ligar conmigo? —le comento de forma directa, y él alza las cejas divertido—. Lo pregunto porque no me gusta estar pensando en si me estás dando señales de que sí o de que no, o qué sé yo.

Vale, ahora mismo puedo sonar como una loca, pero es que, de verdad, no me gusta no saber qué es lo que ocurre, y esto es muy extraño. No es que yo no sea guapa, no me quejo, no obstante, este tío juega en otra liga.

—¿Te gustaría que tratara de ligar contigo? —inquiere, dando un sorbo a su café.

—La verdad es que no, estás por encima de mis posibilidades y eso, generalmente, supone un montón de trabajo.

—¿Trabajo? —contesta divertido.

—Sí, porque si eres de los que necesita que alimenten su ego, vas a estar siempre tratando de que el resto de mujeres babeen por ti, incluso conmigo delante, y, aunque no fueras infiel, eso al final haría que yo acabara o bien sintiéndome que necesito estar a tu altura, o estresada por si no lo estoy y te vas con otra. Lo dicho, mucho trabajo.

—¿Y no es más trabajo estar pensando todo eso solo porque te he comprado un café a modo de disculpa porque he derramado el tuyo?

Frunzo los labios pensativa y asiento.

—La verdad es que sí.

—Soy Dan —se presenta, y yo sonrío relajada de que esto solo sea una conversación entre dos adultos.

Sí, lo sé, soy psicóloga y me da ansiedad tener citas porque aún no supero que el amor duele.

—Yo soy Hannah.

—Bonito nombre, sin intención conquistadora lo digo —me aclara, y ruedo los ojos mientras él se ríe.

—Oye, no deberías juzgarme —me quejo sonriendo, y él asiente.

—Tienes razón.

Hablamos un poco de todo y de nada, una de esas charlas sin importancia que necesitas de vez en cuando. Le cuento que soy psicóloga y él que tiene una empresa, también que no es de Greybridge, pero que tiene allí a algunos amigos. Parece que tiene migraña porque se toca la sien de vez en cuando. Pasa casi media hora antes de que se levante, se coloque los guantes de motorista, la chaqueta y se despida.

—Si necesito a alguien que me analice el coco, te buscaré —dice, abrochando su cazadora.

—Todos necesitamos a alguien que nos analice, la cuestión es si nos atrevemos a ello.

Sonríe y asiente, de acuerdo con lo que acabo de decir. Luego sale de ahí y me deja con una sensación de que no será la última vez que lo vea.

Capítulo 10

Nilo

Arranco la moto mientras sonrío. La psicóloga es una mujer interesante y divertida. Y directa, sin duda.

Llego al despacho y Dom está con Simona jugando al *Street Figther* en la Arcade que tengo junto a la ventana.

—¿No sabéis que, si no estoy, no deberíais estar aquí? —pregunto, quitándome la chaqueta y los guantes para dejarlos sobre el sofá que hay a la derecha.

—Mimimi mimimi mimimi es lo que oigo —se burla Simona.

—Estoy a punto de ganarle, no me desconcentres —me pide Dom, y me río.

—Ni de puta coña está pasando eso —le digo, y me saca el dedo del medio.

Puede ser bueno en muchas cosas, pero mejor que Simona en el *Street Fighter* no es una de ellas. De hecho, nadie es mejor.

Me dejo caer en la silla y me remango la sudadera, los observo, concentrados en su juego, y me recuesto justo antes de soltar algo que hará que lo dejen todo porque son unas viejas cotillas de pueblo.

—Acabo de estar con la psicóloga.

Casi a la vez sueltan los mandos, me miran y se tiran en el sofá de la derecha. Ambos esperando a que les cuente más sobre lo que acabo de decir.

—No te hagas de rogar —me pide Simona, y asiento.

—Investigué un poco y sabía que hoy tenía que ir a hacerse unos análisis, así que usé el viejo truco de chocarme con ella para poder entablar conversación.

—¿No te reconoció? —pregunta Dom, y yo niego con la cabeza.

—Es normal, no es como si todos los que trabajan para mí tuvieran mi foto en el recibidor de su casa. Además, le dije que me llamaba Dan.

—En cierto modo, es verdad —me justifica mi prima, y asiento.

—¿Y cómo es? —pregunta Dom, curioso.

—Diferente.

—¿Eso es bueno o malo? —interviene Simona.

—Aún no lo sé, pero puedo decir que me he divertido.

—¿Te interesa? —inquiere Dom, y niego con la cabeza.

Una ligera punzada en la sien me desconcierta por un momento antes de continuar.

—Es una mujer hermosa a pesar de que hoy iba sin maquillar, pero ya tengo bastante ahora mismo con Cinthya.

Ambos asienten. Está siendo una pesadilla todo esto de su embarazo, ella no acaba de entender que no va a haber nada entre nosotros y el hecho de que tiene a mi madre respaldándola con todo no ayuda. Estoy deseando que se vayan mis padres de viaje para poder poner algo de distancia con la situación.

—¿Crees que podemos fiarnos de ella? —pregunta Simona, y no sé si se refiere a Hannah o a Cynthia.

—Habla de la psicóloga —me aclara Dom, que me conoce demasiado bien.

—No lo sé, aunque no me ha dado mala espina de primeras, así que eso debe ser bueno, digo yo.

—Tengo algo que hacer que seguro que te va a ayudar a despejar tu mente un poco —asegura Simona, y por su sonrisa sé que me va a gustar.

—¿Puedo ir? —pregunta Dom, queriéndose apuntar al plan sin saber siquiera cuál es.

—No eres de la Camorra, no sé si el jefe te dejará —se burla Simona, y Dom me mira con ojos de cachorrito abandonado.

—No sé qué vamos a hacer, pero siempre eres bienvenido.

Dom hace un corazón con sus manos y los tres nos reímos.

—Tenemos que ir a Tenderloin, me han dicho que hay alguien cocinando sin permiso —nos explica Simona, y sonrío.

—Vayamos a jugar —comento mientras me levanto y cojo el arma del primer cajón.

Cuando llegamos al lugar, es un sitio que da pena. Esta barriada está hecha mierda a causa de las drogas. No me gusta ver así mi ciudad, pero es algo contra lo que no se puede luchar. Eliminas un camello y salen diez más. Ofrezco ayuda a quien quiera dejarlo, sin embargo, generalmente no es el caso, y yo no voy a empezar una guerra con algún cártel mexicano por personas que no quieren ser cuidadas.

Bajamos del coche Simona Dom y yo casi a la vez. En el jardín de la casa hay algunos hombres que nos miran y, en cuanto nos reconocen, se quedan pálidos. Uno sale corriendo al interior y todos sacamos el arma, sin apuntar ni disparar, solo para que vean que no venimos en son de paz.

—¿Dónde está Camilo? —pregunta Simona.

Soy el jefe de la Camorra, pero ella es mi ejecutora y dejo que tome el mando en estas situaciones para que la gente vea que tiene

mi total confianza.

Un tipo con una tripa cervecera y la camisa medio abierta sale de la casa y se queda parado en el porche. Hace frío, pero la cerveza de su mano me hace entender que tiene su propia manera de calentarse.

—Menudo *sex symbol* —se burla Dom.

—¿Qué ocurre, preciosa? —pregunta el tipo, y noto como mi prima se tensa.

—Bien, ya la ha cabreado —murmuro divertido.

Mi prima cabreada es todo un espectáculo, y la total falta de respeto de este tipo la ha hecho encabronarse de lo lindo.

Simona camina hacia el porche, sube los tres escalones y encara al tipo. Son más o menos de la misma altura, ella lleva unas botas militares con algo de tacón, pero él es más bien bajito y gilipollas porque le da un repaso a Simona que no hace más que empeorar la situación.

—¿Tú eres Camilo? —pregunta mi prima.

—Sí, pero no hablo con secretarias.

Dom y yo rodamos los ojos a la vez. Puto gilipollas.

Simona le da un puñetazo que lo desestabiliza, luego una patada en la rodilla, que, por como ha sonado, está rota, y acto seguido le mete la pistola en la boca mientras saca su teléfono y el tipo llora medio tirado en el suelo.

—¿Señor Ramírez? —dice en su móvil—. Tengo aquí a un imbécil que no sabe modales, Camilo, de Tenderloin, ¿le suena?

El tipo del suelo llora aún más.

—Creo que se ha meado —dice Dom, y me fijo en el charquito que sale de sus pantalones.

—Qué asco.

También me doy cuenta de que ya no hay nadie por aquí. Esto es lo que pasa cuando no hay lealtad, solo drogas.

—Bien —continúa Simona—, esta es la primera y última advertencia. No me gusta la mierda que hacen aquí, pero tenemos un trato y pueden seguir con esto mientras no se salgan de sus límites. El imbécil este lo ha hecho, esta vez solo voy a pegarle un tiro, pero la siguiente que me entere —y esto lo dice mirando a Camilo— de que está abriendo otra cocina sin permiso, lo voy a jubilar.

Escucha atenta lo que tiene que decir el tipo al otro lado y rueda los ojos. Sonrío. Ella cuelga y saca el arma de la boca de Camilo.

—Por favor, lo siento —suplica mientras mi prima coge un cojín del suelo, uno que tiene mierda del año que quieras, lo pone sobre la rodilla buena que le queda y dispara.

El gran tipo malo se desmaya al instante.

—¡Tú! —grita mi prima a un arbusto, y sale el mismo que antes ha corrido dentro de la casa—. Asegúrate de que no muera.

El hombre asiente y ella baja los escalones, guardando su arma.

—No nos has dejado jugar —le digo divertido.

—Pero os habéis entretenido.

Los tres nos reímos y nos metemos al coche. Me encantan los días de oficina como estos.

Capítulo 11

Hannah

Jenna llega a Monitos justo cuando he pedido unas patatas y una Coca-Cola, se deja caer en el asiento frente a mí y se pide otro refresco, pero *light*; según ella, el sabor es mejor.

—Vale, tengo lo que me pediste, pero sabes que podría perder mi trabajo por ello, ¿verdad?

—No seas dramática, nadie se va a dar cuenta y, si lo hacen, siempre puedes decir que te amenacé —me burlo.

Jenna saca un informe de su bolso y lo pone frente a mí.

—¿Cómo supiste de quién te hablaba? —le pregunto mientras nos ponen lo que hemos pedido en la mesa y yo abro la carpeta para leer lo que hay dentro.

—Esa mujer es una chiflada, ha montado algún que otro escándalo en la clínica y Mona, la de la recepción, la tenía más que localizada cuando le di sus rasgos.

Sonrío porque Mona es única, el FBI se ha perdido una gran agente con ella. Leo los papeles una y otra vez y no veo nada raro.

—¿Tú los has mirado? —le pregunto a Jenna, y niega con la cabeza. Se los tiendo para que lo haga y ella les echa un ojo.

INFORME DE SEGUIMIENTO PRENATAL

Paciente: Cynthia Robertson
Edad: 28 años

Gestación: 16 semanas + 4 días

Centro: Clínica Obstétrica / Hospital Comarcal Greybridge

Motivo de consulta: Control prenatal rutinario segundo trimestre

ANTECEDENTES RELEVANTES

- Embarazo único, evolución normal hasta la fecha.
- Sin antecedentes obstétricos de interés.
- No constan abortos previos ni transfusiones sanguíneas recientes.

ANALÍTICA MATERNA (Primer trimestre)

- **Grupo sanguíneo:** O
- **Factor Rh:** Negativo (Rh −)
- **Test de Coombs indirecto:** Negativo

VALORACIÓN ACTUAL

Paciente Rh negativo.

Se identifica **riesgo potencial de isoinmunización Rh**, por lo que se siguen protocolos estándar de profilaxis.

PLAN / ACTUACIÓN

- Administración de **Inmunoglobulina anti-D (Rho[D])** programada para la semana 28 de gestación.
- Seguimiento habitual.
- Nueva valoración tras el parto para confirmar grupo sanguíneo neonatal y necesidad de dosis adicional.

Observaciones:

Embarazo controlado. Sin incidencias clínicas en el momento actual.

Firma:
Dr. Pattel
Especialista en Obstetricia y Ginecología
N.º de colegiado: 8742

—¿Qué se supone que tengo que ver? —inquiere, y me encojo de hombros.

—La verdad es que no lo sé.

—Aquí lo único que dice es que le tienen que poner un tratamiento por la posibilidad de que el feto sea Rh positivo.

—Está claro que solo se me ha ido la olla —declaro, guardando los documentos en el bolso para deshacerme de ellos mañana en la destructora de papel que tengo en mi despacho.

—Puede que sea de las que no creen lo que dicen los médicos y pensara que tiene algo que no le quieren decir. Eso nos pasa mucho.

—Puede ser.

Seguimos charlando hasta que nos da la hora de cenar y decido que es un buen día para comer cosas poco saludables, así que le pido a María, la dueña de Monitos, que nos prepare dos hamburguesas con de todo lo que no sea lechuga y otra ronda de refrescos y patatas.

—Me encanta oírte hablar español —dice Jenna, sonriendo—, yo nunca pude aprender.

—A mí me enseñó mi amiga Lupita mientras estudiamos Psicología.

—La recuerdo, ¿qué ha sido de ella?

—Volvió a México con su hermano, un tipo algo intenso, pero muy simpático.

Nada que no haya conocido a lo largo de mi vida.

—¿Y qué tal con la chica? ¿Emma se llamaba?

—Sí, la he seguido viendo y nos mandamos mensajes, necesito que confíe en mí antes de empezar a tratar de sacarla de esa relación en la que está.

Le cuento la forma en la que voy a hacerlo. Jenna colabora con un refugio de mujeres de bajos recursos y riesgo de caer en algún tipo de prostitución, por lo que sabe a lo que me refiero. Muchas de ellas empezaron como niñas enamoradas de hombres asquerosos como el que está con Emma. Aún no me ha dicho su nombre ni enseñado su foto, seguro que por miedo a que lo denuncie.

Una vez terminamos y pagamos, salimos fuera; hace buena noche y me gusta pasear bajo las estrellas, así que decido que es lo que haré para volver a casa.

—¿Estás segura de que quieres caminar sola a estas horas? —pregunta Jenna con la puerta del taxi abierta. Ella vive en dirección contraria.

—Sí, estaré bien, si veo que no me siento segura, me meto a algún sitio y llamo un taxi, ¿te parece?

—Bueno, pero escríbeme cuando llegues.

—Tú también —le pido, y se mete dentro del coche.

Comienzo a andar y trato de no sentirme triste, pero la verdad es que en unos días será el cumpleaños, o, mejor dicho, lo hubiera sido, de Salvatore. El teléfono suena en mi chaqueta y lo cojo, sabiendo que es Matteo.

—Hola, *bellísima* —saluda, y sonrío.

—Hola.

—¿Ya estás en casa?

—No, he cenado con Jenna en Monitos y estoy volviendo andando a casa.

—No me gusta que camines sola a estas horas por ahí.

—Sí, papá. —Me río y él conmigo.

—¿Tengo que recordarte que no hace mucho un hombre te apuntaba con un arma?

—Y lo hizo a plena luz del día en mi lugar de trabajo, así que no me digas que caminar por la noche es peligroso porque, de momento, lo es más trabajar.

—Listilla.

—Lo sé. ¿Necesitas algo?

—Solo te quería preguntar si querías el próximo jueves ir a comer a algún sitio.

—¿Es una cita? —pregunto divertida, y escucho su risa.

—Por supuesto, estoy tratando de que seas la madre de mis hijos. —Se hace el silencio en la línea—. Oh, mierda, lo siento mucho.

—Matteo, no pasa nada, es una broma, no voy a tirarme por la ventana por ello, ya está superado —trato de calmarlo—. Y está bien, podemos ir a comer a algún lado el jueves y celebrar el cumpleaños de Salvatore.

—Pillado.

—Un poco.

Matteo ha cuidado de mí como un hermano desde que Salvatore murió. Antes de ser viuda era un buen tipo, simpático y eso, pero en cuanto Salvatore fue asesinado, él se hizo cargo de mí. Supuse que era por pena, sin embargo, me di cuenta de que se sentía culpable, cuando él no tuvo nada que ver. Así que lo dejé acercarse y ahora somos amigos, aunque no demasiado, me gustaría tenerlo más

presente en mi vida, y sé que puedo contar con él si lo necesito en cualquier momento, no obstante, él pone una barrera que no me deja pasar y aún no he descubierto por qué.

Insiste en hablar conmigo hasta que llego a mi bloque de apartamentos. Mientras rebusco las llaves en mi bolso, veo el informe y decido preguntarle.

—¿Conoces a alguna mujer que se llame Cynthia Robertson?

—¿Por qué lo preguntas?

El tono de su voz me dice que sabe de quién le hablo.

—Matteo, contéstame, por favor.

—Sí, es la mujer del jefe, de Danilo Belucci.

—¿Y está embarazada?

—Sí. ¿Se puede saber por qué haces este tipo de preguntas?

—La verdad es que no lo sé, pero te prometo que en cuanto lo averigüe te lo contaré.

—Hannah, no te metas en líos.

—Claro que no, soy demasiado aburrida para ello.

—Ojalá fuera cierto. —Se ríe—. Entra en casa y cierra bien. Nos vemos el jueves.

Le hago caso, y cuando el cerrojo está echado, cuelgo, prometiéndole que en cuanto sepa qué pasa con esa mujer le diré todo. Le mando un mensaje a Jenna para avisarla de que he llegado y ella me responde que se alegra de que no esté en un maletero secuestrada para que me quiten los órganos para el mercado negro.

Jenna es una *drama queen* de manual.

Saco el informe del bolso y lo dejo sobre la mesa de la cocina. No sé por qué, pero siento que algo se me escapa. Está claro que la

chica jugaba a dos bandas, y no sé si eso lo sabe el jefe. Supongo que por eso ella estaba tan asustada de que se enterara.

Me dejo caer en el sofá y pongo la televisión. Están dando una reposición de *Embarazada a los dieciséis* y no puedo evitar pensar en Emma. En el capítulo de hoy, todas van a la revisión del segundo trimestre y es entonces cuando todo encaja en mi mente. Me levanto y cojo los papeles.

El informe que me ha dado Jenna dice que la madre es Rh negativo y el bebé podría ser positivo.

El padre debe serlo entonces.

Pero mi padre es Rh negativo y él donó sangre para el hijo del entonces capo.

Joder, eso es.

El bebé de esa mujer no es hijo de Danilo Belucci.

Capítulo 12

Nilo

Siento una punzada intensa en la sien en cuanto le digo a Cynthia que me parece bien que ponga una habitación de bebé en mi ático y que junto a ella decore una en la que pueda dormir cuando tenga que quedarse en mi casa mientras le esté dando pecho.

Lo hago porque mi madre me lo ha pedido, es lo último de lo que hemos hablado antes de subirse al avión y prometer que estarán aquí para antes de que nazca el bebé.

Joder, esto cada vez es más real.

—¿Cuál será la habitación del bebé? —pregunta mientras me sigue por el ático.

—Esta —le muestro una de color gris con apenas una mesa y una cama.

—Es la más alejada de la tuya —se queja.

—Es la que hay disponible.

No le digo que el bebé dormirá en la habitación conmigo y que, de momento, no hará falta usar esta que quiere decorar a menos que ella decida venir. No pienso dejar que Cynthia entré a mi cuarto. Hasta ahora, si alguna vez hemos venido a mi ático, siempre ha estado en una de las habitaciones para invitados.

—¿Qué hay justo al lado? —pregunta, viendo la puerta de mi biblioteca, y se la muestro—. Sería perfecto para instalarme yo.

La miro, alzando una ceja y pensando que el lugar es pequeño para meter una cama, pero si a ella le parece bien, por mí no hay

problema, sin embargo, que ni de puta coña piense que va a salir cualquiera de esos libros de aquí.

—Puedes usarla.

—¿No quieres tenerme más cerca? —pregunta, poniendo una mano en mi pecho, yo la agarro de la muñeca y se la aparto suavemente.

—Cynthia, creía que había quedado claro: no va a pasar nada entre tú y yo.

—Nosotros podríamos intentarlo —insiste.

—No hay un «nosotros». Follamos, falló algo, espero que de manera casual por tu bien —la medio amenazo—, pero nada más. No te quiero como esposa.

—Muy bien, pues luego no te quejes si me follo a otros hombres —suelta, y la agarro del cuello con delicadeza, más o menos, pero para que entienda que esto no es un juego.

—Puedes follarte a quien te dé la gana una vez nazca nuestro hijo. Si me entero de que la polla de otro hombre ha estado cerca de mi bebé, te aseguró que se la cortaré y a ti te encerraré hasta que nazca, ¿entendido?

Respira de forma agitada y la suelto. No quiero hacerle daño, pero tampoco voy a permitir que se lo haga al niño para rascarse lo que le pica; es una sumisa a la que le encanta que la golpeen y es un riesgo que no voy a correr.

Me giro para volver a la sala y ella me sigue de cerca.

—¿Incluso si fuera la polla de Dom? —insiste, y me río.

—No te tocaría ni con un palo —le aseguro, y me apunto contársela a mi amigo; se va a mear de la risa.

Esto es lo que no me gusta de esta mujer. Para follar estaba bien, apenas la conocía más allá de eso, pero ahora que la estoy tratando, me doy cuenta de lo jodidamente mala que es.

Ella suelta alguna barbaridad más y yo decido que ya no quiero seguir aguantando esta mierda. Aún queda demasiado para que nazca mi hijo y ya estoy lamentando que sea la madre.

—Lárgate, y avisa a Simona de cuando vayas a necesitar venir para decorar —le digo mientras abro la puerta de mi ático para que se vaya.

Ella recoge su chaqueta, su bolso y sale enfadada; le cierro antes de que siquiera haya llegado al ascensor.

Me dejo caer en mi sofá y apoyo la cabeza en el respaldo, pongo las manos en mi cara y respiro hondo. Esto va a ser jodido, y lo peor es que lo será por el resto de mi vida. Yo solo quería una mujer de la cual enamorarme y tener hijos, poner mi mano en su tripa por la noche y sentir las pataditas mientras le hablaba de las maravillosas cosas que iba a enseñarle.

La imagen de una mujer me cruza la mente. Hannah. Supongo que es porque fue la última con la que hablé sobre sexo, o más bien sobre no tenerlo. Sonrío. He de decir que la corta conversación que tuvimos me entretuvo como hacía años no lograba con ninguna mujer que no fuera mi prima, mi madre o mi tía. Así que decido hacer algo que puede que sea un poco estúpido de mi parte, pero he tenido un día de mierda y necesito que eso cambie.

Llamo a mi prima y lo coge al segundo tono.

—Necesito que me hagas un informe de rutinas de la psicóloga —le pido.

—¿Es una orden del capo o una petición de mi primo?

—Somos la misma persona —me burlo.

—No has contestado, así que ya tengo mi respuesta. Te la mando en un rato.

Me cuelga antes de que pueda decirle que no es lo que piensa, que no me interesa para nada, pero el hecho de que sienta una punzada en la sien hace que empiece a replantearme las cosas.

Capítulo 13

Hannah

Trato de concentrarme en el paciente que tengo conmigo en el camión, no es la primera vez que lo trato y suele tener fácil arreglo; a veces creo que lo hace solo por charlar un rato conmigo.

—Vale —digo—. ¿Qué te trae hoy, Rocco?

Respira hondo antes de contestar.

—Tengo un problema con… —hace una pausa— con los bebés.

Me quedo muy quieta. ¿Esto tendrá algo que ver con lo del capo? El jueves le conté todo a Matteo y me dijo que no me metiera donde no me llaman, pero es que no puedo. No es porque me importe una mierda lo que haga Danilo Belucci con su vida, ni siquiera lo he visto alguna vez en foto o en persona, es solo que imagino la vida de ese bebé, criarse en una familia que no es la suya y con una mentira tan grande que, si se descubre algún día, le pueda arruinar la vida. Y ningún bebé se merece tener ya un futuro así de negro predestinado por culpa de la tarada de su madre, ¿debería decirle al tipo del callejón?

Veo que Rocco me mira y trato de centrarme.

—¿Bebés en general?

—No —dice rápido—. Bebés que… no son míos.

Levanto las cejas un milímetro, lo justo para invitarlo a seguir y que no se me noten los nervios.

—Hay un niño —continúa— en el edificio donde vive mi hermana. Un crío. Seis meses. Llora. Y cuando llora… —traga saliva— me

pongo malo.

—¿Qué significa «malo»?

Rocco se remueve. Parece molesto consigo mismo por tener que explicarlo.

—Se me cierra la garganta. Me sudan las manos. Se me va la cabeza a sitios feos. Me entran ganas de… de salir corriendo.

—¿Y lo haces? ¿Sales corriendo?

—No —dice, ofendido—. Me quedo. Pero estoy… —busca la palabra—… rabioso. Como si me hubieran hecho algo.

Apunto: rabia + huida + sensación de ataque. No escribo más. Prefiero mirarlo. Aunque mi mente se va de nuevo a ese bebé que va a criarse con un padre que no sabe que no es suyo.

—¿Qué pasa por tu cabeza cuando llora? —pregunto.

Rocco se queda callado un segundo. Luego suelta la frase como si le quemara:

—Que es un chantaje.

Parpadeo.

—¿Un chantaje?

—Sí. —Se inclina hacia delante—. Es como… como si el crío supiera que tiene poder. Llora y todos corren. Llora y mi hermana deja todo por él. Llora y el marido hace lo que sea. Yo lo veo y pienso…: «Este pequeño cabrón ya entiende el mundo».

La forma en que lo dice es casi cómica. Pero sus ojos no tienen nada de humor. Lo que hay ahí es miedo disfrazado de desprecio.

—De quien hablas es de tu sobrino, no de un niño del edificio al que no conoces —afirmo para que entienda que le he pillado la mentira—. ¿Te asusta que tenga poder? —pregunto.

Rocco se ríe sin ganas.

—Me asusta que yo lo tenga. Que me afecte. —Aprieta los dientes —. Porque yo no me dejo afectar por nadie.

Ahí está el núcleo. No el bebé. No el llanto. El control.

—Rocco —digo con calma—, ¿alguna vez alguien te hizo correr cuando tú no querías?

Su mandíbula se tensa. Su mirada se endurece.

—No hablamos de eso.

—No te he preguntado qué fue —le respondo—, solo si pasó.

El camión da un pequeño bote, habrá cogido algún bache. Él aprovecha el movimiento para apartar la vista, como si la carretera lo salvara de mí.

—Sí —admite al final—. Cuando era crío.

No pregunto más, hoy no es el día.

—Entonces —digo despacio—, es posible que el llanto del bebé no te parezca «un llanto». Te parece una alarma. Una orden. Algo que obliga a todo el mundo a moverse.

Rocco frunce el ceño, como si por fin lo estuviera entendiendo y eso lo enfadara.

—¿Y qué tiene que ver conmigo?

—Que tu cuerpo reacciona como si estuvieras otra vez en un sitio donde no tenías elección —le digo—. No porque el bebé sea malo, sino porque el sonido te coloca en modo supervivencia.

Se queda quieto, como si le hubiera tocado un nervio.

—No quiero que un bebé me gane —dice.

—No te está ganando —contesto—. Te está mostrando una herida.

Rocco resopla. Se pasa una mano por el pelo.

—Ya está. Ya me lo has dicho. Que tengo una herida. —Me mira con frustración—. ¿Y qué hago? Porque adoro a mi hermana. Y el crío… llora cada día, Dot. Cada día.

Cierro la libreta.

—Vamos a hacerlo práctico —digo—. No vamos a hablar del bebé. Vamos a hablar de tu reacción.

Él se endereza, atento.

—Quiero que esta semana hagas un experimento —continúo—. Muy simple. Cuando escuches llorar al bebé, no intentes aguantar. No intentes pelearte con el sonido. Vas a hacer tres pasos. Siempre los mismos.

—¿Qué pasos?

Levanto tres dedos.

—Uno: nombra lo que es. En voz baja, para ti. Es un bebé llorando. No un chantaje, no un cabrón. Un bebé llorando.

Rocco pone los ojos en blanco, pero no interrumpe.

—Dos: localízate. Dite dónde estás. Estoy en el pasillo. Estoy en el apartamento de mi hermana. Estoy en Greybridge. Lo que sea. Pero presente.

—Y tres —añado—: elige una acción pequeña que sea tuya. Algo que no sea huir ni atacar. Por ejemplo: beber agua. Lavarte las manos. Apoyarte en una pared y respirar diez segundos. Lo que tú decidas, pero siempre lo mismo.

Rocco se queda mirándome como si yo acabara de decirle que baile.

—¿Eso va a arreglarlo?

—No —le digo con honestidad—. Lo que lo arregla es repetirlo hasta que tu cuerpo entienda que ahora mandas tú. Esto es solo el

comienzo.

Su mirada se endurece.

—Mi gente se va a reír.

—Tu gente no tiene que saberlo —digo.

—Mi hermana sí.

—Tu hermana solo necesita saber que estás intentando estar. Lo demás es tuyo.

El camión reduce la velocidad. Es el aviso de que la sesión se está acabando. Rocco se inclina hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—¿Y si… —duda— y si no es el bebé?

—¿Qué sería entonces? —pregunto.

Me mira con una honestidad abrupta.

—Que si un bebé tiene tanto poder, yo… yo no tuve ninguno cuando lo necesité.

La frase se queda entre nosotros, densa y real. No la toco. Solo asiento, muy despacio, para que sepa que la he escuchado.

—Eso —digo— lo trabajaremos. Pero primero vamos a conseguir que puedas estar en el pasillo sin que tu cuerpo crea que está en guerra.

Rocco traga saliva. Luego asiente.

—Vale, Dot.

—Vale —repito—. Haz los tres pasos. Y escribe los patrones. La próxima semana me dices qué pasó.

—Gracias —dice mientras se coloca la chaqueta cuando se detiene el camión.

No lo pienso demasiado y le pregunto.

—¿Sabes cuándo será la boda del capo con su mujer, Cynthia?

Sé que Rocco puede tener información porque viene del propio San Francisco, no vive a las afueras, como yo.

Frunce el ceño sin entender de dónde viene todo esto.

—Que yo sepa, no se van a casar —contesta algo confundido.

—Lo habré entendido mal, gracias. La semana que viene nos vemos —lo despido antes de que piense demasiado en mi estúpida pregunta.

Cierro la puerta y vuelvo a sentarme en mi sitio, me abrocho y le doy al botón para que se ponga en marcha para ir a la siguiente parada, donde Leonardo nos espera. Aunque, mientras nos dirigimos allí, no puedo parar de pensar en que no puedo callarme esta información. No puedo dejar que ese bebé sufra, y menos si no se van a casar, si no hay tanto amor entre ellos como para hacerlo.

Así que tomo una decisión que puede ser una de las más estúpidas que he tomado en mi vida, pero siento que es lo correcto: voy a contarle al capo que el hijo que espera esa mujer no es suyo.

Solo espero salir viva de esa conversación.

Capítulo 14

Nilo

Sé exactamente dónde va a detenerse nuestro camión y no dudo en aparcar mi moto justo en la calle de enfrente. Quiero comprobar cómo es en realidad esto de la terapia sobre ruedas y si puede ser peligroso para nuestros negocios.

Veo el camión acercarse hasta un puesto de flores; si no estás atento, no te das cuenta de que la chica que lo lleva hace un leve gesto y es entonces cuando se detiene, se abre una puerta y Hannah baja, saluda a la chica del puesto de flores y se larga en dirección contraria a la que la hace el camión, como si no acabara de bajar de ahí.

Dejo mi casco y los guantes sobre la moto; espero que ningún imbécil me los robe si no quiere acabar con zapatos de cemento.

La sigo de cerca, pero no lo suficiente como para que pueda sentirme. Saca su móvil y llama a alguien. Se detiene en un escaparate de una tienda de complementos. Paso de largo porque sería raro pararme justo en donde estoy ahora, una tienda de lencería para mujer. Al pasar, escucho algo de su conversación.

—Matteo, por favor, organiza una cita, necesito esto.

Sus palabras me dan que pensar, ¿ese Matteo será uno de mis jefes de zona? Sé que era amigo de su difunto esposo. ¿Le está pidiendo que la empareje con alguno de mis hombres? Siento algo de enfado sin motivo. Me paro en un puesto de *pretzels* y compro uno mientras espero a que vuelva a andar. Cuando cuelga lo hace,

se guarda el móvil en el bolso y, al levantar la vista, me pilla de pleno mirándola.

Joder.

—Ey, eres tú, Dan, ¿no? —pregunta sonriendo mientras llega hasta donde estoy.

—Sí, y tú, ¿Hannah?

—Ambos tenemos buena memoria.

—Cómo olvidarme de la mujer que no quiere nada conmigo por si tengo demasiado ego.

Ella se ríe y se pide otro *pretzel*.

—Fui sincera, supongo que es deformación profesional. ¿Qué haces por el barrio? —pregunta, dándole un bocado a su lazo y haciendo que me fije en sus labios.

—He venido a visitar a un amigo —le contesto, e inmediatamente una punzada en mi sien hace que un gesto de dolor se dibuje en mi cara.

—¿Estás bien? —inquiere preocupada.

—Sí, migrañas —miento, y la punzada vuelve a aparecer.

—Uff, eso es una mierda, ¿has probado el bálsamo de tigre? Es algo que seguro que no es bueno de lo que está hecho, pero que a mí me calma el dolor.

—Lo miraré, gracias.

—No te entretengo más, supongo que tienes que irte y yo tengo ahora consulta —se despide y me deja ahí parado, en medio de la calle, dándome cuenta de que no quería que esta conversación acabara.

Vuelvo a mi moto y compruebo que nadie ha tocado nada. Me pongo el casco y los guantes, ajusto mi chaqueta y arranco para

volver a mi despacho. Durante todo el camino no puedo dejar de pensar en la psicóloga. Es una mujer interesante, y divertida, y no le importo una soberana mierda. Y eso me encanta.

En cuanto llego a mi ciudad, los grandes edificios me envuelven. Nunca me había fijado en Greybridge, pero he de reconocer que ese aire a pueblo tiene su encanto.

Aparco y voy directamente hasta mi oficina. Tengo que revisar un par de contratos de nuestra constructora y ver si puedo hacer algún negocio con Tiero Cavalçanti; ese cabrón sabe cómo hacer oro con ladrillos.

—Señor Belucci —escucho a mi secretaria llamarme, y me detengo antes de entrar al despacho—. Hay una persona esperándolo en la sala.

Frunzo el ceño porque no tenía ninguna cosa programada hasta mañana.

—¿Quién es?

—La señorita Simona dijo que usted debía escuchar lo que tenía que decir. Ella ha pedido que la avise para que hablen juntos con esta persona.

—Bien, estaré en mi despacho esperando.

Todo esto es raro. Entro, me quito la chaqueta y me acomodo en mi sillón de la mesa, enciendo el ordenador y se oyen dos golpes. Simona aparece y, tras ella, un hombre al que reconozco como uno de nuestros soldados.

—¿Qué pasa? —pregunto mientras ambos entran y mi prima cierra la puerta.

—Este es Rocco, es uno de nuestros chicos. Ha venido a contarnos algo y he pensado que era interesante que tú también lo

escucharas.

—Bien, adelante, Rocco, ¿qué quieres decirme?

El tipo es grande, pero también está acojonado. Mi presencia le impone y eso es algo que me he ganado con los años, primero junto a mi padre y ahora estando al mando.

—Verá, señor, he ido a ver a Dot y…

—¿A quién? —interrumpo.

—La psicóloga —me aclara mi prima, y asiento.

—Sí, bueno, no he hablado nada de lo que no se pueda, lo juro, sin embargo, ella ha hecho algo que…

Se calla y empieza a ponerme nervioso.

—Dilo ya —le ordeno.

—Me preguntó sobre usted y la señorita Cynthia. Sobre cuándo se casaban.

Miro a mi prima y ella se encoge de hombros, haciéndome ver que ella tampoco tiene idea de por qué.

—¿Y qué le dijiste?

—Que no había tal boda. Juro que nada más. Es algo que todos sabemos.

—Está bien.

—No sé, me sonó rara la pregunta, por eso quería que la señorita Simona estuviera al tanto.

—Gracias —interviene mi prima—, es lo que debías hacer. Esto no es nada, pero a veces, lo es todo. Cógete un día libre como recompensa.

El tipo sonríe y se relaja al darse cuenta de que no ha hecho nada mal. Sale de aquí al momento y nos deja a mi prima y a mí a solas.

—¿Crees que sabe que soy Dan? —le pregunto sin rodeos.

—No tiene por qué saberlo.

—Igual es momento de hacer que venga a verme aquí y presente sus respetos.

—Es curioso, justo hace un rato he recibido una llamada muy interesante.

Se calla y ruedo los ojos.

—Te encanta el teatro.

—Lo sé. Aunque, en este caso, es porque quien ha llamado ha sido Matteo, y quería que arreglara una cita para la psicóloga, una contigo. Por lo visto, necesita hablar con el jefe de jefes urgentemente.

Frunzo el ceño confundido a la vez que esbozo una sonrisa, porque ahora va a entrar en mi mundo de forma oficial, y el solo pensar en que la voy a tener a mi disposición hace que se me ponga dura.

Capítulo 15

Hannah

Reviso el informe que tengo en mis manos, en el cual dice que Danilo Belucci no puede ser el padre del niño de esa mujer. Aunque ahora mismo, mirando estos papeles, no estoy en el autobús rodeada de gente, sino que mi mente vuelve a la que fue la casa que compartí con Salvatore, a nuestro hogar, uno que se me vino encima el día que él trajo un informe en una carpeta muy similar a la que ahora tengo entre mis manos.

Salvatore llega más tarde de lo habitual. Estoy sentada en el borde del sofá con las manos frías, mirando un punto indefinido del suelo, intentando convencerme de que hoy no será un mal día.

Entra despacio, como si no quisiera asustarme. No dice mi nombre. No sonríe. Trae algo en la mano.

Una carpeta.

No hace falta que la abra delante de mí para que sepa qué contiene. Lo sé desde que lo veo avanzar por el pasillo con los hombros un poco caídos, desde que evita mirarme a los ojos durante ese segundo de más que delata a las malas noticias.

—Hannah… —empieza.

Niega con la cabeza antes de terminar la frase. Ese gesto, tan pequeño, me rompe algo dentro. Se sienta a mi lado y deja los papeles sobre la mesa baja. Los empuja hacia mí con cuidado, como si fuera frágil. Como si yo lo fuera.

—El médico ha sido claro —dice—. Pero no es el final. No tiene por qué serlo.

No los leo. No todavía. Los miro como se mira una cosa que no quieres tocar porque sabes que cambia todo.

—Léelo —añade con suavidad—. Prefiero que lo leas tú.

Insuficiencia ovárica.

Imposibilidad de gestación natural.

Pronóstico desfavorable.

No sigo. No necesito seguir.

El aire se me queda atascado en el pecho, como si hubiera olvidado cómo se respira. Intento tragar saliva y no puedo. Me tiemblan las manos. Doblo el informe sin cuidado y lo dejo sobre la mesa, torcido.

—No puedo —digo.

La voz me sale rota, irreconocible. Salvatore se gira hacia mí enseguida.

—Hannah…

—No puedo tener hijos —repito—. No puedo.

Y, entonces, lloro. No de forma bonita. No en silencio. Lloro como si algo muy antiguo se hubiera derrumbado de golpe. Como si el cuerpo hubiera esperado toda la vida este momento para rendirse. Me tapo la cara con las manos, pero no sirve de nada. El llanto me atraviesa.

Salvatore me rodea con los brazos sin dudarlo. Me atrae contra su pecho y apoya la barbilla en mi cabeza. Lo noto respirar hondo, contenerse. Siempre ha sido mejor sosteniendo que cayendo.

—No es justo —digo entre sollozos—. Yo quería…, yo siempre quise…

No termino la frase. No hace falta decir «ser madre». Está en cada pausa, en cada respiración rota.

—Lo sé —responde él con la voz grave y firme—. Lo sé.

Me acaricia la espalda despacio, como si intentara acompasarme. No dice nada durante unos segundos. Me deja llorar. Me deja romperme.

—Vamos a buscar más opiniones —dice al fin—. Otros especialistas. Clínicas fuera de aquí. Lo que haga falta.

Niego con la cabeza, apoyada contra él.

—Ya estoy cansada de esto. Hay que empezar a asumir que nunca seré madre, que no podré darte un hijo y que quizás lo mejor sea que busques a otra mujer que lo haga.

Lo dije totalmente convencida de ello. Había pasado meses con tratamientos, visitado a varios médicos que Salvatore buscó y no hubo manera. Entre nosotros no había un amor de película, más un cariño de amigos que había progresado, y por eso quería que él se divorciara de mí, que buscara a alguien que pudiera darle una familia, alguien que no estuviera rota como yo.

Sin embargo, no lo hizo, se quedó a mi lado, me aseguró que lo nuestro era para siempre y dejó que el tema de los hijos pasara a un segundo plano olvidado.

Ahora, mientras me bajo del autobús y veo a unos niños jugar con una pelota a la vez que su madre les regaña por si se va a la carretera, siento que lo que hice fue enterrarlo al fondo de mi mente, no superarlo.

Llego hasta el *hall*, donde una mujer revisa que esté en la lista y me indica que coja el ascensor de la derecha hasta el último piso.

Cuando llego, hay otra mujer esperándome detrás de otro mostrador.

—Tengo cita con el señor Belucci —le informo, aunque dudo que no sepa ya quién soy.

—Pase por aquí, ahora mismo está reunido, pero en cuanto termine la recibirá.

Me deja en una sala con un enorme ventanal que hace que me quede maravillada por las vistas de San Francisco que tengo desde ahí. Respiro hondo y trato de no pensar en que quizás Matteo tenía razón y esté firmando mi sentencia de muerte al venir aquí.

Capítulo 16

Nilo

Estoy en mi despacho tomando un café cuando mi secretaria me avisa por teléfono de que Hannah está en la sala a la que le he pedido que la lleve, entre otras cosas.

Enciendo el monitor y la observo. De primeras, se acerca al enorme ventanal y parece disfrutar de las vistas. Aún no sé para qué es esta cita, sin embargo, voy a reconocer que estoy un poco nervioso por ver su reacción cuando la tenga delante por primera vez como Danilo Belucci.

La temperatura de la sala ha sido modificada para que haga mucho calor. Quiero que esté incómoda, ver si se queja o si exige que algo cambie. Sin embargo, no lo hace, solo se quita la chaqueta y la americana que lleva y deja al descubierto un vestido hasta la rodilla, de esos que se ciñen y que dejan ver cada curva. Y, joder, qué curvas.

Mi secretaria entra y le dice, tal y como le he ordenado, que en cinco minutos la atiendo. Debe hacer eso seis veces cada siete minutos. Sonrío divertido ante mi experimento.

Veo el sudor de su frente y cómo recoge su melena con una goma que lleva en la muñeca. Trata de limpiarse el sudor de la cara con cuidado para no estropear su maquillaje, aunque apenas lleva.

Abre una puerta que indica que es un baño y aprovecho para avisar a mi secretaria.

—Llévale el agua fría —le ordeno, y lo hace.

Entra rápidamente, sin hacer ruido, y deja sobre la mesita que hay una botella de agua helada.

Cuando Hannah sale, la ve enseguida y frunce el ceño. Sonrío.

Vuelve a ir hacia el ventanal y lo toca con la mano, buscando ese contacto frío que le otorga el cristal. Chica lista.

Mi secretaria entra y la avisa de que en cinco minutos estaré libre y la atenderé. Hannah, con una sonrisa en todo momento, asiente y la deja irse sin preguntar sobre el agua.

La tercera vez que mi secretaria entra, Hannah ya tiene mucho calor y le pregunta que si esa agua es para ella, pero no puede contestar a eso por órdenes mías, así que solo se encoge de hombros y se va.

¿Cómo de enfermo es el hecho de estar disfrutando de esto?

Mi móvil suena y veo que es Simona. Sin dejar de mirar el monitor, contesto mientras me recuesto en mi sillón de tipo ejecutivo.

—Creo que podríamos tener un problema —suelta sin siquiera saludar, y por su tono sé que no es que podríamos, es que seguramente estamos con la mierda hasta el cuello.

—¿Qué has hecho?

—A ver, hacer, hacer, yo no mucho.

—Simona.

—Tú estabas allí cuando le advertí al tal Camilo que no me tocara los huevos, joder, si hasta le pegué un tiro en la rodilla, con lo que eso duele. Y nada, por lo visto mis balas deben ser de purpurina porque no ha surtido efecto la amenaza.

—Traduce eso.

—Pues que puede que me enterara de que había abierto otra cocina después de nuestra visita. Y puede que me haya enfadado un poquito por eso. También puede que haya ido con mi moto hasta allí y puede, solo puede, que lo haya tirado accidentalmente con la silla de ruedas que ahora lleva por las escaleras del sótano.

Se queda callada y sé que hay más.

—Sigue —le ordeno, y ella suspira.

—Puede que después le haya clavado uno de mis tacones en un ojo y que le haya metido la merca caliente por la boca hasta que parecía un saco de harina roto.

Respiro hondo y asiento. Miro a Hannah en el monitor y eso, extrañamente, me tranquiliza, incluso me distrae el hecho de que está diciéndole algo a mi secretaria, y ahora mismo, a pesar de que mi prima puede haber iniciado una guerra con un cártel mexicano, lo que más me interesa saber es lo que le ha preguntado.

—¿Sigues ahí? —duda Simona por mi silencio.

—Sí, solo estaba asimilando todos tus «puede».

—¿Te quiero? —suelta, y ahora sí que sé que hay algo todavía más jodido.

—No me va a gustar lo que voy a oír ahora, ¿verdad?

—Ni un poquito.

—Joder.

—Es que el señor Ramírez me ha llamado al enterarse. Resulta que va a venir aquí y quiere que nos reunamos.

—Mierda, Simona, te van a hacer la corbata colombiana.

—No seas gilipollas, son mexicanos, no colombianos.

—Pues el sombrero mexicano, yo qué sé.

—Lo que ellos hacen es colgarte de puentes públicos —me explica, como si estuviera dándome una clase de historia del narcotráfico y no diciéndome cómo es posible que me la encuentre.

—Simona —le gruño, y ella se ríe.

—Tranquilo, primito, lo tengo controlado. Hablaré con él. Ya lo he hecho por teléfono antes, no me va a pasar nada.

—Eso espero, o tío Gio va a hacerme comer mis pelotas.

—Puaj, qué asco, ¡no me hagas pensar en tus pelotas! —se queja.

—Mantenme informado —le ordeno, y después cuelgo.

Miro el monitor y veo como Hannah está bebiéndose la botella de agua y enseñando el dedo del medio a la cámara a través de la cual la vigilo.

Sonrío y aviso a mi secretaria.

—Es el momento, hazla pasar.

Capítulo 17

Hannah

Cuando la secretaria viene a buscarme a la sala, me arrepiento de haberle sacado el dedo del medio al que estuviera mirando las cámaras. Supongo que será alguien de seguridad, ¿no?

—Pase por aquí —me indica la mujer, y cuando traspaso la puerta, me viene un olor a algo que no logro identificar, pero me gusta. Si esto fuera una novela romántica, diría a cedro o algo así, sin embargo, la verdad es que nunca me he parado a oler árboles para luego compararlos con hombres.

Hay un tipo de pie, mirando por el ventanal, es alto, me saca como una cabeza, y eso que llevo tacones.

—Hola, soy…

—Hannah, lo sé —me corta, girándose y dejándome muda solo un segundo.

—Y tú Dan, Danilo, claro —murmuro, sintiéndome idiota—. Señor Belucci, disculpe.

Me corrijo porque Matteo me advirtió que no le gusta que le falten el respeto con la forma en la que se dirigen hacia él.

—Luego hablaremos sobre eso, ahora me gustaría saber qué haces aquí.

—Bueno, pues, esto… No sé cómo empezar.

—Vaya —sonríe el bastardo—, no parecías de las que se quedan sin palabras.

—Y no lo soy —contesto cabreada, y se lo suelto sin más—. El hijo que dicen que va a tener en realidad no es suyo, y tengo pruebas de ello.

Mis palabras le afectan y endurece sus rasgos, aunque no sé si es por mí, contra mí o contra la mentira.

—Siéntate y cuéntamelo todo desde el principio —me ordena, y ambos nos situamos en sillones separados, pero uno al lado del otro.

Asiento. La voz no me tiembla, aunque por dentro sigo siendo consciente de dónde estoy y de quién es él.

—La mujer vino a mi consulta, no a la del camión, sino a la otra, hace unas semanas —empiezo—. No es paciente habitual, buscaba… asesoramiento. No emocional. Estratégico.

Danilo no reacciona. Eso me da margen.

—Me preguntó cómo podía engañar a un hombre para hacerle creer que un hijo era suyo —continúo—. No habló de amor ni de miedo ni de necesidad. Habló de seguridad. De protección. De dinero.

—¿Y tú? —pregunta.

—Le dije que no —respondo sin dudar—. Que no ayudo a manipular a nadie. Que si necesitaba apoyo emocional podía ofrecérselo, pero no iba a enseñarle a mentir.

Recuerdo la cara de aquella mujer al oírme. No enfadada. Calculadora. Como si simplemente hubiera tachado una opción de la lista.

—Después no supe nada más de ella —sigo—. Hasta el día que coincidimos en la clínica.

Danilo no aparta la vista de mí.

—El mismo día que nos chocamos —añado.

No digo «el día que te conocí» porque por lo visto no lo hago, no lo hacía hasta ahora.

Él inclina la cabeza, recordando el momento como yo.

—La vi salir poco antes de una sala de informes —continúo—. Iba nerviosa. Demasiado para alguien que solo ha ido a una revisión rutinaria.

Abro el bolso por fin. Saco una carpeta fina, gastada por los bordes.

—Le pedí a una amiga mía que trabaja allí que revisara lo que había pasado —digo—. No accedió a datos confidenciales. Solo comprobó qué pruebas se habían solicitado y qué informes se habían generado.

Esto no es cierto, pero no quiero meter a Jenna en líos. Ella no pertenece a este mundo en el que me he criado y no quiero involucrarla.

Le tiendo la carpeta. Danilo la coge sin prisa. Abre el primer documento, lo lee. Frunce el ceño. Pasa al siguiente.

—No entiendo nada de esto —dice al cabo de un momento.

—Es normal —respondo—. No están escritos para que los entienda un paciente. Están escritos para que los interprete un médico.

Me inclino un poco hacia delante.

—Hace años —añado—, cuando tú necesitaste una transfusión, mi padre fue uno de los donantes.

Danilo alza la vista de golpe.

—¿Tu padre?

—Sí. Es donante habitual. Yo estaba allí ese día.

No entro en detalles. No hace falta. No nos vimos y, de haberlo hecho, no creo que lo hubiera reconocido o recordado cuando nos encontramos en la clínica.

—Mi padre es Rh negativo —digo—. Siempre lo ha sido. Y yo lo sé porque crecí oyendo hablar de grupos sanguíneos en casa como si fueran colores de ojos.

Danilo se queda muy quieto.

—Eso significaría… —empieza.

—Que tú también lo eres —termino por él—. El Rh se hereda. Si tu padre lo es, tú lo eres. Y si tú lo eres…

—El bebé lo será —dice despacio.

Asiento.

—Exacto. Porque la madre también lo es. —Señalo el informe—. Aquí aparece una indicación para administrar inmunoglobulina anti-D. Eso solo se hace cuando la madre es Rh negativa y hay riesgo de que el bebé sea Rh positivo.

Danilo vuelve a mirar el papel, ahora con otros ojos.

—Si tú fueras el padre —continúo—, no habría ningún riesgo. Ninguno. Dos Rh negativos no pueden tener un hijo Rh positivo. Jamás. No es una cuestión de probabilidades. Es biología básica.

El silencio que cae después no es violento. Es denso. Danilo deja los informes sobre la mesa y apoya los antebrazos en ella, entrelazando los dedos.

—¿Estás segura? —pregunta.

—Absolutamente —respondo.

Danilo exhala despacio. No parece sorprendido. Parece… decepcionado.

—Y tú decidiste venir aquí —murmura— a decírmelo en persona.

—Sí.

—Sabiendo quién soy —trata de confirmar.

Lo miro a los ojos.

—Sabiendo quien soy —corrijo.

Se produce algo extraño entonces. Es una especie de reconocimiento silencioso.

—Podrías habérselo contado a otros —dice—. O haberte callado.

—No juego con los hijos de nadie —respondo—. Ni con mentiras que pueden destruir vidas.

Danilo se recuesta en el sofá. Me observa como si me viera por primera vez.

—Has cruzado una línea —dice.

—Lo sé.

—Y, aun así, estás aquí.

—Sí.

No baja la mirada. Tampoco yo.

—Gracias por decirme la verdad —suelta al cabo de unos instantes—. No es algo que muchos harían.

No sé qué responder a eso. Así que no digo nada.

Él se levanta, saca su teléfono y pide que venga alguien; no entiendo el nombre que dice porque se ha girado y ha bajado la voz. Luego se pone frente a mí y me mira con intensidad, solo que no sé si es de la buena o de la mala.

—Bien, vamos a confirmar que lo que dices es cierto.

—Lo es —aseguro.

—Eso espero, porque hoy va a morir alguien y puede que seas tú.

Capítulo 18

Nilo

He hecho venir al doctor Svenson, el mismo al que fuimos para confirmar el embarazo y el que Simona nos recomendó porque es el que ella usa. Joder, se va a cabrear un montón si lo que ha dicho Hannah es cierto.

—Bien, mientras esperamos a alguien, podemos hablar un poco de nosotros —le digo, y ella alza una ceja, pero la baja al instante, como si hubiera recordado quién soy.

—Claro, señor Belucci —contesta como si fuera un buen soldado.

—Se nota que has sido criada en nuestro mundo —le suelto, y ella no puede contenerse.

—¿Eso es bueno o malo?

—Depende.

Rueda los ojos y me río.

—Quizás sea mejor que nos quedemos callados mientras esperamos a quien sea que tenga que venir —dice ¿cabreada?

—¿Estás enfadada? —pregunto curioso, y ella decide no contestar.

Me levanto y voy hasta mi escritorio, ella no me sigue con la mirada, como si le fuera indiferente toda esta situación. Cojo mi arma, vuelvo a donde estábamos y la pongo encima de la mesa baja que hay frente a nosotros.

Ella me da una mala mirada, abre su bolso, saca un arma, jodidamente saca un arma, y la deja junto a la mía.

—¿Me estás amenazando? —inquiero.

—No, pensaba que estábamos jugando a ver quién la tiene más grande.

La carcajada que suelto deben de haberla oído hasta en Reno.

—Sabes, me gustas —le confieso, y ella me mira como si fuera mierda en sus zapatos, lo cual me gusta más.

—Así que, a las personas que te gustan, las engañas y mientes, interesante, no sé si quiero saber lo que les haces a las que no.

Está claramente enfadada por haberle dicho que era Dan.

—No pienso disculparme por omitir que mi nombre es Danilo y no Dan.

—Por supuesto que no lo harías, eres de los que da trabajo —se burla de forma velada, recordando nuestra primera conversación—. Pero eso lo puedo entender. Eres más o menos nuevo en el puesto y estabas revisando el trabajo de las personas a tu cargo.

—Entonces, ¿por qué estás enfadada? —pregunto confundido.

—¿Por qué? —contesta, volviéndose totalmente hacia mí, aún sentada en el sofá y queriendo matarme con su mirada—. Porque me has tenido en una habitación que parecía un horno solo para ver si me quejaba, a eso le añades a tu secretaria, que cada siete minutos ha entrado para decirme que ya me tocaba. Y sí, he cronometrado desde la tercera vez, así que sé que son siete minutos. Esto me imagino que para sacarme de quicio. Pero lo mejor ha sido que alguien ha entrado como un *ninja* a dejar agua fría sin decir nada. ¿Qué esperabas? Supongo que averiguar si me la bebía sin pedir permiso, me callaba porque soy sumisa o rogaba por beberla para saber que eres mi dueño. Pues como bien te habrá dicho el imbécil al que tuvieras en las cámaras, me la he bebido mientras le sacaba el dedo del medio.

Me quedo sin palabras, pero parece que ella no.

—Así que un consejo: si vas a hacer mierdas mentales, búscate unas mejores o no las hagas con una psicóloga profesional si no quieres que se note que tienes una falta de algo —y mira mi entrepierna— que tienes que subsanar dejando claro quién tiene el poder.

Mi única respuesta es una sonrisa porque, joder, ha dado en el clavo. Creo que Gio tenía razón y esta mujer es muy buena en lo que hace.

—El imbécil que miraba las cámaras era yo —le aclaro, no sé muy bien por qué.

Es verdad que están conectadas con mi equipo de seguridad, pero en esta ocasión solo quería ser yo quien la vigilara.

Abre la boca para soltar algo más, sin embargo, parece que se lo piensa y se calla.

—¿Quieres algo de beber? —le ofrezco, y ella niega con la cabeza.

Me levanto y me sirvo un amaro mientras dejo que ella se relaje después de haberme reñido como un niño y puesto duro como un hombre.

—¿Es necesario que me quede? —pregunta mientras vuelvo a sentarme frente a ella; dejo el vaso junto a nuestras pistolas.

—Sí, he llamado al ginecólogo que está llevando el embarazo de Cynthia para hacerle unas preguntas y quiero que estés presente.

Asiente y tiembla ligeramente.

—Voy a guardar mi arma —dice, tratando de hacer algo con sus manos.

—No estás en peligro —le aclaro—. Si lo que has dicho es cierto, o al menos se demuestra que tú creías que era así, no tienes nada

que temer.

—Es cierto todo lo que he dicho y los papeles que he presentado. Ha sido todo pura casualidad, empezando porque creo que sé quién podría ser el padre —suelta de pronto.

—¿Cómo que sabes quién es el padre?

—He dicho «podría», no lo tengo claro y él no tiene ni idea.

—Explícate.

Me cuenta sobre el tipo que entró al camión con un arma, cómo la retuvo y salió de esa situación. Aprieto los reposabrazos con fuerza para calmarme por ver la imagen de Hannah a solas con un hombre a punto de pegarle un tiro. También me explica que es el mismo que el del callejón, justo donde tiene su consulta.

Todo esto es una jodida coincidencia, o simplemente el destino, que nos estaba haciendo el camino para conocernos. No lo sé, pero cada vez siento que me apetece más saber cosas de ella.

Para cuando termina, se guarda el arma, que desde ese día en el asalto al camión lleva encima, y, antes de que pueda asegurarle que ese hombre va a recibir una visita mía, se escucha la puerta.

—Hola, primito —saluda Simona, y tras ella entran el doctor y Dom—. No quería perderme la fiesta.

El médico mira a cada uno de nosotros sin entender qué hace aquí.

—Esto es fácil —comienzo, levantándome—. Tengo un informe en el que asegura que el bebé de Cynthia no es mío.

El tipo se queda pálido y veo que una mancha aparece en sus pantalones.

—Mierda —murmura Simona.

Recojo mi arma y la cargo.

—Sí, mierda —confirmo.

Capítulo 19

Hannah

Me levanto en cuanto veo que la situación está empezando a ponerse peligrosa. Danilo ahora apunta al médico mientras su prima, Simona creo que me dijo que se llamaba, se aparta y el otro hombre que ha entrado con ella hace lo mismo.

—Bien, creo que esto lo resume todo —dice Danilo en un tono que me provoca un escalofrío, y no de los buenos.

—Yo…yo…

El doctor no sabe ni qué decir. Bueno, mearse encima es un claro ejemplo de que si le tienes tanto miedo a alguien, sé inteligente y no la cagues.

—Ahora vas a explicarme absolutamente todo, y si lo haces sin volver a mearte o llorar no te mataré —le ordena Danilo—. Odio cuando hacen una de esas dos cosas, o ambas.

Esto lo dice mirándome, como si me tuviera que explicar algo. Yo trato de pasar desapercibida; si pudiera me metería detrás de las cortinas, pero supongo que eso quedaría raro.

—Señor Belucci, yo no quería, pero la señorita Cynthia tiene unas fotos mías con una mujer que no es mi esposa y…

El tipo del que no sé el nombre se acerca, le da un puñetazo en el estómago sin avisar y el médico se dobla sobre sí mismo. Lo coge del pelo y tira hasta que vuelve a estar de pie.

—No te ha preguntado eso —le dice, y yo doy un paso atrás para tomar distancia de ese psicópata.

—Dom, no asustes a mi invitada —le advierte Danilo, y el tal Dom me mira, me sonríe y me guiña un ojo.

Psicópata.

—Ella me dijo que necesitaba que las cuentas cuadraran, así que hice las cuentas e íbamos a decir que era prematuro —explica—. Ella me dijo que el padre era Rh positivo, por lo que le sugerí que fuera a otra clínica, una que no estuviera en San Francisco, para que le administraran la inmunoglobulina.

—Así que pensaste que hacer pasar el hijo de otro por mío era una buena idea —lo corta, porque ya el resto se lo debe imaginar; yo lo hago.

—No, señor, bueno…

Respira hondo, y con un gesto a Simona, esta coge al doctor del brazo, se lo retuerce y lo obliga a caminar.

—Despídete del mundo —se burla la mujer, y el médico comienza a retorcerse.

—Me dijo que no me mataría —reclama mientras Dom se ríe.

—Sí, y va a cumplir su palabra —explica el psicópata—, no será él quien te mate.

—Sed discretos, quiero encargarme personalmente de Cynthia.

Ambos asienten y se largan, cerrando la puerta y dejándonos solos de nuevo.

Ahora no sé si es el momento de irme, de sentarme, de pedir que no me maten o simplemente de hacerme una bolita y desaparecer.

Danilo se deja caer en el sofá y se pasa las manos por la cara, está derrotado, decepcionado. No es el jefe de la Camorra, sino un hombre al que le han quitado algo precioso incluso antes de tenerlo.

—Lo siento —le digo sin saber muy bien si debería hacerlo.

—Sabes, siempre he querido una familia y no era así como quería tenerla, pero iba a conseguirla. ¿Tienes que irte ya?

Lo pregunta casi como paciente más que como jefe que me ordena hacer algo, y niego con la cabeza.

—¿Quieres que me siente y hablamos?

—Me gustaría.

Su sonrisa hace que yo también levante las comisuras de mi boca. Me dejo caer a su lado, guardando una distancia prudencial, pero compartiendo el mismo sofá.

—¿Cómo te sientes? —le suelto directamente.

—¿Lo pregunta Hannah o la psicóloga?

—Quien tú quieras que sea.

—Estoy decepcionado —responde, sin contestar a su propia pregunta—. Llevo varios años acostándome con Cynthia, una follada fácil, la chupa bien y sabe que no es material de esposa. Cuando encontrara a la mujer de mi vida, eso se acabaría y formaría una familia.

—Parece un buen plan.

—Lo era, hasta que se quedó embarazada. Joder, hasta había empezado a decorar una puta habitación en mi ático.

—A veces tenemos que reacomodar nuestros planes a lo que la vida nos ofrece —le digo, hablando un poco de mí.

—¿Eso es lo que tuviste que hacer cuando supiste que no podías quedarte embarazada?

Lo pregunta sin mala intención, y no me sorprende que lo sepa, al fin y al cabo, no era un secreto y la Camorra es como un pueblo pequeño lleno de viejas chismosas.

—Sí, pero tú no has perdido la posibilidad, solo la has pospuesto.

—Cuéntame cómo era tu marido —me pide antes de agregar—. Siento que lo perdieras.

—Salvatore era un hombre maravilloso. Siempre me sonreía, incluso en los días en los que llegaba a casa con una mirada oscura porque había tenido que hacer algún «trabajo». Era mi mejor amigo.

—Espero que la mujer con la que me case sea mi mejor amiga.

—Ojalá lo consigas, es lo mejor que te puede pasar en la vida.

—¿Puedes tomar esto como una especie de sesión y que no salga nada de aquí? —me pide, y asiento.

Él se acerca un poco, ya no queda distancia entre nosotros, entonces, apoya la cabeza en mi hombro y yo trato de no parecer tan sorprendida como lo estoy.

—¿Sentías algo por Cynthia? —le pregunto, tratando de entender qué sucede.

—No, y eso es parte del problema. No consigo encontrar a nadie que me interese como para enamorarme.

—Bueno, aún eres joven y hoy has tenido un mal día.

—¿Qué se siente al casarte con el amor de tu vida?

En este momento me debato entre mentir o no, porque él está abriéndose y yo…, pues yo no tengo nada que ocultar y dudo que volvamos a vernos después de hoy.

—No lo sé.

Alza su cabeza y nos quedamos mirando a los ojos, a escasos centímetros.

—¿No amabas a tu marido? —casi susurra.

—Lo quería, pero no del tipo de amor del que sientes que es tu alma gemela. Aunque no cambiaría ni un segundo de mi vida junto a él.

Danilo me mira con una intensidad que no logro descifrar. Es como si ahora mismo, en su cabeza, estuvieran pasando preguntas y respuestas, solo que no sé a quién se las está haciendo.

—¿Y si encontraras a una persona que podría encajar, aunque no tuviera sentido? —pregunta, y a pesar de que no entiendo muy bien a qué viene, le contesto.

—Supongo que, como mínimo, lo besaría, para que cuando el mundo se fuera a la mierda, al menos tuviera ese recuerdo conmigo.

Sonríe y se acerca un poco más.

—Sabes, me parece una idea maravillosa.

Y antes de que pueda pensar en lo que está pasando, pone su mano en mi mejilla y baja sus labios sobre los míos, empezando un beso que no quiero rechazar.

Capítulo 20

Nilo

Joder, el sabor de su boca es una puta locura. Paso mi lengua por sus labios y suelta un leve gemido que me pone duro de nuevo.

—Lo siento —dice, levantándose de golpe y estableciendo distancia entre nosotros.

—¿Qué ocurre? —le pregunto, poniéndome en pie sin acercarme.

—Esto no tiene sentido. Creo que es mejor que me vaya.

—Te puedo asegurar que para mí tiene todo el sentido del mundo.

—Claro, has perdido a una amante y buscas sustituta, pero es que ya te dije que a mí no me da la vida para el trabajo que da alguien con un ego como el tuyo.

Sonrío, avanzo unos pasos y la cojo de la mano, me siento y hago que ella vuelva a hacerlo junto a mí.

—Bien, mensaje oído, nada de meter mi polla en tu…

—Ni se te ocurra acabar esa frase, marrano.

Me río y ella conmigo, parece que el momento tenso ha pasado.

—Bueno, ahora que hemos dejado claras nuestras posiciones —comienzo, y ella alza las cejas–, y no me refiero a si arriba o abajo —sonríe—, necesito que nos pongamos serios.

—Si me vas a pedir matrimonio, saldré corriendo —se burla, y yo niego con la cabeza.

—Lo que has hecho, venir aquí y decirme la verdad… Gracias, en serio, no cualquiera lo haría.

—Me parece que tienes un mal concepto del mundo, yo creo que quien lo descubriera te lo diría.

—Puede que lo hiciera —le rebato, acariciando la mano que no le he soltado—, pero sería para chantajearme lo más seguro.

Ella se queda pensativa un instante y asiente.

—Mierda, ¿he perdido la posibilidad de hacerme millonaria?

Su broma hace que me ría, y no sé cómo, pero tengo ganas de besarla de nuevo, y no es porque se me ponga dura pensando en meter mi polla entre esos deliciosos labios.

—Di la cantidad y es tuya —le aseguro, y ella se ríe, pero cuando ve que yo no lo hago se detiene.

—¿Lo dices en serio? —pregunta, y asiento—. No quiero nada, no lo he hecho por eso.

—Entonces, ¿por qué?

—Ya te lo he dicho, no me gusta que se juegue con la vida de nadie, menos con la de un bebé inocente. No te conozco, no sé cómo eres ni si hubieras querido a ese niño después de enterarte de que no es tuyo. ¿Y si eso pasa cuando tenga diez años? Le destrozarías la vida, aunque no tendrías la culpa porque a ti te engañaron.

—Frena —la corto—. Si lo hubiera criado yo, me daría igual de quién fuera su sangre porque su alma me pertenecería. No lo abandonaría, aunque puede que lo dejara huérfano de madre.

—¿Vas a matar a la madre?

—¿Te importaría si lo hiciera? —contraataco.

—No es mi problema meterme en asuntos de la Camorra, pero un bebé necesita a su madre.

—¿Incluso si esa madre estaba dispuesta a poner su vida en peligro?

Ella duda y finalmente niega con la cabeza.

—No sé qué pasará con Cynthia ni con el bebé. Primero tengo que averiguar si el padre biológico estaba al tanto, y luego quizás encontrar un buen hogar para esa criatura. Está claro que criarse con esa perra no será bueno.

—¿Así que la dejarás vivir? —insiste, y yo me encojo de hombros.

—¿Has pensado alguna vez en adoptar? —le pregunto, y su cara de sorpresa refleja que no esperaba esto ni de lejos.

Yo tampoco, pero quiero saber más de ella a cada segundo que paso a su lado.

—Lo estaba barajando cuando Salvatore murió. Siempre he querido ser madre, sentir ese ser crecer dentro de mí, y el no poder… No sé, pensé que no iba a darle el amor que un niño se merece si estaba amargada porque no podía tener los propios.

—Eso es bonito.

—¿Es bonito no querer adoptar a un niño que lo necesita porque tengo una pataleta por no poder ser madre? —pregunta medio en broma, tratando de aliviar la tensión del momento.

—No, lo bonito es que podrías haberlo hecho sin pensar en ese niño y sin importarte si lo podrías querer. Eso demuestra más que muchas palabras.

Se queda pensativa y respira hondo, veo algunas lágrimas en sus ojos y no me gusta que esté a punto de llorar por mi culpa, así que no lo pienso y la vuelvo a besar, solo que esta vez la cojo de la cintura, la subo a mi regazo y la abrazo contra mí mientras asalto su boca.

Su culo está justo encima de mi polla, y cuando se mueve un poco, esta se pone como una puta piedra de nuevo. Ella da un ligero gemido que hace que profundice el beso y pase mi mano de su espalda a justo donde empieza su pecho, luego la baje por su culo y finalmente toque su pierna por debajo de este jodido vestido que he querido quitarle desde que la he visto con él en la sala de espera.

Subo mi mano hasta su muslo, ella clava sus uñas en mi pelo y gruño de placer. Llego hasta el liguero y, cuando toco la seda de su ropa interior, decido que quiero tenerla en este sofá, así que nos giro para quedar sobre ella; sin romper el beso, pongo mi mano sobre su pecho y empiezo a masajearlo.

—Joder, Hannah, quiero follarte —susurro mientras lamo su cuello.

Estoy pensando dónde tengo los condones justo cuando el mundo se mueve rápido y, de pronto, estoy tirado en el suelo del despacho; veo como Hannah se levanta con intención de salir corriendo.

—Si sales por esa puerta, te perseguiré y, si es necesario, te follaré en el ascensor —la amenazo.

Ella me mira con jodido fuego en los ojos mientras se arregla la ropa.

—Eso será si me coges.

Capítulo 21

Hannah

Estoy tentada a salir corriendo solo para demostrarle que no me iba a pillar tan fácil, pero a quién quiero engañar, es el puto dueño de San Francisco.

—No quiero acostarme contigo.

—Si toco tus bragas te desmonto el argumento que tengas para darme —contesta seguro de sí mismo mientras se levanta del suelo.

Mierda, he tirado al jefe de la Camorra al suelo. Que se joda.

—Estás demasiado encantado de conocerte.

—Tú también lo estarías después de pasar una noche en mi cama.

—¿En serio eso te funciona?

—Un montón de veces, otras solo señalo mi polla y ella hace el trabajo.

Suelto una carcajada y el ambiente se relaja.

—Siéntate —me pide, palmeando un lugar a su lado, y yo lo hago en el sofá más alejado.

Ahora es él quien se ríe.

—Mira, no digo que no seas atractivo, lo eres, ni que yo sea de esas que necesita un anillo para acostarme con alguien —me reservo el decir que tampoco es que me folle a uno cada noche—, es solo que esto sería complicar las cosas de forma innecesaria en mi vida.

—¿Tienes a alguien? ¿Matteo?

Su tono suena algo ¿celoso? Ni de coña, mis hormonas están haciéndome ver cosas donde no las hay.

—Matteo es solo un buen amigo que estuvo cuando todos se fueron. Y no, no me he acostado con él.

—Pero quieres.

Me quedo pensativa porque nunca lo he visto de esa manera. Es algo así como el hermano de mi difunto marido, así que sería raro. Mucho.

—No, nunca me lo había planteado hasta que lo has sugerido.

—¿Y ahora quieres? —insiste.

—Puaj, no, es como mi cuñado.

Sonríe y menea la cabeza.

—No sabes cuántas viudas se follan a sus cuñados.

—Suerte que yo no soy de esas —contesto—. De todas formas, ¿por qué insistes? Estoy segura de que, si sacas la polla por la ventana en plan *batseñal*, se presentarían aquí al menos diez chicas para el puesto.

La carcajada que suelta hace que me sobresalte un poco.

—Ves, por esto es que insisto. Ya te he dicho me gustas, pero no te pido que seas mi esposa, solo que nos divirtamos juntos hasta…

—Hasta que aparezca el amor de tu vida y te cases con ella.

—O el tuyo, quién sabe —me corta.

—No estoy buscando eso. Nadie quiere a una mujer defectuosa —le aseguro—, y antes de que empieces con que no lo soy, que tener hijos no es lo único y blablablá, por favor, recuerda que tú mismo quieres ser padre y por eso mismo me descartarías antes de conocerme.

—Ves, eres perfecta. Eres sincera y clara, y no tendría que preocuparme de un embarazo no deseado.

—Eres gilipollas —le suelto sin remordimiento, y él sonríe.

—Lo sé, pero tú sabes contestarme como me merezco. Piénsatelo, follamos, nos divertimos, y cuando uno de los dos quiera acabarlo, simplemente nos damos la mano y nos decimos adiós.

Dudo y él lo toma como una señal de que ha ganado.

—Supongo que podría ser una opción, pero no pienso ser una pizzería —le aclaro.

—¿Una pizzería?

—Sí, tengo una vida y no voy a dejarlo todo si me llamas para que me presente en tu casa, caliente, en menos de una hora.

Se ríe y he de reconocer que me gusta ese sonido.

—Está bien, pero eso va en el doble sentido, si quieres que mi polla te haga gritar, no va a ser en el momento en que tú quieras —me advierte, y eso hace que mis dudas se disipen.

—Pues ya está, lo mejor es que cada uno siga su camino. Tenemos vidas ocupadas, tú *mafioseando* y yo con mis pacientes. Seguirás follando sin problema y encontrarás una buena sustituta para Cynthia, y yo, mientras tanto, seguiré disfrutando de mi amigo a pilas, que está disponible siempre que quiero.

Me levanto y voy hacia la puerta bajo la atenta mirada de Danilo. Cuando estoy a punto de abrirla, siento un enorme peso sobre mí, que me aplasta contra la puerta, y unos labios que me muerden el lóbulo de la oreja, haciendo que me estremezca.

—Quizás, entonces, debería contratarte como psicóloga y tener una cita semanal, o quizás dos —susurra en mi oído mientras mueve su dureza contra mí.

Pongo ambas manos sobre la puerta y me impulso. Él da un paso atrás, me giro y le doy una bofetada.

—No te equivoques. No soy la puta de nadie.

Capítulo 22

Nilo

Me toco mi ahora mejilla roja mientras la observo. Su respiración y la mía están acompasadas, ambas pesadas y ambas con ganas de más.

—No he dicho que lo fueras —le aclaro.

—Vas a pagarme por mis sesiones, porque yo no trabajo gratis, y en ellas vas a querer que follemos. Así que, sí, me has llamado puta.

Sopeso sus palabras y niego con la cabeza.

—Si te pido que me atiendas como psicóloga no es para follarte, eso lo haría después de las sesiones, gratis, porque yo no pago por meter la polla en ningún sitio.

—Pues quizás deberías hacerlo, al menos, esas chicas son profesionales y saben lo que hacen. Te aseguro que yo soy casi como una virgen, y después de todo el tiempo que ha pasado desde que tuve sexo, podría jurar que hasta me ha crecido el himen.

Sonrío a la vez que siento algo cavernícola en mi interior.

—Me encantará enseñarte cómo se hace.

—¿Me vas a entrenar para otros hombres? —pregunta, jodiendo mi cabeza en este instante.

Doy un paso hasta ella y cojo su pelo en mi mano en un puño, tiro un poco hacia atrás para que me mire y veo que sonríe con malicia y diversión en sus ojos.

—No, te enseñaría a complacerme solo a mí —le digo antes de volver a besarla.

Ella me muerde, pero no trata de apartarse; quiere esto tanto como yo, por mucho que nos lo quiera negar.

Camino con ella hasta la puerta y la aprisiono contra la misma. Joder, ahora odio este puto vestido ajustado que no me deja que lo suba y me la folle aquí mismo.

—Déjame que rompa lo que llevas puesto —le suplico al odio, y ella niega con la cabeza.

—Si lo haces, te morderé la polla en cuanto tenga ocasión.

—Si con eso logro meter mi polla entre tus labios, me arriesgaré —contesto, y la callo con mi boca.

Nunca me había vuelto tan loco una mujer. Me atrae físicamente, pero no es solo eso, es tan simple como que estoy deseando que ella hable, y eso no sé cómo manejarlo.

Bajo mi mano hasta llegar a su coño y lo masajeo por encima de la tela, ella gime y se mueve contra mí, buscando el placer que quiero darle y que ella se niega a recibir.

—Dime que me tratarás como paciente —le exijo mientras muerdo sus tetas sobre la tela.

—No, mi trabajo no es un juego —jadea.

Está siendo terca, y eso me encanta.

Me pongo de rodillas y subo su vestido un poco, no me da demasiado acceso, pero lo justo para meter mi mano y que mis dedos encuentren sus pliegues.

—Joder —gime cuando resbalo en su interior con dos dedos y comienza a mecerse.

—Dime que vendrás a mi ático a hacer las sesiones.

—Todo lo que diga ahora no cuenta —gime.

Comienzo a mover mis dedos con rapidez y siento cómo empieza a apretarme en cada embestida. Pongo mi otra mano en su culo para mantenerla firme y meto mis dedos tan adentro que hasta se pone un poco de puntillas; cuando hago eso dos veces más, grita mientras el orgasmo se derrama en mi mano.

Me pongo de pie, saliendo de su interior, y suelta un leve quejido mientras lo hago. Sonrío.

—Acéptame como paciente —le pido.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque me ocurre algo que jamás descubrirás.

Ella me mira con el placer todavía en sus ojos y sonríe.

—Acepto el reto.

Capítulo 23

Hannah

Dejo que mi último paciente, Roger, entre a la consulta. Es la tercera sesión y sonrío al ver el progreso. Pasa como quien vuelve a un sitio seguro donde no lo van a regañar. Eso se nota en la forma en la que se deja caer en la silla y en cómo mira el reloj antes de observarme a mí.

—He venido limpio —anuncia—. Ni una uva. Ni un trocito de queso. Ni una mísera aceituna.

Levanto una ceja.

—Eso suena sospechosamente específico —comento mientras me siento frente a él.

—Porque he pasado por el supermercado —dice—. Y había degustación italiana. Con música. Con banderitas. Con un señor que parecía mi abuelo.

—Eso último no cuenta como criterio clínico —le respondo.

Se ríe. Ya no se ríe nervioso. Se ríe cómodo. Eso también es progreso.

—Vale, confieso —añade—. Me comí una muestra. Solo una. La primera. La consciente. La que tú dijiste.

Asiento satisfecha.

—¿Y qué pasó después?

—Que me quedé mirando masticar a los demás —comenta—. Como si estuviera en un documental. El humano frente al parmesano.

Apunto algo en la libreta, aunque, en realidad, ya lo sé.

—¿Qué sentiste?

—Orgullo absurdo —admite—. Y un poco de rabia. Porque olía muy bien.

—Normal —digo—. La rabia no es un síntoma de recaída. Es un síntoma de autocontrol.

Suspira exageradamente.

—Nunca pensé que vendría a terapia para aprender a no comer queso gratis.

—La vida es así de creativa —le digo—. ¿Y con las uvas?

—Las uvas han sido más duras —reconoce—. Están ahí. Sueltas. Mirándote. Es casi provocación.

—¿Qué hiciste?

—Pensé en ti —responde abiertamente—. En tu cara de «no pasa nada si no lo haces».

—Eso debería estar enmarcado —murmuro—. ¿Y funcionó?

—Funcionó demasiado —dice—. Me sentí superior. Como si hubiera ganado algo.

Sonrío.

—Ganaste algo —le aseguro—. Tiempo entre el impulso y la acción.

Se queda pensativo un segundo.

—Nunca me había dado cuenta de lo rápido que decido cosas —admite—. Antes era: veo muestra, como muestra. Fin.

—¿Y ahora? —inquiero.

—Ahora es: veo muestra, pienso, me enfado un poco, sigo andando —resume—. Es agotador.

—Al principio, siempre lo es —le explico—. El cerebro protesta cuando le quitas atajos.

Se inclina hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—Tengo una pregunta —dice—. Importante.

—Dispara.

—Si un día me como dos muestras…, ¿te decepciono?

Lo miro muy seria durante dos segundos. Los justos.

—Solo si no me lo cuentas —respondo.

Se ríe fuerte, con alivio.

—Menos mal.

Cierro la libreta.

—Para esta semana —le digo—, vamos a subir el nivel.

Abre los ojos.

—¿Hay nivel experto en esto?

—Lo hay —confirmo—. Quiero que elijas una situación donde antes siempre picabas… y que esta vez no lo hagas. Solo una. El resto, libertad vigilada.

—¿Libertad vigilada por ti?

—Por ti —corrijo—. Yo solo pongo el cartel.

Asiente, más serio ahora, pero sin perder el tono.

—Vale —dice—. El sábado hay feria en el barrio. Eso es… campo de minas.

—Perfecto.

Seguimos hablando durante un rato de como ya ha podido decírselo a su familia sin sentir vergüenza. El siguiente paso es hacerlo con sus amigos. El hecho de comerte las muestras del supermercado no es algo malo, pero sí el hecho de no poder controlar ese impulso y, como consecuencia, acabar peleando con

todos a tu alrededor por ello. Se levanta cuando la sesión termina, se coloca la chaqueta y se gira antes de salir.

—Hannah —dice—. Gracias por no hacerme sentir idiota.

Lo miro con calma.

—Comerse una uva no te hacía idiota —le digo—. Aprender a elegir no comértela te hace consciente.

Sonríe y se va. Cuando la puerta se cierra, pienso que hay batallas pequeñas que, cuando se ganan, cambian cosas grandes. Aunque empiecen en el pasillo de un supermercado.

Recojo todo y salgo del despacho, bajo a Monitos y veo que Jenna ya está en la mesa, esperándome para comer.

—Como no elijamos un sitio más sano, voy a acabar teniendo que comprarme ropa nueva —se queja a modo de saldo mi amiga, y ambas nos reímos.

—Prefiero cambiar de ropa que de restaurante, aquí me siento como en casa.

—Y solo por eso, hoy te invito a la bebida —interviene la dueña, que no sabía que estaba escuchando.

—¿Y a mí? —pregunta Jenna.

—Tú querías cambiar de sitio —le recrimina, entrecerrando los ojos y riéndose después.

Sabe que nunca nos iremos.

Miro la carta, aunque ya sabemos lo que vamos a pedir. Hoy me apetecen unos nachos y una ensalada con una salsa nueva que se inventó la semana pasada el cocinero. No sé qué lleva, solo estoy segura de que no es saludable y que está buenísima.

—Y bien, ¿qué tal con ese médico al que estabas viendo? —pregunto cuando ya tenemos nuestros platos delante.

—Pues resulta que estaba casado, así que una mierda.

—Vaya, lo siento.

—Y yo, follaba de maravilla. —Ambas nos reímos—. ¿Tú qué tal llevas tu relación con tu vibrador?

—Oye, que no es una relación.

—¿Hace cuánto no follas con un hombre entero y no solo con una polla de goma?

Casi me atraganto y veo que la dueña sonríe. Nos ha oído.

—Para tu información, hace dos días había un hombre con sus dedos muy, muy, muy dentro de mí.

Jenna amplía los ojos sorprendida, y no es para menos. Sabe que no soy de las que se acuesta con cualquiera sin pensar.

—¿Matteo? —pregunta medio esperanzada.

—No, ya te lo he dicho mil veces, solo somos amigos.

—Pues es una pena, parece perfecto para ti.

Jenna está convencida de que Matteo está enamorado de mí en secreto. Nada más lejos de la realidad. Es un buen amigo, uno con el que puedo contar sin problema, pero uno que no quiere presentarme a su familia porque, por lo visto, no creen que relacionarse un hombre y una mujer, la cual es viuda, si no es para casarse, pues no tiene sentido. Así que, no, no hay ningún interés más allá de una amistad creada gracias a mi difunto marido.

—Entonces, ¿por quién estás dejándote tocar, perra?

—¿Te acuerdas del informe que me diste? —Ella asiente—. Pues descubrí que estaba engañando a un tipo para que creyera que el hijo era suyo, y cuando se lo fui a contar, las cosas se salieron de control.

Le cuento todo sobre Danilo, obviamente omito la parte de que es el jefe de la Camorra, pero sí que es un tío con pasta de San Francisco. Que está como para hacerle un traje de saliva y que nos liamos en su despacho.

—Así que ahora estás pensándote si ser su psicóloga para follártelo —resume, y asiento.

—Más o menos. Si va a ser mi paciente, no puedo acostarme con él.

—¿Por qué? —me interrumpe, acabando su última patata y limpiándose la boca.

—Ética profesional.

—Eso es mierda, puedes ayudarlo y después follártelo, o al revés.

—No es tan sencillo, además, no he sabido nada de él desde que…

—Estará liado.

—Sí, buscando a la siguiente a quien metérsela.

Ambas nos reímos y acabamos la comida con un enorme batido de chocolate. Por la tarde tengo un par de pacientes más; los viernes trato de no ponerme demasiado trabajo por si necesito salir el fin de semana de viaje. Me encantan las escapadas de último momento.

Me despido de Jenna y subo a la consulta de nuevo. Miro el móvil y tengo un mensaje de Emma. Creo que he hecho algunos progresos con ella. Parece que empieza a entender que el amor debe ser entre iguales, y no hablo solo de la edad; por lo que me ha contado, ese tío la tiene dominada haciéndole creer que nadie más la puede querer.

Tengo algo que decirte, pero prefiero que sea en persona.

Bien, vente a la consulta si quieres el lunes y lo hablamos, ¿o necesitas que sea ya?

No, no, el lunes me viene bien, ¿a la misma hora de siempre?

Sí.

Gracias por estar siempre, Hannah.

Gracias a ti por confiar en mí

Le contesto y, al darle a enviar, mi teléfono suena por una llamada entrante que cojo sin querer, evitando que se me caiga el móvil. El número es desconocido.

—¿Quién es? —pregunto cuando me lo pongo en la oreja.

—Un paciente nuevo que necesita una cita privada —contesta, con una muy sugerente voz, el hombre que no ha parado de rondar en mis pensamientos estos últimos días.

—Tendré que mirar mi agenda, quizás quede alguna cita libre en unos quince días, ¿le va bien?

Escucho su risa y me encuentro sonriendo como una idiota.

—Hannah, me encantas —suelta con toda naturalidad—. Había pensado que vinieras mañana a mi ático.

—¿Para una sesión?

—Y lo que surja.

—Una sesión —le confirmo—. Con la ropa puesta.

—Me parece bien.

Lo dice en un tono tan sucio que me imagino cosas que ahora mismo no puedo permitir que estén en mi cabeza.

—Te voy a cobrar muy cara la sesión, y corre a tu cargo el gasto del taxi.

—Por supuesto.

—Entonces, sí, puedo ir mañana, ¿te parece mejor por la mañana o por la tarde?

Escucho una risa ronca al otro lado que hace que se me erice toda la piel.

—Oh, Hannah, para lo que te necesito vas a tener que reservarme todo el día. Tendrás un taxi en tu puerta a las once. Nos vemos. Con ropa.

Se despide y cuelga. Me quedó ahí parada, mirando el móvil como una idiota, y lo que más me preocupa es que estoy deseando saber qué secreto no voy a descubrir. Bueno, eso y si la sesión la acabaremos con toda la ropa puesta.

Capítulo 24

Nilo

Falta poco para que Hannah llegue y estoy algo nervioso. Lo cual no es normal en mí. Aunque nada en esta situación lo es. No entiendo por qué me comporto como un idiota a su alrededor. Me la quiero follar, sí, pero es como si eso no fuera lo importante en la ecuación.

Me llaman para avisar de que tengo visita y de que está en el ascensor. Cuando llega arriba, ya estoy con la puerta abierta, esperándola.

—Hola —saluda al llegar, y me aparto un poco para que entre.

—Dame la chaqueta —le pido, y ella se la quita, dejando al descubierto un atuendo un poco…

—¿Esperabas que viniera vestida diferente para la ocasión? —pregunta, y me río.

Tiene unas mallas negras, unas deportivas de colores y una sudadera amplía de Los Teleñecos.

—No sabía que vendrías corriendo, ¿te gusta? —inquiero, haciéndola pasar después de colgar su abrigo en el perchero de la entrada.

—No podría correr diez metros ni aunque me fuera la vida en ello —reconoce—. Es que las zapatillas de *running* son muy cómodas.

Se encoge de hombros y saca de su mochila, no bolso, una libreta y un boli un tanto peculiar. Deja la mochila de tela junto al sofá; es

de las que podría haber llevado a la universidad, algo desgastada y manchada.

—¿Dónde lo quieres hacer? —pregunta, y mi sonrisa hace que ella ruede los ojos.

—Aquí estaremos bien, ¿quieres algo de beber?

—Estoy bien, gracias.

Me dejo caer en el sofá largo y me tumbo como si de un diván se tratara. Escucho su risa y me giro para verla ponerse cómoda en la butaca. Se ha quitado los zapatos y subido los pies.

—¿Puedo?

—Eso se pregunta antes de hacerlo, ¿no?

Me saca la lengua y me gusta que esté tan relajada a mi alrededor, tanto como yo lo estoy con ella.

—Si la sesión es en mi consultorio no hago esto, pero, puesto que has elegido que sea en un sitio informal, no voy a guardar las formas.

—A mí, mientras que empieces a quitarte ropa, me parece todo bien.

Suelta una carcajada, y solo el oírla provoca que mis labios se curven hacia arriba.

—Sabes, te imaginaba más serio —reconoce, y me siento de nuevo para mirarla de frente.

—Algo así como el típico malote con traje gris y corbata a juego con su pañuelo, zapatos italianos y un arma escondida dentro de la americana, que no sonríe ni aunque se acabe el mundo.

—Exacto.

—También soy ese —le digo, y ella alza las cejas, sorprendida–. Al menos, lo soy con parte de la gente.

—¿Y yo no soy parte de esa gente?

—Estoy tratando de llevarte a la cama, no deberías serlo —me burlo, y ella rueda los ojos de nuevo—. Bien, entonces, ¿cómo va esto? No hago terapia desde niño.

—¿Fuiste a terapia de pequeño?

—Sí, en parte por el secreto que ni siquiera ese psicólogo pudo descubrir.

Ella se recuesta un poco y apunta algo en la libreta, me levanto un poco para verlo y ella lo tapa, poniéndola contra su pecho.

—Me lo estás poniendo muy fácil —asegura—. Creo que no me has investigado del todo. Soy psicóloga, sí, pero no una cualquiera. Obtuve las mejores notas de la clase, en todas las clases. He hecho prácticas en varios centros del país que equivaldrían a la clínica Mayo para los médicos. Y me han pedido que trabaje en todos y cada uno de ellos, extendiendo un cheque en blanco para poner mi precio.

—Vaya, ¿así de buena? —Ella asiente—. ¿Y por qué has acabado en Greybridge, pasando consulta encima de un restaurante y en un camión?

—Porque aquí estaba mi familia. Solo estudié la carrera porque necesitaba entender algunas cosas. Se me dio bien. Mi padre siempre ha dicho que tengo mucho instinto y empatía, que veo los pequeños detalles que al resto se les pasa por alto.

Me gusta esa respuesta. El hecho de que tuvo opciones y eligió la que la hacía feliz, no la que según la sociedad parece que debes elegir solo porque tienes la oportunidad.

—Recuerdo a tu padre —le digo, y ella me mira curiosa—. Cuando dijiste que me donó sangre, busqué en su archivo la foto. Cuando lo

vi, me vino a la cabeza el momento en que mi padre le agradeció lo que hizo y él solo dijo que también era padre.

—Así es papá.

—¿Sabe que nos conocemos?

—No, si le contara que hemos tenido un acercamiento, tendría que mentirle para tapar lo de Cynthia y no me gusta hacer eso. Así que omito, también es mentir, pero menos.

—Entiendo lo que dices.

Más de lo que ella cree. A lo largo de los años he podido identificar el grado de mentiras que uno puede decir y las consecuencias que tienen. Dolor, siempre dolor. Sin embargo, con ella ni una sola vez lo he sentido.

—¿Puedo preguntarte algo sobre ese tema? —murmura algo tímida, y yo asiento—. ¿Qué has contado a los que sabían sobre el embarazo?

Vaya, pensaba que me iba a preguntar sobre Cynthia o el supuesto padre. Sin embargo, parece más interesada en el impacto que ha tenido en mi vida.

—Acordamos decir que perdió al bebé, era la mentira más piadosa para todos. Ella ya no está en San Francisco. Para superar el duelo se ha largado con su familia al otro lado del país, donde la tengo controlada.

Nueva York es un buen lugar en el que esperar a que ella dé a luz para hacer lo que tengo que hacer cuando eso pase. De momento, el bebé ya no tiene padre. Nadie amenaza a una mujer de una forma tan patética como lo hizo ese tío, y mucho menos a una que está bajo mi protección.

—Siento que las cosas no acabaran bien.

—Quizás esto es lo mejor que pudo haber pasado.

Sonríe y muerde la punta del boli.

—Eres de los optimistas, me gusta.

—¿Y tú? ¿Ves el vaso medio lleno o medio vacío? —inquiero, interesado de verdad en saber más de ella.

—Pues yo soy de las que pregunta si el vaso estaba vacío y lo llenaron, o si estaba lleno y lo vaciaron.

Su repuesta me hace sonreír, y cuando voy a decirle que me encanta, escucho mi móvil sonar.

Me levanto y lo cojo de la entrada; lo dejé ahí cuando Hannah llegó y no lo había echado de menos hasta ahora.

—Dime —contesto a Dom, un poco fastidiado por la interrupción.

—¿Estabas haciendo algo interesante? —pregunta en tono divertido, me conoce demasiado bien.

—No, estoy solo en casa —miento, y siento la punzada en mi sien al instante.

Hannah me observa y me dirijo a la cocina para coger algo de agua.

—Solo quería que supieras que Simona va a organizar una fiesta para reunirse con el tarado mexicano. Por lo visto, al tipo le gustan los saraos bien montados y ha pensado que uno de esos podría ayudar a relajar el ambiente.

—Bien —contesto, poniendo el vaso en el hueco de la nevera para llenarlo—. Dile que lo cargue a mi cuenta, que prepare al triple de hombres que en una fiesta normal y que, por el amor de Dios, deje de matar a gente del cártel sin pedir permiso. Somos personas civilizadas.

Dom se ríe y me asegura que le va a hacer llegar el mensaje. Lo conozco. Le va a decir alguna mierda y mi prima va a llamarme para morderme el culo, así que, como no quiero distracciones, quito el sonido al teléfono.

Vaya, no recuerdo la última vez que hice eso. Ni siquiera cuando voy al cine lo desconecto. Vuelvo al salón y veo a Hannah mandar algún mensaje, en cuanto me ve, guarda el móvil en la mochila y me mira expectante.

—Muy bien, ¿por dónde íbamos? —pregunto, y su respuesta me deja totalmente descolocado.

—Supongo que es el momento de desnudarnos.

Capítulo 25

Hannah

No puedo dejar de reír al ver la cara que ha puesto Danilo, que no entiende qué está pasando ahora mismo.

—Me refiero a desnudar nuestras almas —le aclaro, y él me tira un cojín.

La verdad es que no esperaba que la cosa fuera como está yendo. Me he presentado aquí con mi ropa cómoda porque no quería impresionar. También he sido maleducada al sentarme sin preguntar, quitándome los zapatos y subiendo los pies solo por lograr que se enfadara y me echara. Sí, lo sé, es una actitud infantil, pero me resulta más fácil eso que el hecho de que me atrae sexualmente de una manera que no sabía que existía, y eso me asusta.

—Muy bien, ¿qué quieres saber? —pregunta, sentándose esta vez con las piernas también sobre el sofá a modo indio.

Viéndolo así, con pantalones de chándal y una sudadera, me doy cuenta de que ambos hemos hecho lo mismo y sonrío.

—¿Prefieres Marvel o DC? —inquiero.

—Marvel, por supuesto.

Sonreímos ambos.

—Menos mal —contesto—, si no, no podría seguir con la sesión. ¿Cómo es un día normal para ti?

—Me levanto, corro en la cinta una hora, desayuno, voy a uno de los sótanos de tortura que tenemos en el mismo edificio de mis

oficinas y saco algunos órganos para comprobar si están en correcto estado y…

Se calla, me mira y se echa a reír.

—Eres idiota —le gruño, pensando que lo que me estaba contando era verdad.

—Hannah, soy una persona normal la mayor parte del tiempo —me asegura, y lo apunto.

—Danilo, me parece que no sabes lo que es estar serio la mayor parte del tiempo.

Me mira con la cabeza ladeada, se levanta, me recoge de la butaca, haciendo que suelte un pequeño gritito ridículo, me deja en el sofá donde estaba sentado él y se sitúa a mi lado, con nuestras piernas rozando.

—¿Y esto? —pregunto.

—Es la primera vez que me llamas por mi nombre y me ha gustado. Aunque prefiero que me llames Nilo.

Asiento porque no tengo muy claro lo que acaba de pasar.

El móvil de Nilo vuelve a sonar y lo mira con fastidio, farfullando algo de que va a quitar las llamadas de emergencia.

—Es mi tío —me dice antes de levantarse a contestar.

Se vuelve a alejar y me permito ese momento para observar el salón en el que nos encontramos. Las ventanas van de suelo a techo y muestran una vista de la ciudad y del puente que es simplemente maravillosa. Es acogedor. No es la típica casa de un soltero. Hay mimo en la decoración. Veo marcos de fotos por todos lados, también hay jarrones que llevan una beta dorada, o muchas en algunos casos.

Cuando Nilo vuelve, lo hace para avisarme de que su tío Gio va a llegar en cualquier momento, está subiendo por el ascensor. Eso me pone nerviosa.

—Tranquila, solo necesita darme algo en mano y se irá —me asegura.

Me quedo en el sofá sentada. Bajo las piernas, aunque no me pongo los zapatos porque la puerta está a mis espaldas y no se ve nada. Cuando Nilo abre, escucho como el tal Gio saluda y lo hago sin girarme demasiado.

—Creo que tengo una copia en mi despacho, dame un momento y te lo traigo —escucho a Nilo decir, y veo que desaparece por el pasillo.

La puerta se cierra. Ahora oigo pasos acercándose y la figura de Gio frente a mí. Levanto la vista y me lo encuentro mirándome.

—Vaya, la psicóloga —murmura.

No lo conocía en persona, pero Salvatore me habló de él. Era la mano derecha del padre de Nilo. Ahora está un poco en la sombra para darle espacio a la siguiente generación, o, al menos, eso me dijo Matteo una vez, pero es un tipo inteligente y al que hay que temer.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, y yo tiemblo ligeramente.

—Solo trabajar.

—Espero que eso no signifique abrirte de piernas, a mi sobrino no le hace falta una puta comecocos que le joda la vida.

Lo dice con total desprecio, como si me odiara sin conocerme, o más exactamente a lo que me dedico.

—Por supuesto que no —le aseguro, y él saca su arma.

—Si me entero de que Nilo ha tenido un solo segundo de preocupación por tu culpa, volveremos a vernos —suelta, y carga su pistola.

Tiemblo y asiento sin saber qué más hacer. Cuando escuchamos los pasos de Nilo, él regresa a la puerta, guardando su arma, y yo me quedo ahí parada, con miedo a siquiera respirar.

—Aquí tienes, tío.

Se despiden y, al cerrar la puerta, escucho como Nilo vuelve hasta donde estoy. Esto ha sido una mala idea desde el principio. El mundo en el que se mueve es peligroso y yo no quiero meterme en él. Salvatore me mantenía al margen, me cuidaba y nunca tuve ningún problema. Incluso en la consulta del camión sé que estoy a salvo porque los que vienen son simples soldados. Pero esto ya es otra cosa. Cuando escalas en el poder, también escalas en el peligro, y yo no quiero esto en mi vida.

—Voy a por agua fría —me avisa—, ¿quieres?

—No, gracias —contesto, y me pongo mis zapatillas, meto mis cosas en la mochila y me voy hacia la puerta—. Nilo, creo que es momento de irme, otro día seguimos.

Lo digo más o menos en voz alta, no es que lo haya gritado, pero tampoco me cercioro de que ha escuchado antes de abrir la puerta con intención de largarme de aquí.

—¿Por qué te vas? —escucho a mi espalda, y me sobresalto.

—Porque es lo más inteligente.

Se acerca a donde estoy y empuja la puerta hasta que se cierra. Lo tengo ahora mismo de pie, delante de mí, y he de decir que impone mucho la intensidad con la que me mira.

—¿Qué te ha dicho mi tío?

—Nada —le miento.

Alza las cejas y se cruza de brazos.

—Prueba otra vez —me ordena.

—Mira, tú y yo sabemos que no tienes ningún trauma en el que te pueda ayudar. No debería haber venido, aun así, lo he hecho porque a veces soy idiota y me dejo llevar, pero está claro que no es buena idea.

—Gio odia a las psicólogas, pero no es nada contra ti, es solo que no le gustan.

—¿Por ser mujer? —pregunto porque ha dicho psicóloga, no psicólogo.

—Más o menos, no odia a las mujeres en general, es solo que, cuando era más crío, fui a una loquera y ella, bueno, trató de jugar con mi colita.

Sus palabras me dejan atónita.

—¿Abusaron de ti sexualmente? —murmuro sin tener muy claro si quiero oír la respuesta.

—No, yo tenía unos catorce y la verdad es que quería follármela, aunque no llegué a hacerlo, solo recibí una mamada. Fue mi tío quien se dio cuenta de todo y desde entonces no confía en las psicólogas.

—Mierda, Nilo, lo siento.

Y lo digo totalmente en serio. Ese tipo de seres deberían morir todos. Era un niño, no importa nada más que eso, y lo peor es que esa consulta debería haber sido su espacio seguro.

—Realmente lo sientes —dice como si le resultara extraño.

Le cojo la mano entre la mías y lo miro a los ojos.

—Quédate —me pide—. Sé que Gio te habrá soltado mierda dura y hablaré con él, pero, por favor, quédate y ayúdame.

Lo dice de una manera que me hace sentir que no está mintiendo, que esto no es solo para llevarme a la cama.

—¿De verdad necesitas que te trate? —le pregunto, y él asiente.

—Sí, quiero que me ayudes a superar que me torturaron cuando apenas tenía ocho años y que, quien lo hizo, era mi niñera.

Capítulo 26

Nilo

No sé quién de los dos está más sorprendido por lo que le acabo de pedir y reconocer en voz alta. Hace años que dejé de intentar curarme porque nunca me atreví a contar las consecuencias que tuvo ese secuestro.

—Volvamos al sofá —me pide sin soltarme de la mano, y yo la sigo.

Deja la mochila en el suelo, se descalza y se sienta en el sofá con las piernas recogidas debajo de su culo.

—No sé muy bien cómo empezar —reconozco, tratando de entender cómo es posible que me encuentre tan a gusto con esta mujer que quiera abrirme a ella.

Aunque no lo haré del todo, el secreto que guardo no lo voy a desvelar, no lo he hecho antes y no lo haré ahora, así que supongo que no podré curarme.

—Siéntate junto a mí, ¿o prefieres que vaya a la butaca y tú tumbarte para no mirarme? —pregunta levantándose.

Niego con la cabeza y me dejo caer en el sofá, ella se acomoda a mi lado y decido que quiero cogerla de la mano. No ha sacado su libreta ni lo ha intentado. Es como si no le interesara dejar constancia de lo que pasó, solo escucharme.

Tomo una larga respiración y vuelvo a ese momento, uno que odio haber vivido, pero que no puedo borrar. Y paso de ser un

hombre a convertirme nuevamente en aquel niño de ocho años asustado.

No voy a llorar. No porque no quiera, sino porque no debo.

La habitación en la que nos tienen es grande. El suelo está frío y se me cuela por los calcetines. No me dejan moverme. Estoy recto, con los brazos pegados al cuerpo, como cuando mi padre me dice que esté quieto. Él está a mi lado. Su respiración suena pesada, controlada. Si él aguanta, yo aguanto.

Ella está frente a nosotros.

No quiero mirarla, pero lo hago igual. Aunque no puedo dejar de mirar sus manos. Son las mismas que me peinaban antes de ir al colegio, las que me acariciaban la espalda cuando tenía fiebre. Las manos que ahora no tiemblan mientras me hacen daño.

—Dímelo —ordena.

Sé la respuesta. Eso es lo peor de todo.

Sé los nombres. Sé dónde se reúnen. Sé quién entra por la puerta trasera y quien nunca aparca delante. Lo sé porque escucho, porque los adultos hablan como si yo fuera invisible, porque soy el hijo de mi padre.

Pero no soy un chivato.

Ella camina despacio frente a mí. Sus zapatos hacen un sonido seco contra el suelo. Tac. Tac. Tac. Ese ritmo me entra en la cabeza y se queda ahí, marcando el tiempo. Antes me gustaba ese sonido cuando venía a buscarme al colegio.

Ahora no.

Se agacha hasta quedar a mi altura. Me toma la barbilla con dos dedos. No aprieta, pero tampoco es suave.

—Dime quién estuvo anoche en el almacén —dice.

Lo sé.

Veo el almacén en mi cabeza. Veo a los hombres. Veo a uno de ellos encenderse un cigarrillo y reírse. Podría decirlo. Podría acabar con esto.

Pero no lo hago.

—No lo sé.

El golpe no viene de inmediato. Primero llega la decepción. La noto en su cara, en cómo suspira, como si yo le hubiera fallado a propósito.

—No mientas —me advierte.

Entonces, lo hace.

No quiero pensar en cómo. Solo sé que el dolor aparece de golpe, afilado, sorprendiéndome. Me doblo un poco, pero me obligo a volver a enderezarme. Me duele respirar. Aprieto los labios.

No lloro. No le doy ese gusto.

—Otra vez —insiste—. ¿Quién estaba con tu padre?

Sé el nombre. Me arde en la lengua. Es alguien que los ha traicionado, sean quienes sean ellos y sea con quien sea que ella esté trabajando. Me niego a decirle nada, así que pienso en el nombre y lo empujo hacia el fondo de mi cabeza.

—No lo sé.

El dolor vuelve. Más fuerte. Más rápido. Como si ya supiera el camino. Me recorre el cuerpo y me deja temblando por dentro. Mis manos se cierran solas. Siento algo caliente detrás de los ojos, pero lo contengo.

Mi padre se mueve. Un paso. Nada más. Su presencia me sostiene como una cuerda tensa.

—Míralo —dice ella—. Él aguanta. Tú también puedes.

No sé si me está animando o castigando.

—¿Dónde guardan las armas? —pregunta.

Las veo. En cajas. Apiladas. Cubiertas con lonas.

—No lo sé.

Esta vez el golpe me hace perder el aire. Lo busco con la boca abierta, pero no sale. El pecho me arde. Siento que algo dentro se contrae, como si mi cuerpo estuviera aprendiendo una lección nueva.

Mentir duele.

Mentir siempre duele.

—Eres igual que tu padre —dice ella con desprecio—. Terco.

No dice valiente. No dice fuerte. Dice terco, como si fuera algo feo.

—No es culpa mía —añade—. Tú decides esto cada vez.

Me mira como si de verdad creyera que tengo elección. Me enderezo otra vez. Me tiemblan las rodillas, pero sigo en pie. Trago saliva. Me sabe raro. Amargo.

—Pregunta lo que quieras —la reto—. Mi respuesta siempre será la misma: No lo sé.

El dolor vuelve.

Y vuelve.

Y vuelve.

Cada mentira deja una marca invisible, algo que se clava dentro y no se va. No sé ponerle nombre. Solo sé que se queda, esperando.

Pero no hablo.

Porque no soy un chivato.

Porque mi padre está ahí.

Porque, aunque me duela, a pesar de que me rompa por dentro, hay cosas que no se dicen.

Nunca.

Cuando regreso a donde estoy, a mi salón, con Hannah, la miro y veo que sus ojos están llenos de lágrimas. Siento que mi pecho comienza a acelerarse, no puedo coger bien el aire y ella lo nota.

—Joder —murmura—. Trata de calmarte —me asegura, abrazándome—. Estás en un lugar seguro.

—Pastillas en el baño —logro decir, y ella asiente.

Se va por el pasillo y oigo que abre un par de puertas antes de dar con el armario donde las tengo. Vuelve corriendo y casi se cae por llevar calcetines. Me mete la pastilla en la boca tras enseñarme el bote y que le confirme que son esas, después se sienta y me empuja para que ponga mi cabeza en su regazo.

Comienza a acariciarme el pelo y me pierdo en la agradable sensación del tacto de sus manos.

—Ya ha pasado —susurra varias veces como un mantra.

Abro los ojos, ni siquiera me había dado cuenta de que los había cerrado, y cuando lo hago, me doy cuenta de lo que acaba de pasar y me muero de la vergüenza. Trato de levantarme, pero ella me lo impide.

—Has metido tus dedos dentro de mí, no te pongas ahora vergonzoso —suelta, y sonrío, jodidamente sonrío.

Nunca he podido gestionar mis emociones cuando me da un episodio como este. No lo había sufrido desde hace años gracias a la medicación.

—Además —agrega—, ya sé cuál es tu secreto.

Y, por la forma en la que lo dice, siento que es verdad, lo cual no sé si me asusta o me encanta.

Capítulo 27

Hannah

Nilo me mira incrédulo y yo sonrío. Se levanta poco a poco y parece que se ha calmado. Los ataques de ansiedad suelen ser jodidos de superar, sin embargo, él solo ha necesitado esa pastilla para hacerlo.

—Lo que has tomado no es bueno para ti —le digo, aun sabiendo que puede contestarme que me meta en mis asuntos.

—Como puedes ver, funciona perfectamente. La llevo tomando años y hasta hoy no había tenido que tomar una dosis extra para calmarme.

—Hay alternativas mejores —trato de explicarle—, con lo que tomas es complicado que seas padre, por ejemplo.

Lo que le digo llama su atención y se pone serio.

—¿A qué te refieres?

—Hay un estudio que indica que este fármaco tiene un efecto secundario en más del noventa por ciento de sus pacientes que provoca que su líquido seminal salga sin apenas espermatozoides que puedan fecundar el óvulo.

—¿Me lo dices de verdad?

—Sí, pero no puedes dejarlo así como así, debe ser poco a poco para que tu cuerpo se acostumbre a estar sin él.

—Entonces, volverán estos ataques.

—No necesariamente. Ahora eres un adulto y puedes aprender a controlarlos, hay técnicas para ello y los *hobbies* ayudan mucho.

—Lo sé, practico el *kintsugi*.

La mirada que le doy hace que se ría.

—No tengo ni idea de lo que acabas de decir, ¿eso es chino? —pregunto, y niega con la cabeza.

—Es japonés. Se trata de que cuando algo se rompe no se tira, sino que se arregla con oro y se le da el valor que tiene.

Ahora entiendo las vetas de los jarrones que he visto.

—Es bonito, ojalá pudieran arreglarme a mí también —digo a modo de broma, pero él se pone serio.

—No creo que estés rota —suelta, poniendo su mano en mi cara —, y si lo estuvieras, pondría a tu disposición todo el oro del mundo para que volvieras a unir tus piezas.

No me deja tiempo a pensar demasiado cuando baja sus labios sobre los míos y me besa de forma tierna.

No sé el tiempo que pasamos así, solo besándonos, pero me encanta la sensación de su boca sobre la mía. Hasta que mi estómago decide rugir y él se ríe, rozando sus labios con los míos.

—Deberíamos comer —sugiere, apoyando su frente en la mía—. ¿Qué te apetece?

—Cualquier cosa está bien.

—Hago unos sándwiches de *pastrami* dignos del mejor restaurante de Nueva York.

—Me parece perfecto.

Se levanta del sofá y me tiende la mano, la agarro y lo sigo hasta la cocina. Es enorme, tiene una isla con una encimera enorme, una nevera de dos puertas y otra al lado, que no sé si también es frigorífico.

—Siéntate ahí —me pide, apuntando a un taburete de la isla, y le hago caso.

Saca todo lo que necesita de la nevera y se sitúa frente a mí, le da a un botón que no he notado y lo que parece un círculo de cocinar aparece en el mármol.

—Nunca había visto algo así.

—Es una nueva tecnología, está integrada y así puedes usar la encimera para cocinar o simplemente para cortar cosas —me explica.

—Increíble lo que se puede hacer con dinero.

—¿Vas a decirme ya lo que crees que me pasa? —me suelta de pronto, cambiando de tema radicalmente.

—No confías en que lo haya podido averiguar, ¿verdad?

—Por un lado —comienza mientras corta el pan de semillas que ha sacado a la vez que calienta el *pastrami* en una sartén—, tengo la sensación de que sí lo sabes. Pero, por otro lado, nunca nadie se ha dado cuenta y tú y yo nos conocemos desde hace como cinco minutos.

Sonrío porque tiene razón.

—Te olvidas de que soy una genio mal aprovechada —me burlo, y le saco la lengua.

Me tira una hoja de lechuga que cojo al vuelo y me como. Tengo hambre.

—¿Y bien? —insiste.

—Vale, te lo diré, pero ¿qué gano yo a cambio? —pregunto juguetona.

Nilo deja lo que está haciendo, se limpia las manos en un trapo y llega hasta donde estoy, se mete entre mis piernas y acerca su boca

a la mía, lo justo para hacerme querer besarlo, pero sin conseguirlo.

—Te daré el mejor orgasmo que has tenido en tu vida con mi lengua —me provoca.

—Me parece un gran premio, así que ahí va: cuando mientes te duele, y no hablo de sentimientos, sino de dolor físico real, ¿es así?

Capítulo 28

Nilo

Doy un paso atrás, como si alguien me hubiera pegado un tiro. Joder, ¿cómo lo ha sabido?

—No eres el primer caso que veo —contesta a una pregunta que no he hecho en voz alta—. Recuerda, genio de la mente —dice, apuntándose con un dedo.

—Joder, eres la primera persona que se da cuenta.

—Eso es normal, no es un caso típico, hay unas pocas docenas en todo el país —me explica, y yo no sé muy bien cómo gestionar el hecho de que mi mayor secreto ha salido a la luz.

—Tranquilo, no voy a decir nada, ni de esto ni de lo de antes.

—Para ya de responder a cosas que hay en mi mente —le gruño, y ella se ríe.

—Eres más transparente de lo que piensas.

Vuelvo hasta donde tengo todo para hacer los sándwiches y termino los dos que estaba preparando mientras ella me observa en silencio. Me está dando espacio y estoy tratando de entender qué es lo que siento.

—¿Estás bien? —pregunta cuando pongo el plato frente a ella y me siento a su lado.

—Es raro decir esto en voz alta —reconozco.

—¿Nadie lo sabe?

—No, eres la primera.

—Me siento halagada, ¿y tú? ¿Cómo sientes haber perdido un secreto que solo tú sabías?

Le doy un bocado a mi comida y ella hace lo mismo. Me tomo mi tiempo para pensarlo y finalmente contesto.

—Es como si me hubiera quitado un peso de encima.

Sonríe y yo con ella.

—Me alegro, entonces, de haberlo descubierto.

Pasamos el resto de la tarde hablando de los otros casos que ella ha tratado. Yo pensaba que era único y resulta que solo soy un poco especial. Me cuenta sobre el caso de una chica que no podía siquiera respirar cuando mentía, aunque no me dice el motivo que la llevó a ello.

Nunca lo hace, les guarda el secreto profesional y eso provoca que todavía confíe más en ella.

También me habla de algunos que han logrado superarlo y otros que se suicidaron. Yo no pienso hacer esa mierda, mi madre moriría si me quito la vida y no pienso infligirle jamás ese dolor.

Comentamos posibles terapias y la forma de dejar la pastilla poco a poco para que mi cuerpo no tenga el mono. Me enseña los artículos en los que hablan de la eficacia de la pastilla y los problemas secundarios que acarrea. Supongo que todo depende de si te merece la pena o no.

Para cuando quiero darme cuenta, ya es media tarde y recuerdo que no he mirado el teléfono ni una sola vez desde que lo dejé tras la llamada de Dom. Joder, creo que nunca he tenido tantas horas de desconexión.

—Supongo que ya es hora de que me vaya —dice, levantándose el sofá.

Hemos hecho de este sitio nuestro fuerte, incluso ha cogido una manta suave que tengo para taparse porque dice que adora hacerlo, aunque no tenga frío.

—¿Y si te pido que te quedes? —suelto, agarrando su mano sin ponerme de pie.

Ella me mira y se muerde el labio.

—No creo que sea buena idea. Ahora eres mi paciente, has avanzado muchísimo en tan solo un día. Esto —y mueve su dedo entre ella y yo— solo sería complicar las cosas.

—Me parece que sería hacerlas aún mejores —insisto sin soltarla y acariciando con mi pulgar el interior de su muñeca.

—¿Y si te cansas de mí? ¿O yo de ti? ¿Irías a otro psicólogo a contarle sobre tu dolor psicosomático? —pregunta, y niego con la cabeza—. ¿Ves? Lo siento, pero por encima de un buen rato en la cama no voy a anteponer tu posible estabilidad mental.

Sonrío porque me encanta que se preocupe por mí, y también porque me encanta ella.

—Entonces, solo hay una cosa por hacer —le digo, y ella suspira ¿decepcionada?—: tenemos que prometer que solo va a ser sexo y que no va a afectar a nuestra relación psicóloga-paciente.

—¿Crees que puedes hacer eso? —inquiere, entrecerrando los ojos.

—Sin ninguna duda.

—Yo no lo sé.

—Entonces, te enseñaré a hacerlo.

Parece que titubea. Creo que sopesa mi propuesta y por un momento imagino que acepta, que le enseño a tener sexo sin

compromiso y después ella lo hace con otro. Y no me gusta jodidamente nada.

Me mira un instante y no lo dudo, tiro de su mano y hago que caiga sobre mi regazo para que note lo duro que estoy.

—¿Y bien? —pregunto por última vez.

Suspira y pega sus labios a los míos antes de contestar.

—Supongo que es momento de la primera lección, profesor.

Capítulo 29

Hannah

Es una completa locura lo que acabo de decir, pero no me da tiempo a pensarlo porque Nilo ya se ha abierto paso en mi boca y ahora me tiene a horcajadas sobre él. Su polla está dura y el hecho de que llevo unas mallas hace que lo sienta todo, y cuando digo todo es TODO.

—Joder —gruñe contra mi cuello mientras lo lame—, dime que me vas a dejar que te folle.

Y no sé si son sus palabras sucias o el tono que usa, pero asiento como si me fuera la vida en ello.

Se levanta conmigo encima, como si no pesara nada, y sin dejar de besar mi cuello, entra por el pasillo y llega hasta una habitación que parece de invitados. Me deja sobre la cama y se me queda mirando.

—¿Cuál es la primera lección? —pregunto, pero no contesta.

Se baja los pantalones y los calzoncillos y una enorme polla me saluda. Me pongo a gatas y llego hasta él, lo agarro y lo meto en mi boca. Suelta un gemido que me enciende, agarra mi pelo en un puño y me mantiene donde estoy, pero no me obliga, ejerce poder, aunque dándome espacio para retirarme si es lo que quiero.

—Tu boca es un puto cielo —gime, y me encanta.

Cuando no lo espero, me lanza sobre la cama y me quita los pantalones y las bragas, yo hago lo mismo con la parte de arriba. Él también se queda desnudo y me mira, mordiéndose el labio.

—¿Estás esperando algo? —inquiero divertida.

—Solo tomándome unos segundos para ver cuál es la mejor estrategia —contesta sin dejar de menearse la polla—. No sé si comerme tu coño primero o metértela tan adentro que la notes hasta en la garganta.

Ruedo los ojos y él se ríe. Se deja caer al suelo, coge mi culo, lo acerca al borde de la cama y comienza a lamerme con una intensidad que me tiene gritando su nombre en apenas dos minutos.

Ha pasado mucho tiempo desde que he estado con un hombre y, para ser sinceros, aún más desde que he tenido un orgasmo como este.

—Bien, veo que mi estrategia ha sido la correcta —se burla cuando termina conmigo.

Se acerca a la mesilla, saca un preservativo y se lo coloca mientras mi orgasmo todavía recorre todo mi cuerpo.

Se posiciona en mi entrada y se desliza lentamente. Me mira con una pregunta que no cree posible.

—No, no soy virgen, pero podría haberse regenerado mi himen del tiempo que hace que no me acuesto con un hombre.

Mi respuesta hace que en sus ojos brille algo de posesividad, como si fuera todo un logro el tenerme de esta manera, y yo no sé por qué me humedezco aún más ante esa reacción tan cavernícola.

Poco a poco se mete dentro de mí, y cuando alcanza el punto correcto, jadeo y él sonríe. Se aparta, vuelve a introducirse y yo vuelvo a jadear. Lo repite varias veces, aumentando el ritmo hasta que ya lo que suelto son gritos, y noto cómo se hincha en mi interior.

Cuando me corro, él me sigue, gruñendo su liberación y haciendo que me sienta totalmente satisfecha como hacía tiempo no sentía.

Se mece dentro de mí unos momentos antes de salir y me quejo por ello.

—Así de bueno soy —se jacta, y yo asiento.

—Pues sí, follas muy bien. Si ves que eso de ser jefe de la mafia no te da dinero, podrías dedicarte a ello.

Se ríe mientras se levanta y va al baño de la habitación. Cuando vuelve, me quedo observando su cuerpo. Está lleno de tatuajes, aunque el que más llama mi atención es el alambre de espino que llega hasta su cuello.

—Me lo hice porque así es como me siento cuando tengo los ataques —me explica como si supiera en lo que estaba pensando—. Tú también eres bastante transparente.

Escucho un telefonillo sonar y veo que hay uno en el pasillo cuando abre y lo descuelga. No oigo lo que dice, aunque no me extraña, creo que me han explotado los sesos.

—Lo siento, Dom y Simona están subiendo en el ascensor. Había olvidado que íbamos a cenar después de ver unas cosas del despacho, ¿*OK*? —me explica, y yo me quedo con cara de no saber qué hacer a la vez que asiento.

No dice nada más y sale de la habitación, así que supongo que ha ido a vestirse antes de abrir, o eso espero. Lo que me indica que esta no es su habitación, y menos mal, si lo fuera, lo catalogaría de psicópata por lo aséptica que es.

Me visto corriendo y salgo al salón, cerrando tras de mí justo cuando se oyen golpes en la puerta. No sé qué hacer, así que cojo mi mochila y mis zapatos y corro al baño del que antes he sacado

las pastillas. Escucho la puerta de una habitación del fondo y pasos. Luego, Nilo les abre y se saludan. No se entienden las palabras, pero cuando pasan por delante del baño, contengo hasta la respiración para que no me oigan. Se dirigen a lo que imagino es el despacho, y cuando estoy segura de que no van a volver, corro hasta la puerta. Cojo mi abrigo y salgo, haciendo el menor ruido posible.

Voy al ascensor y dejo que todo se asiente. Supongo que esta es la primera lección: follar no incluye conocer a los amigos.

Suspiro y asumo que soy una adulta y que esto es lo normal que se hace en estos casos. Hubiera preferido que se despidiera de mí, pero bueno, voy a quedarme con el hecho de que estoy muy, muy, muy bien follada.

Me coloco la ropa mientras llego a la planta baja y al salir paro a un taxi que tengo intención de cobrarle a Nilo. Me subo y reviso mi móvil. Llevo horas sin mirarlo. Cuando veo el mensaje de Emma, le pido al conductor que cambie de dirección mientras lo releo:

Siento molestar, pero creo que estoy teniendo un aborto, voy a la clínica St Joseph.

Capítulo 30

Nilo

Dom y Simona pasan al despacho cuchicheando entre ellos, son como dos viejas cuando se juntan. Me miran, se ríen y alzo las cejas, esperando a que digan algo.

—¿Estabas solo? —pregunta Simona con una sonrisita en los labios que me deja claro que ella ya sabe la respuesta.

—No y, aunque no es asunto vuestro, cenará con nosotros.

—¿Te has echado novia? —interviene Dom algo asombrado.

Incluso yo lo estoy un poco, porque rara vez he compartido a mis amigos con una mujer, o al revés. La verdad es que siempre he estado con chicas que me interesaban, pero que no veía que pudieran tener nada en común con ellos, así que pocas veces quedábamos.

—Solo vamos a follar, y también me va a ayudar con algún problema que tengo —explico sin dar mucho contexto.

—¿Todo bien? —se preocupa Simona, y asiento.

—¿Es porque no te funciona la polla? —se burla Dom—. ¿Es una *pollóloga* profesional?

—Eres gilipollas —lo corto.

—Nunca lo he negado, como tú tampoco has negado que fuera…

—La psicóloga —le digo, porque no tengo por qué ocultarlo—. Es la psicóloga.

Mi prima y él me miran con una cara que me hace reír.

—Ya era hora de que buscaras ayuda, primito.

—Sí, pensábamos que nunca te decidirías. Y por lo que vi, esa tía está muy buena.

—Ojo con faltar el respeto —le aviso, y Dom levanta las manos en señal de rendición—. ¿De qué problema habláis?

Les pregunto porque no lo han dicho como una broma, sino como si me hiciera pis en la cama y no quisiera solucionarlo.

Ambos se miran, me miran a mí y, finalmente, Simona suspira y contesta.

—Sabemos que mentir te duele, no entendemos muy bien cómo va la cosa, pero sí que es eso lo que te ocurre.

Ahora el que se queda callado soy yo. Nunca se lo he contado a nadie, aunque siempre he querido hacerlo. Sin embargo, no quería que mi familia se sintiera culpable por lo que pasó hace tantos años y supuse que era solo una fase. Una que me dura más de veinte años.

—Tu cara casi me insulta —dice Dom—. Nilo, nos conocemos desde hace una vida, puede que hayamos respetado el hecho de que no quisieras contárnoslo, pero llevamos años sabiendo que te pasa eso.

—¿Cómo lo descubristeis?

—Juntamos dos más dos. Siempre te dolía la cabeza cuando soltabas algo que no era verdad, *googleé* un poco y dimos con algo que se llamaba «síntoma psicosomático del estrés postraumático» —me aclara Simona.

Es exactamente lo que padezco. Yo mismo he pasado años buscando datos sobre ello y nunca he encontrado nada más que un «te jodes y lo aguantas». Al menos, hasta que Hannah me ha dicho que no era el primero que conocía y que podría mejorar todo.

«Hannah».

—Mierda, me he olvidado de Hannah, voy a decirle que nos espere en el salón mientras terminamos aquí.

Dejo a Dom y a mi prima en el despacho y voy a la habitación en la que he tenido un sexo jodidamente bueno. Cuando abro, no la veo. Entro al baño, pero está la luz apagada y no hay nadie.

—¿Hannah? —la llamo sin obtener respuesta.

Voy al salón por si ya está ahí, pero lo encuentro vacío. Me doy cuenta de que no están sus zapatillas ni su mochila. Miro el perchero de la entrada y no está su abrigo.

Busco mi móvil y la llamo.

—¿Se puede saber dónde estás? —le pregunto apenas descuelga.

—En un taxi —contesta un poco desconcertada.

—¿Y por qué te has ido?

—Porque tenías trabajo y cena con los amigos —responde como si fuera obvio—. Ahora mismo tengo una urgencia, hablamos luego, o mañana, o cuando lo hagan los *follamigos*, tú eres el profe. —Se ríe y me cuelga.

Me cuelga.

¿Me ha colgado?

Vuelvo al despacho, donde Dom y Simona están hablando de la reunión que están organizando para el del cártel, y, cuando ambos me miran, se ríen por la cara de idiota que debo tener.

—Me ha colgado —suelto sin más.

Ambos se ríen con ganas y yo les gruño.

—¿Cómo que te ha colgado? —pregunta Simona—. ¿No estaba aquí?

—Hemos visto su abrigo al entrar —interviene Dom.

—Sí, estaba en la habitación de invitados, pero cuando la he ido a buscar ya no había nadie allí. Ha recogido todo y se ha largado —explico, tratando de entender qué demonios ha pasado.

—Oh, esa es de las buenas, de las que no hay que echar. Me encanta —asegura Dom, y le saco el dedo del medio.

—¿Es malo que se haya ido? —duda Simona, tratando de entender la situación.

—Esperaba que cenara con nosotros, la verdad.

—¿Y se lo has dicho? —insiste Simona.

—Le he dicho que estabais subiendo, que había olvidado que íbamos a mirar unas cosas en el despacho y después cenar.

Mi prima rueda los ojos y me mira con cara de «eres gilipollas y ni siquiera lo sabes».

—¿En algún momento le has dicho a la chica que se quede a cenar? —inquiere.

—Le he dicho que después cenábamos —repito.

—A ver —comienza Simona, empezando a perder la poca paciencia que de normal tiene—, habéis tenido sexo, supongo —asiento—, y hemos llegado nosotros —asiento— y le has dicho los planes que teníamos los tres.

—Sí.

—¿De verdad no te das cuenta de que en ningún momento le has dicho que la incluías en el plan?

Me quedo pensando y caigo en que tiene razón. Se supone que vamos a tener sexo sin compromiso y ha asumido que la estaba echando de forma educada, bueno, educada no.

—Vale, soy gilipollas —admito, y ambos sonríen asintiendo.

Saco mi móvil y le envío un mensaje para que me diga cuándo podemos hablar y que si necesita ayuda con su urgencia que me avise.

Ella contesta al instante con un OK ;) y no puedo evitar sonreír.

—Oh, vaya, primito, parece que estás en problemas —se burla Simona, y le saco el dedo del medio.

Aunque voy a reconocer que me hubiera gustado compartir una cena todos juntos, y eso es algo que nunca me había pasado antes.

Capítulo 31

Hannah

En el momento en que cuelgo a Danilo, el taxi para en la puerta del hospital, en la zona de urgencias. Entro y busco el mostrador.

—Por favor, busco a una chica que ha venido por un posible aborto, se llama Emma.

La mujer me mira desconfiada.

—¿Es usted pariente?

—Sí, soy su prima —le miento.

Y no estoy orgullosa de hacerlo, pero ahora mismo no voy a ponerme a dar explicaciones.

Parece que se lo cree porque revisa archivos y tengo la suerte de que no me pida el apellido, porque la verdad es que no tengo ni idea.

—Box tres —me indica, y voy para allí directa.

Cuando llego, hay una doctora hablando con ella. Emma está muy atenta y me quedo en un segundo plano para no interrumpir, pero la médica me ve y me hace partícipe del diagnóstico.

—Soy Hannah, prima de Emma.

Miro a la chica, que sonríe.

—Emma está bien —me dice—, solo ha sido un sangrado habitual del momento de la gestación en el que está. Aunque debe asegurarse de que se haga sus chequeos, es joven y puede pensar que solo por eso no los necesita.

No lo dice como reproche, sino preocupada, como si ya hubiera pasado por algo así y no hubiera acabado bien.

—Me aseguraré de que así sea —me comprometo, y la doctora sonríe aliviada.

—Prepararé los papeles del alta, ¿quieres que llamemos a alguien?

—Tienes derecho a confidencialidad. Nadie va a llamar a tus padres si tú no lo pides —le aclaro a Emma, que se ha quedado pálida al oír a la doctora.

—Me iré con mi prima, ella me cuida —asegura, y asiento para que sepan que así será.

La doctora sale del box y yo me sitúo más cerca, cogiendo la mano de Emma mientras ella respira hondo.

—¿Estás bien? —le pregunto, y ella asiente.

—No quería ocultártelo, es solo que…

—Emma, es tu cuerpo, tú decides cuando cuentas algo, si es que quieres hacerlo. Gracias por confiar en mí y escribirme que estabas aquí.

Emma me mira con esos ojos verdes, aún tan inocentes, que hace que sienta una enorme rabia por el cabrón que ha hecho que ella esté en esta situación.

Nos entregan los papeles y salimos de ahí con algunas recomendaciones. Decido llevarla en taxi hasta su hogar, aunque pararemos unas casas antes para que nadie nos vea; sería raro que una adolescente bajara de un taxi y seguro que sus padres le harían muchas preguntas.

—¿Dónde se supone que debes estar? —pregunto después de darle la dirección de Emma al taxista.

—En casa de una amiga, estudiando la Biblia. —Se ríe ella.

Sé que tiene cómplice en toda esta situación. Aún no me ha dicho su nombre, pero es su mejor amiga y la cubre cuando tiene encuentros con el señor mayor.

—¿Qué vas a hacer? —inquiero, mirando su tripa.

Posa su mano sobre ella y sonríe con dulzura.

—Voy a tenerlo.

—¿Él está de acuerdo?

—Aún no lo sabe, estoy esperando un tiempo prudencial, he escuchado que durante las primeras semanas puede haber un aborto espontáneo y no quiero ilusionarlo para que luego…

—Entonces, ¿habíais hablado de tener hijos?

—No, es una sorpresa, pero me ama tanto que esto es lo que necesita para dejar a su mujer y empezar su vida conmigo.

Me cuesta horrores no rodar los ojos, pero no es lo que Emma necesita. Ella ahora está viviendo su propio cuento de hadas y ponerme en su contra solo la alejará. No sé por qué estoy involucrándome tanto con ella, no obstante, siento que es algo que debo hacer.

Cuando llego a mi casa, por fin suelto la mochila, me quito los zapatos y me doy una muy merecida ducha. Siento algún pinchazo en los lugares correctos y sonrío al pensar en lo que ha pasado esta tarde.

Cuando salgo, enrollo una toalla en mi cuerpo y decido mandarle un mensaje a Nilo:

¿Si te mando la factura del taxi, a la vez que te digo que me ha encantado lo que ha pasado esta tarde, se considera prostitución?

No tarda ni dos segundos en que la llamada entre y sonrío. Descuelgo y pongo el altavoz mientras dejo el teléfono sobre la cama.

—¿Me oyes bien? —pregunto—. Es que me acabo de duchar y me estoy vistiendo, por eso he puesto el manos libres.

—¿Es una invitación? —inquiere divertido, y casi le digo que sí porque con solo esa frase me ha puesto cachonda.

¿Cómo es posible que exista este tipo de atracción sexual?

—¿Qué tal la cena con tus amigos? —Cambio de tema.

—Bien, aún siguen por aquí. Por cierto, sobre eso…

—Está todo bien, entiendo que lo nuestro es sexo y no quieres mezclarme con tu vida privada.

La línea se queda en silencio y miro la pantalla pensando en que se ha cortado, pero no.

—¿Te apetece ver una peli mañana en casa?

—¿Es así como se dice «ven a follar otra vez»? —me burlo, y él se ríe.

—Pillado. Aunque es en serio lo de ver la peli, es una forma de disculpas por no haber estado a la altura hoy.

—Créeme, lo has estado. —Me río y él conmigo.

—Me refiero a que te he dejado sola justo después y tú has creído que te echaba.

—¿No era así? —pregunto algo confundida.

—Mañana, antes de la peli, lo hablamos.

Sonrío.

—Estás muy seguro de que no tengo planes.

—¿Los tienes? —inquiere interesado.

—Por lo visto, ahora sí. Aunque con una condición.

—La que quieras —contesta en un tono ronco que hace que piense en mi amigo a pilas de la mesilla.

—Esta vez será en mi casa, así podré echarte yo.

Capítulo 32

Nilo

Me dirijo con la moto a casa de Hannah, me ha mandado hace un rato su dirección. La verdad es que pensaba que comeríamos juntos, pero como ella no lo ha sugerido, yo tampoco he querido hacerlo.

¿Qué me pasa con ella?

Miro alrededor antes de detener la moto por completo. Greybridge no es un mal sitio, hay zonas complicadas, sin embargo, en general es bastante acogedor, como un pueblo. Un buen lugar donde crear una familia.

Voy hasta el edificio de Hannah y llamo. Me abre sin preguntar, lo cual no es muy inteligente de su parte; después de subir dos tramos de escaleras, encuentro la puerta abierta sin nadie esperándome.

—¿Tienes algún tipo de instinto de supervivencia? —pregunto a modo de saludo mientras cierro tras de mí.

—Hola a ti también. —Se ríe desde la cocina.

El lugar es pequeño. El salón tiene solo un sofá de dos plazas y detrás la barra que da a la cocina. Veo tres puertas, supongo que una será el baño, aunque todas están cerradas.

Hannah sale limpiándose las manos en un trapo y me sonríe. Ambos nos quedamos parados, mirándonos sin saber muy bien qué hacer.

—Vale, esto es raro —dice ella primero, divertida—. No sé si lo correcto es que nos demos un beso, la mano o simplemente pasemos del «hola» y nos quitemos la ropa.

Me río porque me encanta que sea tan directa. Me quito los guantes y la chaqueta y los dejo en una silla junto con el casco.

—Ven aquí —le ordeno, y ella alza una ceja—, ¿por favor?

Llega hasta donde estoy, y en cuanto lo hace, estampo mi boca contra la suya y la alzo para que enrede sus piernas en mi cintura. Comienzo a besarla y disfruto mucho de este momento. Camino hasta el sofá, nos tumbo y empiezo a morder su cuello hasta llegar a sus tetas, le quito la camiseta y veo que no lleva sujetador. Muerdo un pezón mientras ella busca desesperada mi polla; la ayudo a que me quite el cinturón y la saque. En cuanto la agarra, gimo de placer. No sé qué tiene Hannah que me pone duro solo con existir.

Saco la cartera de mi bolsillo trasero y, sin dejar de morder sus pezones, busco un preservativo. Lo abro, aparto su mano, me lo pongo y ella se baja sus pantalones de yoga y las bragas. No hablamos, no es necesario, me posiciono y entro en su resbaladizo coño, disfrutando del sonido de sus gemidos mientras lo hago.

Con una rodilla apoyada en el sofá, comienzo a moverme y me separo para observarla, está jodidamente preciosa en estos momentos, y cuando estira de mi camiseta para besarme, me inclino para hacerlo hasta que ambos nos corremos.

Dejo mi polla entrando y saliendo durante un par de minutos más, disfrutando de todo lo que aún me ofrece su orgasmo y sin dejar de besarla. Cuando me retiro, ella suspira y yo sonrío.

—Hola —le digo, y se ríe.

—Si es así como se saludan los *follamigos,* por favor, recuérdame que nunca quedemos en un sitio público.

Suelto una carcajada y me levanto. Miro a mi alrededor y me indica que la puerta del medio es el baño. Voy, me quito el

preservativo, me limpio con una toallita, me lavo las manos y después salgo del baño directo a la cocina para tirar la goma, que ya lleva un nudo.

—Ahora es cuando tengo que echarte, ¿no? —dice divertida, recogiéndose el pelo en una coleta.

—Exacto, deberías darme una patada, pero podemos pasar al modo amigos y ver una peli —sugiero.

—No creo que tenga ninguna que te vaya a gustar.

Me dejo caer en el sofá junto a ella y me doy cuenta de lo mucho que me gusta verla de esta forma: sin maquillaje y relajada.

—¿Cuál es tu peli favorita? —pregunto.

—*Más fuerte que su destino* —responde sin dudar.

—Si quieres, podemos ver esa.

—Te aseguro que no te va a gustar, es la vida de una cortesana.

—¿Una qué? —inquiero porque no tengo muy claro qué es eso.

—Verónica Franco fue una poetisa enamorada de un hombre que no podía tener porque era de dinero y ella pues no. Así que se metió a puta porque si no iba a poder casarse por amor, pues pasaba de hacerlo con algún tipo que la acabara maltratando, y cambió el amor por el dinero y el poder.

—Vaya, parece interesante.

—Solo lo dices para follar —se burla.

—Lo acabamos de hacer —le recuerdo.

Me mira un momento y finalmente asiente.

—Bien, voy a por ella.

Se levanta y entra en otra de las estancias. Creo que es su habitación porque veo una cama. Yo también me pongo en pie y

reviso la sala. Es un lugar sencillo, apenas hay una estantería al lado de la tele y un perchero junto a la silla donde he dejado mis cosas.

Veo una foto de boda y la cojo, en ella aparece una Hannah mucho más joven sonriendo junto a Salvatore. Sí, busqué quién era. Fue una pena lo que le ocurrió. Una cosa del sitio equivocado en el momento equivocado.

—Fue un día muy bonito —comenta Hannah, sobresaltándome.

Mira la foto con cariño y decido dejarla en su sitio.

—Lo siento, no quería fisgonear.

—No pasa nada, fue parte de mi vida, no me pone triste recordarlo. Al menos, no demasiado.

—¿Teníais un buen matrimonio? —le pregunto curioso mientras tomo asiento de nuevo, ella abre la caja del DVD y lo mete en el dispositivo.

—El mejor, estaba casada con mi mejor amigo —asegura, dejándose caer a mi lado—. Aún puedes echarte atrás.

—Aunque tu propuesta es tentadora, la verdad es que me genera curiosidad saber cómo acabó la cosa. Lo que me fascina es que aún haya alguien que tenga DVD.

Asiente con una sonrisa enorme y me gusta haber sido yo quien la ha provocado.

Se acomoda a mi lado y comenzamos a ver la peli. Al principio, ella no puede parar de soltar quejas porque Marco es un gilipollas. La verdad es que sí. La prota está muy buena, solo que no tenga dinero no es un motivo para no casarse si supuestamente está enamorado.

Después pasamos a la parte en la que ella empieza a ir a fiestas y la retan a un duelo de palabras, es algo parecido a lo que se hace

ahora entre raperos. Hannah no puede evitar aplaudir cuando le gana a uno con la espada; a pesar de que le dan un puñetazo, ella se levanta y sale andando por su pie.

Joder, esa tía es una puta loca con unos huevos enormes.

Cuando llegamos al juicio, veo que se abraza a sí misma. La prota ahora está esperando a ser procesada por bruja por la Inquisición. Es como si ella sintiera lo mismo que la tal Verónica; en un momento dado, la atraigo hacia mí y la coloco sobre mi regazo.

Nos miramos un instante y después seguimos con la peli.

—Esta es mi parte favorita —asegura.

La observo mientras ella está atenta a la pantalla y no puedo evitar pensar que tenerla en mi regazo se siente simplemente perfecto.

Capítulo 33

Hannah

Esta es la parte que más me gusta de la película, donde ella confiesa sus pecados delante de la Inquisición, y como cada vez que la veo, no puedo evitar recitar sus palabras:

—«Yo confieso que preferí ser prostituta y libre a ser obediente».

—Joder —murmura Nilo impresionado, y sonrío.

—Espera y verás —le pido, y cuando llegamos a ello, lo recito a la vez que la actriz:

—«Yo confieso que hallo más éxtasis en la pasión que en la oración, quizá porque mi pasión es una oración.

Confieso, confieso que aún ruego por sentir los labios de mi amado, sus manos sobre mi cuerpo, sus brazos rodeándome.

Yo soy suya para siempre.

Yo confieso que aún ansío sentirme plena y en llamas, derretirme en el sueño de los dos. Más allá de este turbulento lugar, donde ni siquiera seamos nosotros y saber que también él siempre será mío.

Si yo no hubiera sido así, si hubiera vivido de otra manera..., obediente a los caprichos del esposo, con el alma amargada por la falta de contacto y amor. Confieso que los días serían eternos y el castigo mucho mayor del que cualquiera pudiera infligirme.

Vos y los demás ansiáis todos lo que yo os doy. Pero no soportáis ver a una mujer con tanto poder y llamáis al mayor regalo de Dios, a nuestra alma, a nuestros anhelos, a nuestra ansia de amor, lo llamáis pecado, delito y herejía.

Me arrepiento de no hallar otro camino ante mí, no me arrepiento de mi vida».

Cuando termino, lo miro y sus ojos reflejan una intensidad extraña y abrumadora. Me besa y vuelvo a sentirlo en mi interior mientras la película continúa.

—Me ha gustado —dice cuando los créditos y nosotros hemos terminado.

—Te has perdido el final —le recuerdo.

—Da igual cómo acabe, esa tía tiene unos huevos como pocos he conocido en mi vida. Y el tal Marco no la merecía.

Sonrío porque estoy de acuerdo y lo beso de nuevo.

—¿Te quedas a cenar? —pregunto, viendo la hora que es.

Mira su reloj y veo las dudas en sus ojos. Quizás me estoy pasando. Él ha venido a follar y ya lo hemos hecho, dos veces, así que imagino que tendrá otras cosas que hacer.

—Deja de pensar eso —me regaña mientras me coge la barbilla y me besa.

—No sabes lo que estaba pensando.

—Que no me quiero quedar porque ya he hecho para lo que había venido.

—Para nada —le contesto, pero soy una muy mala mentirosa en estos momentos y me gano un ataque de cosquillas por su parte que casi hace que me mee encima.

—Solo estaba pensando en que mañana tengo que madrugar, me apetece quedarme, pero quizás otro día mejor.

—Muy bien.

Voy a la cocina y me sirvo un vaso de agua para pasar el nudo que tengo en mi garganta. La última vez que vi esa película,

Salvatore estaba a mi lado. A él le pareció que la prota no tenía razón en meterse a puta y discutimos. Después de eso, ya nunca la puse de nuevo porque me recordaba a ese lado cruel de Salvatore que no me gustaba y prefería no hacerlo.

Sin embargo, hoy no lo he recordado ni una sola vez desde que nos sentamos a ver la película.

—Oye —susurra Nilo en mi oído, abrazándome desde atrás—, ¿todo bien?

Me giro en sus brazos y asiento.

—Sí, es solo que me picaba la garganta.

Alza una ceja, pero decide darme espacio y no seguir preguntando. Me besa y por un momento creo que vamos a ir a por la tercera ronda, sin embargo, se separa, me da un beso en la frente y se dirige hacia la silla donde ha dejado sus cosas al llegar.

Le abro la puerta y, cuando sale, me apoyo en ella mientras veo cómo se coloca los guantes. Le ayudo porque con el casco en su antebrazo le resulta difícil.

—Gracias —murmura, y me besa de nuevo.

—Supongo que ya nos veremos.

—Puedes apostar a que sí. Aunque la siguiente peli la elijo yo.

Me besa otra vez y se va por el pasillo hacia las escaleras. Entro y cierro antes de que me pille mirándolo como una idiota. Suspiro hondo y voy a ver qué ceno.

∞∞∞

El lunes ha comenzado un poco regulinchi. Me he torcido el tobillo al entrar al camión y creo que me he hecho algún tipo de esguince

porque está empezando a hincharse como un pez globo. Miro al paciente que tengo ahora mientras el camión toma alguna calle con baches que hacen que mi estómago se revuelva un poco.

—Entonces —digo, cruzando una pierna—, ¿cómo te sientes ahora cuando ves una paloma?

Mario, metro noventa de músculo, tatuajes y mala fama, frunce el ceño.

—Me dan igual.

—¿Igual de igual o igual de «me dan igual, pero si se me acerca una le meto un tiro»?

—Igual de igual —responde, y luego se encoge de hombros—. Ayer una se subió al capó. No hice nada.

—Progreso enorme —anoto—. ¿Y pensamientos intrusivos?

—Ninguno.

—¿Ni uno solo?

—Bueno… —Se rasca la barba—. Pensé que igual esa paloma sabía algo. Pero solo un segundo.

Sonrío.

Hace dos meses, Mario no podía ver una paloma sin entrar en pánico. Todo porque una vez, durante un intercambio que había salido regular, alguien había soltado una jaula entera para crear caos. Palomas, plumas, disparos, gritos. Desde entonces, las asociaba con traiciones, emboscadas y muerte segura. El cerebro es un guionista excelente para el drama.

—Eso es normal —le digo—. El pensamiento aparece, lo observas y lo dejas pasar. No sacas conclusiones mafiosas de un ave urbana.

—No prometo nada —murmura—, pero creo que puedo convivir con ellas.

—Me doy por satisfecha.

El camión da un pequeño bache y Mario suelta una amenaza hacia el conductor.

—Tranquilo —añado—, no es una bandada.

—Ya, ya… —Se ríe—. Oye, Hannah, ¿esto significa que ya no tengo que venir más?

—Esto significa —cierro el cuaderno— que esta es tu última sesión. Oficialmente estás dado de alta.

Levanta los brazos como si hubiera ganado un campeonato.

—¡Lo sabía! ¡Joder, sabía que iba a superarlo!

—Has hecho el trabajo —le recuerdo—. Yo solo he hecho preguntas incómodas.

—Y me hiciste imitar a una paloma.

—Eso fue terapia de exposición avanzada.

—Eso fue humillación.

Nos reímos los dos.

—Antes de que te vayas —digo—, quiero que recuerdes una cosa. Si vuelven los síntomas…

—Respiro, no saco el arma y pienso en ti diciéndome que es solo un pájaro con mala reputación.

—Exacto.

Mario se inclina hacia mí y baja la voz.

—Eres rara, ¿sabes?

—Eso me lo dicen mucho.

—Pero funcionas. —Me guiña un ojo—. Si alguna vez necesitas algo…, ya sabes.

—Prefiero no necesitar favores mafiosos.

—Eso dicen todos.

Se levanta cuando el camión reduce la velocidad.

—Gracias, doctora.

—Cuídate, Mario.

Cuando baja, me quedo unos segundos mirando por la puerta abierta. Justo entonces, como si el universo tuviera sentido del humor, una paloma cruza volando delante del camión.

Mario la ve, se detiene… y sigue caminando.

Yo sonrío. Cierro el cuaderno. Última consulta. Caso cerrado.

El camión arranca para ir a por el siguiente paciente y es entonces cuando recibo una llamada que no esperaba.

—Hola —saludo al hombre que ayer me dio varios orgasmos en mi sofá.

—¿Por qué cojones tienes el tobillo hinchado y no estás yendo a que un médico te vea?

Capítulo 34

Nilo

No escucho nada al otro lado del teléfono y lo quito de mi oreja, veo que se ha cortado la llamada y le doy para que vuelva a hacerla.

—Hola —saluda Hannah como hace diez segundos, lo que me hace pensar que no se ha cortado la línea.

—¿Me has colgado? —pregunto incrédulo.

—Sí, puedo volver a hacerlo si no lo has entendido a la primera.

—¿Por qué me has colgado? —inquiero desconcertado.

Estoy en el *hall* del Ritz esperando a que aparezca Ramírez. Simona y Dom están dando órdenes a los soldados que hemos traído con nosotros. Él se hospeda aquí y quería una reunión en un lugar concurrido, así que nos han puesto unos biombos en una zona de sofás algo apartada.

Cuando el conductor del camión de Hannah le ha dicho a Simona que se había torcido el tobillo y no había ido a que la revisaran, me he cabreado quizás un poco demasiado y la he llamado.

—Te he colgado porque puedes follarme, pero no hablarme como te da la gana. A mí el respeto no me lo vas a faltar por mucho que me guste jugar con tu polla.

Lo suelta de una forma tan normal que me cuesta no reírme.

—Tienes razón, estoy en un tema que se nos puede ir de las manos y quizás me he pasado con el tono.

—¿Quizás? —cuestiona, y esta vez sí que me río.

—Bien, lo siento, no volveré a hablarte así. Aunque reconoce que se te da un poco mal lo de cuidar de ti. Ayer abriste sin preguntar quién era y tenías la puerta abierta cuando subí.

—Gracias por las disculpas. Y no seas idiota, ¿qué clase de ladrón llamaría para que le abriera la puerta a quien le va a robar? —me rebate, y me siento un poco tonto en estos momentos—. Además, recuerda que tengo un arma y no dudaré en usarla si alguna vez abro la puerta y entra alguien que no conozco o que no ha sido invitado.

—Buena chica.

—¿Ahora ladro? —se burla, y sonrío—. La lluvia en verano es un coñazo —suelta, y me descoloca.

—¿Qué dices?

—Que si ves que se te va algo de las manos, dile esa frase y su cerebro se reseteará tratando de entender qué estás diciendo y las cosas se relajarán.

—Vaya —murmuro sorprendido.

—Trucos de psicóloga. El siguiente te lo cobro.

Nos reímos y disfruto de ese sonido. Veo a Simona y a Dom aparecer y ponerse tras de mí. Ellos se quedan de pie mientras que yo estoy sentado. Está claro que ya viene Ramírez.

—Tengo que dejarte, luego hablamos. Ve a que te miren el pie. Es una orden.

—No eres mi jefe.

—Técnicamente sí.

Se queda la línea en silencio un instante y oigo que suspira.

—Bien, jefe, lo haré.

Me cuelga de nuevo y me quedo con una enorme sonrisa mirando la pantalla del teléfono.

—Nilo, por favor, pon cara de asesino o Ramírez va a pensar que eres gilipollas si te ve con esa sonrisa —me pide Dom

Lo miro por encima del hombro y le gruño.

—Mucho mejor —asegura Simona, y ruedo los ojos.

Gracias a Dios, estos no serán nunca pareja, si no el mundo ardería.

Cuando Ramírez llega con sus hombres, se sienta en el sillón frente a mí. Tres tipos armados vigilan su espalda. Comienza a hablar sin siquiera saludar, qué poca educación.

—Han asesinado a hombres míos. En tu territorio. Sin autorización.

—Murieron —responde Simona— porque se lo buscaron.

Ramírez entrecierra los ojos. Yo no digo nada. No todavía.

—Eran soldados míos —insiste—. Y tú no pediste permiso.

Simona inclina la cabeza, como si considerara seriamente la queja.

—No suelo pedir permiso para respirar —dice—. Menos aún para defenderme.

Dom se mueve a su lado, listo para sacar el arma si es necesario. Yo lo noto, pero no intervengo. Esta conversación no es mía. Es de ellos dos. Y conozco bien a mi prima, Simona está disfrutando cada segundo.

—Mis hombres dijeron que no los respetaste —continúa Ramírez —. Que entraste en un club que no era tuyo.

Simona ríe. Ríe de verdad. El sonido rebota en el mármol del *hall* y hace que dos de los guardaespaldas del cártel se tensen.

—Ah —dice ella—. Entonces, mintieron antes de morir. Qué feo está eso, ¿eh?

Ramírez se inclina hacia delante. Es un hombre peligroso. Violento. Acostumbrado a que su nombre cierre bocas. Pero también es un hombre que sabe reconocer la pólvora cuando la tiene delante.

Y Simona es pólvora pura.

—No me gusta que jueguen conmigo —comenta él, despacio—. Podría considerarlo una provocación.

Simona da un par de pasos hacia él. Lo justo para invadir su espacio. Para que entienda que no hay miedo, ni duda ni cálculo defensivo en ella.

—Entonces, considéralo una lección —responde—. Tus hombres pensaron que podían tocarme. Yo les enseñé que no.

Silencio.

Observo la escena con una calma que he aprendido a base de sangre. Simona no está pidiendo protección. No está buscando que yo intervenga. Está marcando territorio. Y, maldita sea, lo hace con una elegancia brutal.

Ramírez la mira. No como se mira a un enemigo. No como se mira a una amenaza. La mira como se mira algo que despierta interés. Peligroso interés.

—Eres… directa —dice al fin.

—Soy eficiente.

Dom carraspea, intenta suavizar el ambiente. Estoy tentado a soltar la frase que me ha dicho Hannah.

—Estamos aquí para evitar malentendidos —suelta de pronto Dom—. No para crearlos.

Simona no le presta atención. Sus ojos siguen clavados en Ramírez. Los míos también. Porque ahora la partida es otra.

—Dime —pide Ramírez—, ¿no te preocupa lo que pueda pasar después?

Simona se encoge de hombros.

—Si me preocupara, no estaría aquí tan tranquila.

Eso es lo que más me gusta de ella. No finge. No amenaza en vano. No se esconde detrás de mi nombre, aunque podría hacerlo. Simona es una fuerza independiente, y todos en esta sala lo saben.

Decido intervenir entonces. No para frenarla, sino para cerrar el círculo.

—Ramírez —digo por fin—, Simona actuó porque tus hombres cruzaron una línea. Esa línea existe, te guste o no.

Él gira la cabeza hacia mí, pero no aparta del todo la atención de ella.

—¿Y eso justifica seis muertos?

—Justifica que ahora lo tengas claro —respondo—. Nadie jode a los míos.

Simona sonríe. No me mira. No lo necesita.

Ramírez suspira. Se recuesta en su asiento. Y entonces, sucede algo interesante.

Sonríe.

—Debo admitir —dice— que no esperaba esto.

—La mayoría cometen ese error —contesta Simona.

—Me gustan las mujeres que no tiemblan.

—A mí me gustan los hombres que sobreviven —replica ella.

La tensión se transforma en algo distinto. Algo afilado, eléctrico. Ramírez asiente lentamente.

—Consideremos el asunto cerrado —dice—. Pero me gustaría volver a verte, Simona. En otras circunstancias.

Ella se inclina lo justo para que él entienda que la invitación no la impresiona.

—Si nos volvemos a ver —dice— será porque tú te lo mereces. O porque has vuelto a cagarla.

Se da la vuelta sin esperar respuesta.

Yo sonrío por dentro.

La reunión ha terminado. El mensaje ha quedado claro. Y Ramírez se queda mirándola marchar como un hombre que acaba de descubrir algo que no sabía que necesitaba.

Simona no solo se ha hecho respetar.

Ha dejado huella, una de pólvora que nos puede explotar en la cara.

Capítulo 35

Hannah

Después de ir a que me revisaran el tobillo, me dijeron que con hielo era suficiente, hielo que me trajo Danilo junto a unas *pizzas* que tuvimos que recalentar porque se quedaron frías después de hacerlo sobre la encimera de la cocina.

—Así que estás teniendo una enorme cantidad de sexo del bueno —comenta Jenna mientras se come sus patatas favoritas de Monitos.

—Sí, nunca me lo habían hecho así —confieso.

—Me caes muy mal en estos momentos.

Suspiro y pienso en las tres semanas que han seguido después de lo de mi tobillo. Nos hemos visto casi a diario. Danilo ha venido en su moto y, aunque ha habido veces que apenas hemos estado juntos media hora, tengo que reconocer que me he acostumbrado.

—Uy, esa cara no me gusta —dice Jenna, sacándome de mis pensamientos.

—¿De qué hablas?

—Tú te estás pillando.

—No seas idiota. Es solo sexo sin compromiso. Ya te lo he dicho, él busca tener una familia y ya sabes que conmigo no podría.

—He dicho que tú te estás pillando, no él —aclara, haciéndome sentir un poco mal—. Aunque también te digo que eso de que haya venido simplemente a desayunar contigo o a traerte un café me dice que para él no eres solo una buena trinchera donde meter a su soldado.

Nos reímos ante su analogía y me detengo a pensar en lo que dice. En cierto modo, tiene razón. Nos escribimos a diario y siempre está atento a mí. Aunque eso también puede ser por estar agradecido a la terapia que estamos haciendo para superar su dolor psicosomático por lo que le pasó.

El siguiente sábado que voy a su ático me recibe con un beso que hace que me tiemblen las piernas, y antes de que me dé cuenta, estoy contra la puerta con su polla muy dentro de mí.

—Hay que ver lo que te gustan las superficies poco acolchadas. —Me carcajeo cuando mi orgasmo me deja hablar y su cara de culpable me hace reír—. No es una queja, es solo una observación.

—La próxima, te llevo a la cama —promete divertido, y vamos al sofá.

Nos encanta estar ahí. Siempre me pone en su regazo y nos pegamos horas hablando de todo y nada. La conversación con Jenna vuelve a mi cabeza y no puedo evitar preguntar.

—¿Qué estamos haciendo?

—Íbamos a hablar de los resultados de los ejercicios que he hecho esta semana como terapia —contesta extrañado.

—Me refiero a tú y yo, ¿no crees que esto ya no es solo sexo?

Me mira casi asustado y yo me acobardo.

—¿A qué te refieres? —pregunta.

—No sé, yo…

Ahora mismo me encantaría que la tierra se abriera, saliera un demogorgon y me llevara con Vecna.

—Hannah —me llama, y lo miro a los ojos; estoy sentada sobre él y apenas hay distancia entre nosotros—. Claro que ya no es solo sexo, ahora también somos amigos.

Vale, que alguien me pegue un tiro porque soy idiota. Hasta la palabra «sexo» mi corazón estaba desbocado, ahora solo está triste.

Mierda.

Trato de que no se note mi decepción. Aunque él me conoce lo suficiente y decido que tengo que ir al baño a serenarme. Me echo algo de agua en la cara y escucho unos golpes desde fuera.

—¿Estás bien? —pregunta, y yo me seco, pinto una sonrisa en mi cara y abro la puerta.

—Sí, es solo que ha sido una semana larga.

—¿La adolescente? —pregunta, y asiento.

Le he contado un poco por encima lo de Emma y sabe que estoy pendiente de ella. Me contó que empieza a notarse su embarazo y ahora tiene que vestir ropa más holgada y comer bastante para que sus padres piensen que está engordando por eso.

Volvemos al salón, tenemos nuestra sesión de terapia y me siento orgullosa de lo mucho que ha avanzado. Ahora ya está reeducando a su cuerpo para que sepa que mentir no lo pone en peligro y puede decir pequeñas cosas sin sentir esa punzada que sentía hasta ahora.

—¿Qué tal llevas no tomar la pastilla todos los días? —le pregunto, y él me besa antes de contestar.

—Al principio me dio un poco de ansiedad —reconoce, como hizo cuando empezó—, pero ahora tengo que ponerme la alarma para que no se me pase.

Hemos logrado bajar la dosis de una diaria a media cada dos días.

—Si sigues así de bien, en una semana ya puedes dejar de tomarla por completo.

—Sabes, me gusta no depender de la química. Sé que si tengo un episodio me puede ayudar, y no estoy en contra de ello, pero

tomarla a diario me hacía sentir…

—¿Débil?

—Exacto.

Sonríe y me besa de nuevo. Se levanta del sofá y me tiende la mano para que la coja. Lo sigo por el pasillo, y cuando abre la puerta de su dormitorio, me humedezco pensando en lo que va a ocurrir a continuación.

—Ahora voy a comerte el coño durante tanto rato que no vas a poder andar en varios días.

—Me apunto —contesto mientras me lleva a la cama y comienza a quitarme la ropa.

Me encanta el sexo con él, solo que me da miedo que para mí ya no es solo eso. Así que tomo la determinación de irme en cuanto acabemos. Me he quedado varias noches en su cama y es la mejor sensación del mundo, pero es una que no me pertenece, es una que debería sentir la mujer que sea capaz de darle hijos y de la cual se enamore, y esa no soy yo, porque yo estoy rota y eso no hay oro que lo arregle.

Capítulo 36

Nilo

Miro hacia el lado vacío de la cama y no me gusta la sensación que eso me provoca. Hannah no se ha quedado, otra vez ha vuelto a irse justo después de uno de nuestros encuentros y, aunque lo entiendo, no me gusta.

Me levanto y decido salir a correr un rato para despejarme. San Francisco hoy ha decidido que no necesitaba sol y parece que va a llover. Comienzo a trotar por las aceras hasta llegar a un parque que hay cerca del puente y ahí aumento mi ritmo. Ahora mismo siento mucha rabia, pero no sé cuál es el motivo.

Sé que Hannah y yo no tenemos futuro, ella no puede darme la familia que quiero tener y sé que no le interesa ser la reina de la Camorra, sin embargo, ¿por qué me jode tanto reconocer esto?

Antes de que mi mente vaya más allá, comienza a diluviar y tengo que volver a casa. Cuando llego, me quito todo en la entrada, porque literalmente se puede escurrir, me doy una ducha caliente y reviso el móvil. Hay dos mensajes, de Simona y de Dom, necesitan que quedemos y les digo que se acerquen a mi ático, hoy no tengo humor para ir a la oficina.

Cuando Dom y Simona llegan, les abro y me dejo caer en el sofá, en el mismo en el que Hannah y yo hemos compartido muchas horas y en el que por un momento me permito echarla de menos.

—¿Ponemos una de Adele? —pregunta Dom mientras cierran la puerta.

—Creo que tiene más cara de Ed Sheeran —se burla Simona, y les saco el dedo del medio a ambos.

—Es solo que me duele la cabeza —les aseguro, y ambos se cruzan una mirada que prefiero no analizar—. Bien, ¿qué es tan importante?

—A Dom se le ha ocurrido que la fiesta que tenía pensada montarle a Ramírez la hagamos en una cantina mexicana que hay cerca del puente.

—¿Aún tenemos que hacerle la fiesta? —pregunto, pensando que al haber hablado ya en el *hall* del hotel estaba todo solucionado.

—He hablado con Elvio y…

—¿Quién? —corto a mi prima.

—Ramírez, se llama Elvio —me explica Dom, y frunzo el ceño ante tanta familiaridad. Nunca había oído llamarlo así.

—Pues eso, que parece ser que está aquí su hermana, ha vuelto a hacer un curso en la universidad, y quiere hacer una fiesta en su honor.

—¿Y por qué demonios le vamos a hacer una fiesta a esa chica? —pregunto, no entendiendo nada.

—Porque es una forma de que Elvio se quede más tranquilo. Tu padre estuvo años protegiéndola cuando ella estudió aquí y creo que sería un buen gesto de tu parte seguir haciendo lo mismo.

Miro a Dom, que se encoge de hombros. Está claro que si Simona lo propone es por algo. Ella es una estratega cojonuda y no voy a empezar a dudar de su capacidad, sin embargo, no me apetece nada hacer esta mierda.

—¿Tendremos que ir? —inquiero, y mi prima asiente.

—Sí, de hecho, deberíamos invitar a unos cuantos de los nuestros para que Elvio vea que podemos convivir en paz.

—Ese tío es un jodido psicópata —asegura Dom—. ¿Vendrá alguno de sus perros sobre ruedas?

—¿De quiénes hablas? —cuestiono sin entenderlo.

—De alguno de sus primos, aunque creo que no lo son realmente, no de sangre al menos —duda Dom—. Vienen de Texas y son hermanos, la chica suele ser la que más está en México, no recuerdo ahora los nombres, ¿sabes de quién hablo?

Mira a Simona y esta asiente.

—Sí, ambos son jefes de una banda de motos, cada uno a un lado de la frontera. No sé sus nombres reales, pero los de carretera son Sombra y el Caído.

—¿Esos son los hijos del jefe de la banda de motos que se llamaba Diablo? —intervengo, y ambos asienten.

—Aunque, si te soy sincera, me da más miedo su madre o su tío, el ruso es un puto loco.

Asiento porque sé de quién hablan y estoy totalmente de acuerdo. Zakrone es el tipo de hombre con el que no quieres ni cruzarte.

—¿Y estará alguno? —retomo la pregunta de Dom.

—No que yo sepa —asegura Simona—. Solo asistirán Elvio, sus hombres y su hermana.

—Bien. Móntalo todo y haz que nuestros chicos estén atentos. No invites a los mayores, suelen ser un coñazo en estos temas, vamos a darles la oportunidad a nuestros soldados y capos a que demuestren su valía en un sitio en el que las armas no serán bien recibidas.

Seguimos revisando todos los detalles y hago que incluyan a Matteo, el amigo del difunto marido de Hannah. No sé por qué lo hago, sin embargo, necesito conocer a ese hombre en persona y ver por qué ella confía tanto en él.

Mi tío Gio llama y decido que es momento de ir al despacho. Simona y Dom se dirigen a la cantina donde se va a celebrar para empezar a organizar la dichosa fiesta, que será en unos días.

Cuando entro, veo a mi tío ya dentro con un vaso de amaro y a otro hombre que recuerdo haber visto alguna vez a su lado.

—Nilo, quiero presentarte a Giancarlo —saluda mi tío nada más entrar.

—Encantado, Nilo —comenta el tipo, y yo alzo las cejas.

—Danilo —lo corrijo, no cualquiera tiene el derecho de llamarme así.

—Por supuesto.

—¿Qué tal van tus padres? —me pregunta Gio, y hablamos un rato sobre el viaje.

Mi madre se llevó una gran desilusión sobre el bebé. Mi padre no dudo que está al tanto de lo que sucedió realmente, Gio no le ocultaría nunca nada, así que me espera charla a su vuelta.

—¿Qué necesitáis hablar? —pregunto cuando ya tengo el ordenador encendido y hemos pasado al parte de cortesía.

—Es momento de reorganizar la zona de Wittmore —comenta mi tío.

Esa zona es un lugar tranquilo, casi residencial. Hay un montón de casas familiares, donde se crían muchos de los hijos de nuestros soldados.

—¿Ha habido problemas de nuevo? —pregunto.

—Sí, en el barrio de al lado, y está empezando a llegar a Wittmore.

Asiento y comienzo a pensar en un plan de defensa de ese lugar. El barrio del que habla, el que está al lado, es peligroso, allí impera la ley del que menos tiene que perder y, además, es donde el marido de Hannah perdió la vida.

Hannah.

Todos mis pensamientos van hacia ella. Me gustaría invitarla a la fiesta de Ramírez, pero no creo que sea un lugar seguro. Tengo la tentación de coger el móvil para escribirle, sin embargo, trato de no hacerlo, de darle espacio porque parece que es lo que necesita, y yo… Yo prefiero no pensar en las ganas que tengo de coger mi moto y conducir hasta su casa solo para darle un beso.

Capítulo 37

Hannah

Cuando termino mi última consulta de la mañana, me despido de mi clienta y reviso el móvil. No hay nada, y siento una pequeña punzada de decepción, así que decido escribir yo.

¿Qué tal llevas no tomar ya la pastilla? Aunque con la edad que tienes, en breve quizás te toque pedir receta de la azul.

Sonrío divertida. Danilo ha sido todo un descubrimiento, si alguien me hubiera dicho que iba a estar acostándome con el jefe de la Camorra de San francisco y que, además, nos reiríamos tanto juntos, hubiera pensado que me estaban grabando con cámara oculta.

El teléfono suena y es mi madre, no sé ni qué hora debe ser por allí.

—Hola —contesto, contenta de escuchar su voz.

—Hola, preciosa —saluda mamá y escucho también a papá—. Estamos de camino a Ámsterdam.

—¿Y eso?

—Tu padre no se cree que hay una calle donde las mujeres están expuestas en escaparates como si se trataran de galletas en una pastelería.

Me río ante su comentario porque he estado en ese sitio y es peculiar, pero nunca lo compararía con una pastelería.

—Creo que tú ya no puedes entrar, vamos, los turistas en general, que se ha reservado el derecho solo a clientes —le cuento.

—Lo sé, he pensado en vestirme con ropa de hombre porque no pienso perderme la cara de tu padre cuando vea que tengo razón.

Ambas nos reímos y disfruto de este momento tan sencillo.

Papá le pide que ponga el manos libres y me cuenta sobre un nuevo coche que ha visto allí y que van como locos por las autopistas. También que quieren ir a Londres, pero mamá se niega a que conduzca porque esa gente, palabras textuales, «van por el lado equivocado de la carretera».

La verdad es que los echo de menos, pero sé que están teniendo una segunda juventud ahora mismo y no puedo estar más contenta por ellos.

Cuando cuelgo, siento que la vida es mucho más fácil, es el poder que tiene el amor de tu familia, supongo. Miro los mensajes y veo que me ha llegado uno de Nilo:

¿Necesitas que vaya a demostrarte que no me hace falta medicación alguna para hacerte gritar mi nombre?

Sonrío y contesto con una simple palabra:

Sí.

Me excito solo de pensar en que pueda venir a follarme sobre el sofá que tengo delante, y cuando veo otro mensaje lo abro, esperando que me diga que está de camino.

Vamos a tener que quedarnos con las ganas, tengo unos asuntos que arreglar, pero te aseguro que el sábado vas a quedarte afónica.

Voy a contestarle cuando entra la llamada de Matteo.

—Hola, desconocido —lo saludo, y él se ríe.

—Lo sé, he estado algo ocupado. Tenemos problemas cerca de tu antiguo barrio —contesta, y suspiro.

No he vuelto a Wittmore desde que me mudé aquí. Simplemente no pude, cerré todo y me trasladé con lo necesario y sin demasiados recuerdos.

—¿Quieres pedirme cita para el camión? —le chincho.

Según Matteo, jamás necesitará un psicólogo; si él supiera que ya debería haber ido hace años, es probable que acabáramos discutiendo. Supongo que la ayuda solo sirve si el que la necesita la pide de verdad.

—El sábado tengo una fiesta del trabajo, habrá algunos hombres que conozcas, y me gustaría que vinieras conmigo.

—¿Hay que ir de gala? —pregunto de forma automática, aunque acabo de quedar con Nilo.

No es la primera vez que lo acompaño. Al principio había rumores sobre nosotros en una relación, pero al ir a esos eventos y ver que nuestra forma de tratarnos era solo de amigos, y que más de una vez él se ha ido con otra y yo en taxi sola, los chismes se pararon.

—No mucho, es más bien algo informal, o eso nos han dicho.

Voy a decirle que no porque me acaban de prometer dejarme afónica de placer cuando otro mensaje entra, no sé por qué despego mi oreja del móvil y lo miro, es de Nilo:

Lo siento, no recordaba que tenía algo el sábado, ¿lo dejamos para el domingo?

No me gusta que me haga esto, aunque tampoco quiero sobrepensar demasiado, quizás tenía ganas de verme y ha olvidado

todo lo demás. O quizás es que ha quedado con otra ese día, una que sí pueda ser la futura madre de sus hijos, y yo quedo relegada a un segundo plano. En cualquier caso, acabo de quedarme libre para ir a una fiesta en la que pienso beber mucho.

—Me apunto, ¿me recoges o nos vemos allí?

—Te recojo —asegura.

Nos ponemos al día durante unos minutos. La verdad es que lo he notado distante y supongo que sus padres no irán a esa fiesta, no nos mezclamos. Creo que el sábado podremos hablar en un lugar neutro y así averiguar qué le pasa a mi amigo.

Cuando cuelgo, me dejo caer en el sofá de mi sala de descanso y le escribo a Nilo, la verdad es que tengo que agradecerle a Matteo el gustazo que me va a dar mandar este mensaje.

Pues creo que sí, pero tengo una cita el sábado y no sé cómo acabaré, así que vamos hablando, ¿te parece?

Veo que comienza a escribir. Lo hace y después deja de hacerlo. Miro el estado y veo que cambia varias veces.

Escribiendo…

En línea.

Escribiendo…

En línea.

Escribiendo…

En línea.

Hasta que finalmente contesta.

Ok.

No sé si se ha enfadado, pero no es mi tarea hacerle sentir mejor como hombre, al igual que no es la suya hacerlo conmigo por el mensaje recibido antes. A veces, ser psicóloga es una mierda, ahora mismo me encantaría ser una tóxica de manual, pero mi cabeza lógica me dice que no sea gilipollas y, por el momento, le hago caso.

Me preparo un té y me llega un mensaje. Reviso y es Emma, quiere saber dónde estoy, le digo que en mi consulta y ella me avisa de que viene para aquí. Por suerte, no tengo ahora ningún paciente y me relajo hasta que escucho la puerta de fuera.

Me levanto y abro; en cuanto lo hago, Emma se echa en mis brazos, llorando.

—Ey, ¿qué te pasa? —pregunto mientras froto su espalda con una mano y con la otra cierro la puerta.

Ella me mira con los ojos rojos e hinchados y me da una pena terrible. Le he cogido mucho cariño en estas semanas que hemos tratado.

—Es el padre del bebé, me pide que aborte —solloza, y vuelve a acurrucarse contra mí.

Suspiro y dejo que lo suelte todo mientras trato de no llorar porque no es justo que algunos tengan la suerte de poder tener hijos y quieran deshacerse de ellos, y otros, como yo, solo podamos vivir con la ilusión de lo que podría haber sido y no fue.

Capítulo 38

Nilo

La cantina huele a madera vieja y a tequila más de lo que me gustaría. Es grande, la decoración es muy típica de México, o eso ha dicho Simona; la verdad es que no tengo ni idea, y cuando se ha puesto a contarme que no es apropiación cultural porque lo lleva una familia que es de allí, simplemente he desconectado.

Camino despacio entre las mesas mientras repaso en mi mente la distribución. Las largas, pegadas a la pared derecha, son para los soldados. Ahí se sientan juntos, beben juntos, hablan alto y creen que nadie los escucha. Las redondas, más cerca del centro, son para los capos. Nadie se sienta donde no le corresponde cuando sabe leer una sala.

—Las salidas están despejadas —dice uno de los hombres de seguridad—. Dos por la puerta trasera, una por la cocina y la principal.

Asiento sin mirarlo. Ya lo sé. Lo he revisado yo mismo dos veces.

La música aún no suena, pero los técnicos están probando el sistema. Un bajo grave, breve, como un latido. No quiero nada estridente. Quiero que se pueda hablar, reír, brindar. Que todo parezca normal. Que Elvio Ramírez se sienta cómodo. Lo suficiente como para creer que está en terreno amistoso. Incluso mi prima ha traído una banda de música.

Simona está al fondo, de espaldas a mí, hablando por teléfono. La reconozco incluso sin verle la cara. Por la postura. Por cómo apoya el

peso en una pierna cuando algo le apasiona de verdad. No debería interesarle nada esta noche que no sea la seguridad, pero hay algo en su tono que me hace frenar.

—Claro que sí, Elvio —comenta—. Ya está todo preparado. Te va a gustar.

No es lo que dice. Es cómo lo dice.

Me acerco lo justo para escuchar mejor sin que se dé cuenta.

—No, no exageres —continúa—. No es para tanto. Mi primo solo quería tener un detalle con tu hermana. Se lo merece.

Sonríe. Lo oigo en la voz. No es una sonrisa profesional. No es la de «todo está bajo control». Es otra cosa. Más suave. Más cercana.

Aprieto la mandíbula.

Simona no es una soldado cualquiera. Es mi prima. Es mi ejecutora. Es alguien que no cruza líneas sin saber exactamente dónde están. Por eso, cuando las cruza, no lo hace por error.

—Cuando lleguéis, dime —añade—. Yo misma os acompaño dentro.

Cuelga justo cuando estoy a un par de metros. Se gira y me ve. Su expresión cambia lo justo para que solo yo note la diferencia.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Perfecto —responde—. Ramírez viene de camino. Con su gente y con su hermana.

—Eso ya lo sabía.

Me mira un segundo más de lo necesario.

—Estás tenso —dice—. Relájate. Es una fiesta.

—No me gustan las fiestas —contesto—. Me gustan las cosas claras.

Simona arquea una ceja.

—Entonces, no invites a mexicanos del cártel.

No sonrío. Ella sí.

—Yo no quería esto —le recuerdo.

—No es lo mismo lo que se quiere a lo que se tiene, primito.

Sus palabras me hacen pensar en Hannah y en la cita que debe estar teniendo hoy. Joder, ¿nunca dijimos de ser exclusivos?

—Tú solo ten cuidado con Ramírez, no quiero empezar una guerra.

Ella ya sabe a lo que me refiero y solo asiente.

Seguimos caminando juntos. Reviso la barra. Botellas caras, bien colocadas. Nada de marcas baratas. Nada que huela a improvisación. El camarero me hace un gesto discreto. Todo listo.

—No te acerques demasiado a Ramírez esta noche —le insisto a Simona en voz baja.

—No te preocupes —responde—. Solo voy a ser educada.

No es la palabra que me tranquiliza.

Miro el reloj. Faltan quince minutos. Empiezan a llegar los primeros hombres. Los nuestros. Se saludan con palmadas, con risas que no son del todo sinceras. La cantina se llena poco a poco de ruido contenido, de expectativas. De poder acumulado en vasos de cristal grueso.

—¿Has revisado la zona de atrás? —le pregunto a Dom.

—Tres veces —dice—. Nadie entra sin que lo sepamos.

Asiento. Confío en él. Siempre lo he hecho, a pesar de que es de la Cosa Nostra.

Estoy pensando en comentar con él el tema que me preocupa ahora mismo, el acercamiento que he visto de mi prima con el jefe del cártel.

Elvio Ramírez no es un hombre cualquiera. No viene a celebrar una maestría. Viene a medirnos. A mirar quién manda aquí. A ver hasta dónde puede estirar la cuerda. Y Simona… Simona no suele hablar con nadie en ese tono si no hay algo más en juego.

—Danilo —dice de pronto—, no empieces.

La miro. Es como si pudiera leer mi mente.

—No he empezado nada.

—Sí lo has hecho —responde— con esa cara.

Suelto el aire despacio.

—Solo quiero que esta noche salga bien.

—Saldrá bien —asegura—. Confía en mí.

Eso es lo que hago. O lo intento.

Las puertas se abren de nuevo. Un murmullo distinto recorre la cantina. No necesito mirar para saber que han llegado. El ambiente cambia. Se tensa. Se ordena solo.

—Ya están aquí —dice Simona.

Asiento una última vez, enderezo los hombros y avanzo hacia la entrada.

Es una fiesta. Eso es lo que tiene que parecer.

Pero no dejo de pensar que, cuando alguien sonríe demasiado antes de empezar, nunca es solo por educación. Solo espero que el hecho de que haya traído a su hermana indique que no va a haber violencia esta noche.

Dejo que sea Simona quien los salude primero, se presenta a la chica, Guadalupe creo que dice que se llama, y después le cuenta lo que vamos a cenar. Cuando doy un paso al frente para estrechar la mano de Ramírez y presentarme a su hermana, la puerta de la

cantina se abre y, como si de un imán se tratara, mis ojos vuelan hacia allí.

No puede ser.

Es Hannah.

Y no viene sola.

Joder, quiero matar a Matteo.

Capítulo 39

Hannah

Cuando entramos a la cantina, puedo oler el tequila y sonrío. El recuerdo de borracheras universitarias con mi amiga Lupita hace que me relaje.

—Nuestros asientos están ahí —dice Matteo, señalando unas mesas redondas del centro.

Vamos para allí, no me atrevo a mirar alrededor, no sé si Nilo vendrá a esta fiesta, a veces suele asistir, me ha comentado Matteo; nunca me lo he encontrado en ninguna y espero seguir teniendo esa suerte.

La verdad es que no me apetecería nada verlo del brazo de otra mujer y tener que sonreír en la distancia como dos desconocidos, porque dudo que se acercara a saludar o me presentara.

Ya lo imagino: «hola, sí, esta es Hannah, me la follo sin condón porque ambos estamos limpios y como está rota no hay problema de embarazos no deseados».

Suspiro y me siento.

—¿Todo bien? —pregunta Matteo a mi lado con el ceño fruncido, y asiento.

—Sí, es solo que no sé si voy bien vestida —le miento.

La verdad es que acabo de darme cuenta de que voy a tener que hablar con Nilo al respecto de no usar protección. Hasta ahora se supone que no había otras personas, pero si él abre la veda de sexo con más mujeres, entonces, eso se acabó; no voy a poner en riesgo

mi salud por una polla, por mucho que me guste sentirlo dentro de mí.

—Buenas noches —saluda una voz que conozco perfectamente.

Está justo frente a nosotros y me mira como si quisiera matar a alguien, ¿a mí?

—Buenas noches, jefe —contestan todos en la mesa.

—No sabía que vendrías —me dice directamente mirándome a los ojos, y todas las dudas sobre si me hablaría en público quedan resueltas.

—Matteo me lo pidió, y como no tenía planes para el sábado y me encanta venir a estas fiestas —agrego, ganándome algún guiño de algunos hombres de la fiesta—, pues le dije que sí.

—¿Conoces a Dot? —pregunta uno que se llama Leonardo.

—Algo así —contesta Nilo sin dejar nada claro.

Su prima lo llama y él se despide, no sin antes darme una última mirada que me promete que la cosa no se queda aquí.

¿Puede alguien explicarme qué demonios está pasando?

—Sí que tienes influencia —dice otro de los capos de la mesa—, el jefe no suele ser tan… así.

No tengo claro a que se refiere, sin embargo, miento, porque en esta situación es lo mejor.

—Cuando perdió al bebé, ayudé en toda esa situación —cuento de forma vaga, y todos asienten.

Matteo cambia de tema y le sonrío agradecida.

Por suerte, la cena la paso sin ver a Nilo. Los jefes se han sentado en una mesa apartada, rodeados de hombres que hacen como un muro de músculos y balas. Tampoco es que me interese demasiado

quién es el tipo del cártel ni su hermana. Cuando terminamos, creo que voy a reventar y necesito ir al baño.

Los camareros han habilitado una zona de baile y una banda empieza a tocar música en español. Los hombres de la mesa se retiran a la barra, soy la única mujer, así que cuando digo que tengo que ir al baño, Matteo me avisa de que me espera allí con ellos.

Son buenos chicos, dentro de que al final son capos y en sus manos no dudo que habrá sangre. Confío en que no sea de nadie inocente.

Entro y logro vaciar mi vejiga. Me limpio y recoloco mi vestido. He decidido ponerme uno sencillo. Es negro, de cuello cuadrado y con dos tiras anchas que se abrochan en mi nuca. El corte imperio hace que resalten mis pechos y el vuelo de la falda me llega hasta la mitad del muslo. Mis tacones de color oro me hacen unos centímetros más alta, aunque para ello tenga que sufrir unas horas.

Salgo a lavarme las manos, dejo el bolso junto al grifo y, cuando acabo, cojo papel que hay detrás de mí. La puerta se abre y, al girarme, me quedo paralizada.

—¿Qué haces aquí, Nilo? —le pregunto, pensando que está loco.

—¿Y tú?

—Estoy en una fiesta de trabajo de un amigo —le explico, aunque no sé a qué viene esto.

Se acerca, me rodea con su brazo y me atrae hacia él hasta que mi pecho choca contra el suyo.

—¿Un amigo? —inquiere.

Frunzo el ceño porque, si no supiera que no es posible, diría que está celoso.

—Sí, Matteo, supongo que te suena —contesto, empezando a enfadarme—. Aunque no debería importarte, ya que no soy de tu propiedad.

Gruñe y en sus ojos pasan mil tormentas que hacen que me estremezca.

—¿Te gusta?

—¿Matteo?

—Deja de decir su puto nombre cuando tengo mis labios sobre los tuyos.

—Ni se te ocurra besarme —le advierto—, todos se darán cuenta y no pienso ponerme a dar explicaciones.

Me mira y trata de hacer justo lo que le he dicho que no haga, pero soy hija de mi padre y le doy un rodillazo que hace que me suelte y se doble por la mitad.

—¿A qué ha venido eso? —pregunta como si fuera yo la loca.

—Mira, estoy disfrutando de una noche de diversión, haz tú lo mismo y mañana hablamos.

Se endereza y me observa como si le hubiera pedido que se tirara por la ventana.

¿Qué demonios está pasando?

—Bien, pero que sepas que si te lo follas me lo cargo. No comparto.

Me cruzo de brazos y alzo las cejas.

—Para compartir, primero tienes que ser el dueño —rebato, y vuelve a gruñir de frustración.

—Hannah, no me cabrees.

—Nilo, no te vengas arriba.

Nos miramos un instante en un duelo tenso y finalmente sale del baño dando un portazo.

No soy profesora para aguantar niñerías.

Me apoyo en la pared y tomo aire. La puerta vuelve a abrirse y juro que si es Nilo voy a tirarle un zapato.

—Supongo que esto es tuyo —oigo una voz con acento latino tras de mí.

Me giro y no me creo lo que veo.

—¿Lupita?

—¿Hannah? ¿Qué haces aquí?

—¿Y tú? Este no es un sitio en el que deberías estar esta noche.

No puedo revelar que esto está lleno de gente del cártel y de la Camorra, pero tampoco voy a dejar a mi vieja amiga expuesta.

—¿Has venido aquí esta noche con alguien?

—Sí, un amigo, ¿has venido a bailar?

Ella comienza a reírse y no entiendo el chiste, pero dejo que acabe de casi mearse encima para que me lo cuente.

—Esta es mi fiesta.

—No me jodas.

Y ambas nos reímos.

Capítulo 40

Nilo

Que no me venga arriba, que no me jodidamente venga arriba. Me cago en mi puta vida.

Veo a Dom coger un mantel y ponerlo extendido a un lado.

—Eh, toro, eh —me llama, y juro que, si no fuera porque podría desatarse el caos ahora mismo, le pegaría un tiro.

—No es el momento —le advierto.

—Ya lo veo, ¿algo en lo que pueda ayudar?

Lo miro y niego con la cabeza.

Voy hasta la mesa, Guadalupe no está y me importa una mierda. Su hermano es muy sobreprotector, no ha quitado ojo de la chica en toda la noche. Al igual que yo he hecho con Hannah, a pesar de que apenas podía verla con nuestros soldados vigilando.

Guadalupe regresa y le dice algo a su hermano en el oído, este la mira sorprendido y sonríe.

—Ve con ella, dile que luego me gustaría saludarla.

Nuestra mesa es la única que queda, el resto ha sido retirada para ofrecer más hueco para bailar. La banda está tocando una serie de temas en español que no tengo idea de lo que dicen. Sé italiano y alguna palabra puede parecerse, pero tampoco le presto atención.

—¿Qué ocurre? —pregunta Simona, que casualmente ha acabado sentada al lado de Ramírez.

—Mi hermana se ha encontrado con una vieja amiga de la universidad —comenta.

—¿Una de nuestras mujeres? —inquiero, y asiente.

Esta noche han traído a muchas parejas, algunas casadas, otras prometidas y alguna que se supone que son solo amigos. Trato de no gruñir ante ese pensamiento.

—¿Cómo se llama? —Esta vez es Simona la curiosa.

—¿Celosa? —suelta Ramírez, y ruedo los ojos. Dom me mira y ambos sabemos que esta mierda no va a acabar bien.

—No, pero me gustaría saber por qué no estaba enterada de esta amistad.

Mi prima es muy perfeccionista. Ha investigado a todos los aquí presentes y el que se le haya escapado algo así debe tenerla muy cabreada.

—Relájate, «gatita» —le dice, y esa palabra en español no sé qué es, pero por la mala mirada que le da Simona no es algo que le guste oír—. Mi hermana nunca dijo que fuera una princesa del cártel y, por su parte, la chica tampoco nos contó nada sobre su pertenencia a la Camorra.

—¿Así que ha sido casualidad? —intervengo.

—Destino lo llamo yo —dice el *latin lover,* y ruedo los ojos—. Esa chica ayudó mucho a Lupita a integrarse, incluso aprendió nuestro idioma.

Habla de esa mujer con admiración y ahora tengo curiosidad por conocerla. La verdad es que tener a alguien en nuestras filas que sepa español puede venirnos bien, aunque sea la mujer de un soldado.

«¿Hannah sabrá algún idioma más?», me pregunto a mí mismo, y me jode un poco no saber algo tan sencillo como eso.

Paso las dos siguientes horas vigilando a Matteo. Hannah ha sido invitada junto al resto de chicas a una fiesta aparte, donde Guadalupe y su amiga han pedido tequila como para quemar el local entero. No la he visto entrar, pero he preguntado y sé que no se ha ido a casa.

Simona y Ramírez desaparecen y eso me pone nervioso. Me levanto de la mesa y trato de hablar con algunos de mis hombres. Dom no deja de vigilar el lugar, sé que piensa lo mismo que yo. Pasado un rato, simplemente no puedo ignorar esta mierda y voy hacia la sala donde sé que están Ramírez y mi prima.

—El jefe ha dicho que no se le puede molestar —suelta uno de los dos hombres de Ramírez que protegen la puerta.

Miro a Dom, que se encoge de hombros, y ambos le damos un puñetazo a cada uno de los tipos. Caen redondos y comienza un revuelo. Entramos y veo a mi prima con el vestido subido y a horcajadas sobre el jefe del cártel en un puto sofá.

—Simona —la reprendo, y ella salta del regazo del tipo y se recoloca el vestido.

Escucho algo de jaleo fuera, está claro que hemos empezado una pelea y me importa una mierda, las mujeres están en un lugar seguro y el resto tiene los huevos negros para saber defenderse.

—Sabes, tu padre era mucho más listo que tú —gruñe Ramírez, claramente cabreado por haberle jodido la fiesta a su polla.

—Nilo —se queja Simona.

—Ahora no —la corto.

Estoy cabreado, no sé si por esto, si por Hannah o simplemente porque hoy no tengo un buen día, en cualquier caso, lo estoy.

—No le hables en ese tono —me amenaza Ramírez y sonrío, es justo lo que necesitaba.

—Resolvamos esto entonces —le digo, quitándome la americana y lanzándola sobre el sofá.

—Si lo hacemos, nuestro trato se rompe —asegura, y mira a Simona—. He prometido no derramar sangre, y si tengo que incumplir mi palabra será con consecuencias.

—Fuera empieza a parecer una batalla campal —me informa Dom, y Simona rueda los ojos.

—De verdad que esto de tener polla debe ser agotador.

Ramírez se acerca con ganas de pelear cuando se detiene en seco, sonríe y menea la cabeza. Empiezo a oír una canción en español, pero esta vez no es el hombre de la banda quien la canta, sino un par de voces femeninas.

—Esas dos siempre han causado problemas. —Se ríe y sale de aquí como si no acabáramos de estar a punto de iniciar una guerra entre su cártel y mi gente.

—¿Alguien me explica qué acaba de pasar? —pregunta Dom, y tanto Simona como yo nos encogemos de hombros, hasta que, de pronto, a las voces femeninas se les une una masculina.

—No puede ser —murmura Simona, y los tres estamos pensando lo mismo.

Salimos de ahí y vamos directamente hacia donde está el escenario. El lugar ha sido un poco destruido por nuestros hombres y los de Ramírez. Hay taburetes rotos, cristales de botellas en el suelo y parte de la decoración arrancada. Joder, sí que les ha cundido. Sin embargo, lo que más nos llama la atención es lo que hay en el escenario.

Dom se inclina y susurra, como si decirlo en voz alta lo hiciera menos real, lo que todos estamos pensando:

—Creo que he bebido demasiado tequila, estoy viendo a Ramírez cantar a coro con Hannah, abrazados como si se conocieran de toda la vida.

Capítulo 41

Hannah

Abrazo a mi amiga y sigo cantando *Clavado en un bar* de Maná a todo pulmón. Cuando he salido de la sala donde hemos estado bebiendo tequila como si se acabara el mundo, he escuchado lo que pasaba justo al lado. Nilo y Elvio estaban a punto de liarse a puñetazos, así que se lo he contado corriendo a Lupita y hemos hecho lo que hacíamos cuando venía su hermano a visitarla y se enfadaba porque ella tenía novio: cantar canciones de Maná.

Ahora que sé que es el jefe de un cártel peligroso, la verdad es que es mucho más divertido. Elvio tiene algo con ese grupo que hace que le cambie el humor, y así ha sido, ni un minuto de canción y ya estaba subido con nosotras, berreando a nuestro lado.

Miro hacia el público, uno que me hace soltar una carcajada. Por un lado, tenemos a los mexicanos cantando con nosotros como si fueran *groupies*; por otro, a los de la Camorra, que se miran unos a otros como si no entendieran cómo hace unos minutos estaban pegándose con lo primero que pillaban y ahora están en medio de un concierto improvisado. Y, por último, a Simona, Dom y Nilo observándonos con los brazos cruzados sobre el pecho.

Cuando la canción termina, abrazo a Elvio, que me coge en volandas y me gira.

—Más despacio, mi tolerancia al alcohol ha bajado en estos años. —Me río.

Elvio me abraza y me saluda como lo que somos, viejos conocidos. Cuando me separo, Nilo está a mi lado y ahora mismo no sé si es el alcohol en mis venas o que ya es suficientemente tarde como para que todo me importe una mierda, pero lo que hago al verlo es ladrar.

—Siempre he sabido que eras una perra —dice Lupita, y ambas nos reímos.

—¿Alguien puede explicarme qué está pasando? —pregunta Nilo cabreado.

—Mejor lo hacemos abajo, dejemos que la banda siga —comenta Dom, y nos damos cuenta de que todos nos miran.

Bajamos de ahí con cuidado, si no fuera porque Nilo está a mi lado y me sujeta, me hubiera roto el cuello en el tercer escalón.

—¿Estás bien? —pregunta Matteo, llegando hasta donde estoy. Me coge la cara con sus manos y me examina como el hermano preocupado que es.

—No la toques —le advierte Nilo, y Matteo me suelta como si quemara.

Nos mira a ambos, tratando de entender qué está pasando, y es Dom quien da la orden para que se lo lleven de ahí diciéndole que se hacen cargo de mí.

Nos dirigimos hacia la sala donde he visto a Nilo y a Elvio discutir y cierran tras nosotros. Ahora estoy atrapada con mi amiga, su hermano, Nilo, su prima y Dom, que es como el tercero en discordia.

—Creo que estamos en problemas —dice Lupita, y ambas nos reímos.

Sí, definitivamente, aquí hay más alcohol del que debería.

—¿Se puede saber cómo demonios os conocéis? —pregunta Simona, y parece más divertida que enfadada.

—«Gatita» —le dice Elvio en español, y lo miro alzando las cejas, pero no comento nada más–, es la amiga de mi hermana. Estuvo con ella durante toda la carrera y nunca supe que era parte de la Camorra.

—¿Es así? —pregunta Nilo, mirándome como si la palabra de Elvio no tuviera valor.

—Sí, supongo que ambas teníamos un secreto que no queríamos compartir y por eso no indagábamos más allá de la otra. Aunque eso no quiere decir que Lupita y yo no seamos amigas —le aclaro.

—«Las mejores comadres» —agrega mi amiga en español, y sonrío porque dudo que alguien lo haya entendido.

—¿Y no te importa el ridículo que has hecho cantando esa canción? —interviene Dom curioso, mirando a Elvio.

Simona y Dom ruedan los ojos y yo no puedo evitar reírme.

—Nunca me avergonzaré de cantar junto a mi hermana alguna canción de Maná —contesta Elvio con orgullo, y eso se gana un abrazo de Lupita.

—Creo que es momento de retirarnos —sugiere Nilo, cogiendo mi mano y entrelazando sus dedos con los míos.

Este gesto no pasa desapercibido ante Elvio, que me mira, y niego con la cabeza. Puede parecer algo romántico, pero nada más lejos, es solo el jefe marcando territorio.

—Lupita —digo, alzando la voz más de la cuenta cuando la veo—, prométeme que me llamarás.

Ella se ríe, me agarra la cara con las dos manos y me da un beso sonoro en la mejilla.

—Te llamaré. Y tú también —me advierte—. No desaparezcas.

Elvio levanta su vaso desde detrás de ella, solemne y divertido a partes iguales.

—Mientras sigas en San Francisco, eres nuestra —dice—. No te libras tan fácil.

—Ni quiero —respondo, señalándolo con el dedo como si eso fuera una promesa sagrada.

Nilo me saca de la sala. Cuando volvemos a la zona principal, siento las miradas. Todas. La cantina entera parece haberse detenido para ver cómo el jefe de la Camorra saca de ahí a la psicóloga medio borracha que se ha pasado la noche cantando Maná a pleno pulmón. Me hace gracia. Me hace muchísima gracia. Giro la cabeza buscando aire… y, entonces, lo veo.

Matteo está apoyado cerca de la pared, con una cerveza intacta en la mano y esa expresión suya de querer estar y no estar al mismo tiempo. Me suelto un poco de Nilo sin pedir permiso y doy un paso en su dirección. El suelo se mueve. O quizá soy yo.

—Hannah… —empieza Nilo, tensándose a mi lado.

Le clavo la mirada. Una de esas que uso poco, pero que funcionan.

—Ni se te ocurra detenerme.

Camino hacia Matteo con más determinación de la que mi equilibrio puede sostener. Él da un paso hacia mí, dudando, y al final soy yo la que tiene que agarrarse a su brazo para no irme de lado.

—Me voy a casa —le digo muy seria, como si no tuviera el tequila bailándome detrás de los ojos.

—¿Estás bien? —pregunta, bajando la voz—. Puedo llevarte yo si…

Mira a Nilo. No termina la frase. No se atreve.

—Te lo contaré otro día —añado—. Hablamos otro día, ¿sí?

Asiente despacio. Me conoce lo suficiente como para saber cuándo no presionar. Entonces, Nilo interviene con ese tono suyo tranquilo pero afilado.

—Tampoco es nadie para tener que saber nada de lo que pase en tu vida.

Me giro hacia él. Le lanzo otra mala mirada, esta más cargada.

—Es mi amigo —le aclaro—. Y eso le da derecho a saber lo que a mí me dé la gana contarle. ¿Estamos?

El silencio dura un segundo. Nilo sostiene mi mirada. Luego asiente apenas, aceptando la corrección sin discutirla. Matteo traga saliva, incómodo, y al final me abraza con cuidado cuando yo lo hago, como si me fuera a romper o una bomba, una que tengo parada detrás de mí, fuera a explotar.

—Cuídate —me dice al oído.

—Siempre lo hago —contesto con cariño.

Nilo me vuelve a rodear con el brazo y esta vez no me resisto. Me dejo guiar fuera, al aire más fresco de la noche. El ruido queda atrás cuando subimos al coche. Me quito los tacones en cuanto me siento y dejo caer la cabeza contra el respaldo, cerrando los ojos un instante.

El motor arranca. Siento su mano posarse en mi pierna, cálida, firme, como si estuviera marcando territorio sin necesidad de palabras. No es sexual. Es íntimo. Es peor.

Abro los ojos y lo miro de perfil, concentrado en la carretera.

—Gracias —murmuro.

—De nada —responde—. Aunque mañana vas a estar jodida.

Sonrío. Me inclino un poco hacia él, apoyando la cabeza en su hombro.

Su mano aprieta un poco más mi pierna. El coche avanza por la noche de San Francisco y, por primera vez en horas, el mundo deja de dar vueltas, aunque lo que más miedo me da es que, sin duda, estoy enamorada de Nilo y eso es algo que me va a destruir si no me alejo ya de él.

Capítulo 42

Nilo

Cuando llegamos a mi ático tengo que ayudarla a salir del coche. No puedo evitar sonreír ante esta versión de Hannah. Ella es divertida de normal, pero su versión borracha es muy graciosa.

Llegamos arriba y decido cogerla al estilo nupcial para evitar que se mate con esos tacones. Está preciosa con este vestido, y si no fuera porque ahora mismo hay más tequila que sangre en sus venas, me la habría follado en el coche.

—Vamos, te ayudo a quitarte esto —le digo mientras la dejo sobre mi cama.

No sé en qué momento decidí que ya no quería que nuestros encuentros fueran en la habitación de invitados, sino en la mía, pero me gusta mucho verla aquí. Demasiado quizás.

—¿Vas a aprovecharte de mí? —pregunta picarona.

—En otro momento.

—¿Por qué? —insiste, haciendo pucheros—. ¿No te gusta mi vestido?

—Hannah, ese no es el problema, créeme.

Voy a decirle que si quiere pruebas puede tocar mi muy dura polla, pero no me da tiempo antes de que salga corriendo hacia el baño y se lance al retrete.

Llega justa para abrir la tapa y echar toda la cena dentro. Le sujeto el pelo para que no se le manche y trato de no poner cara de asco. El olor es horrible y ella parece no poder parar.

Vomita como diez veces antes de poder sentarse, exhausta, contra la pared.

—¿Hay alguna posibilidad de que estés tan borracho que mañana no recuerdes nada? —pregunta con la cabeza apoyada en el azulejo blanco y los ojos cerrados.

Me río y ella se tapa la cara con las manos.

Me quito la americana y la lanzo a una silla del cuarto. Luego la ayudo a levantarse y a lavarse la boca.

—¿Llevas muchas horquillas? —pregunto, tocando su pelo mientras ella se cepilla con su dedo y un poco de pasta que me ha cogido.

Tengo que comprarle un cepillo, siempre lleva uno cuando viene, pero creo que así sería más sencillo.

—No, cuatro o cinco. Por favor, mátame —suplica, y me río de nuevo.

Lo único que tengo para que se limpie el maquillaje es una pastilla de jabón. Ella la coge agradecida y comienza a eliminar todo. No es que fuera demasiado cargada, pero cuando levanta la cabeza y veo la máscara de pestañas caer por sus mejillas, no puedo evitar reírme.

—Algún día, tú estarás en mi lugar y te pintaré una polla en la cara —dice enfadada, y beso su frente.

Vuelve a lavarse y mis toallas, blancas hasta hace dos minutos, ahora son una mezcla de marrones, negros y verdes.

—Te pasaré el recibo —me burlo, y ella me saca el dedo del medio.

La ayudo a quitarse el vestido y abro la ducha. Dejo que se lave sola, pero no me voy de ahí, aprovecho para lavarme los dientes y

deshacerme de la ropa. Mientras me cepillo, miro el cuerpo de Hannah a través del cristal y no puedo evitar pensar en lo cómodo que me siento en esta situación. Creo que nunca me he lavado los dientes delante de nadie, y menos le he sujetado el pelo para vomitar. Salvo a Simona, pero ella no cuenta.

—¿Sabes si se quedará Elvio mucho por aquí? —pregunta mientras se enjabona el pelo.

No me gusta que se interese por ese hombre y no le contesto hasta que no termino de enjuagarme.

—Simona lo sabe, creo que, al menos, una semana más —le digo, apoyándome en el lavabo con los brazos cruzados—. ¿Algo que deba saber?

Mi duda sale un poco más brusca de lo que me gustaría y Hannah asoma la cabeza solo para que vea que alza las cejas. Sonrío.

—¿Me estás preguntando si hemos follado?

Me encanta que sea tan directa, la vida es mucho más fácil con ella.

—Sí, es solo por saber si tengo que empezar a ponerme goma.

Lo suelto como lo pienso y, en respuesta, escucho una carcajada.

—Elvio es atractivo, pero no es mi tipo —asegura—, lo veo más como a un hermano mayor. Lo que me encanta de él es que adora a Lupita.

—Voy a reconocer que en eso pareces tener razón. Aunque no me has contestado.

—No, no hemos follado ni tengo intención de que eso suceda. Y dudo que él quiera por cómo miraba a tu prima esta noche —suelta, y gruño porque es un tema que no quiero abordar.

Simona es mayor y puede cuidarse sola, pero eso no hace que me guste que vaya a tener algo con ese tipo. Es peligroso, loco y no sé si capaz de manejar a una mujer como mi prima.

Hannah sale y le doy una toalla para que se envuelva y otra para el pelo. No puedo dejar de mirarla; me encanta lo natural y normal que es toda esta situación.

—Sabes —comienza mientras se frota el pelo después de ajustarse la toalla al cuerpo—, pensaba que hoy tenías una cita con una mujer. Iba a hablar contigo precisamente sobre el hecho de que si no somos exclusivos no hay más sexo sin protección.

Me impulso para erguirme y me dirijo hacia ella. Me mira y detiene su secado de pelo mientras yo paso mi mano por su cintura y la aprieto contra mi pecho para que no tenga otra opción que mirarme.

—No quiero follarme a otras mujeres.

—Bien, no quiero follarme a otros hombres —asegura, y esa afirmación hace que algo dentro de mí se encienda.

—¿Eso significa que somos exclusivos?

—Sí, pero te pido una cosa, cuando dejemos de serlo o sientas la necesidad de estar con alguien más, por favor, solo dímelo.

Asiento y la beso, no me siento capaz de pedirle a ella lo mismo porque ahora mismo no puedo imaginarme un día en el que ella se aleje de mí.

Y esto empieza a asustarme.

Capítulo 43

Hannah

Me despierto entre los brazos de Nilo y todo lo que pasó anoche viene a mi mente. Él me cuidó, estuvo conmigo en mis peores momentos y no dejó de hablar conmigo cuando algo le preocupaba. Creo que esto es lo que más me gusta de él. No tiende a guardarse nada y eso hace la relación mucho más facil.

¿Qué relación?

Solo follamos, no puedo desdibujar la línea que claramente él ha trazado, sin embargo, mientras estoy acurrucada en su pecho escuchando su corazón latir, me doy cuenta de que ya es tarde. Me he enamorado.

Mierda, mierda y cien veces mierda.

Trato de salir de la cama con cuidado, sin embargo, en cuanto me siento y saco las piernas, él tira de mí y rueda hasta quedar sobre todo mi cuerpo.

—¿Dónde ibas? —pregunta mientras comienza a besar mi cuello.

—A por agua —miento.

La verdad es que no sé a dónde iba.

—¿Cómo estás? —murmura, mordisqueando mi oreja.

—Como si me hubiera bebido mi peso en tequila.

Noto la risa contra mi piel y, de pronto, se levanta. Solo lleva los calzoncillos puestos y, joder, qué bien le quedan. Sale de la habitación y regresa un minuto después con agua fría y unas pastillas.

—Te quiero —le suelto, y ambos nos quedamos callados—, pero solo por tus drogas y tus bebidas frías.

Ambos nos reímos y yo respiro aliviada de que este momento no se haya vuelto tenso por mi estúpida declaración.

Vuelve a meterse en la cama y me acurruco contra su costado. Me acaricia el brazo y poco a poco vuelvo a quedarme dormida.

Para cuando vuelvo a despertar estoy sola en la cama. Me desperezo y salgo de ella para buscar a Nilo. Mi reloj marca el mediodía. Me asomo para ver si hay alguien a la vista y no escucho ruido alguno salvo su voz amortiguada por la distancia.

Llevo puesta una camiseta y mis bragas, así que espero que no tengamos compañía o me va a ver en toda mi gloria.

Llego a la cocina y atisbo un sándwich en la encimera, tapado, hay una nota al lado escrita a mano: búscame.

Le doy un par de bocados y bebo más agua antes de hacerlo. La verdad es que ahora mismo estoy cansada y los pies me matan, pero no me duele la cabeza. Me dirijo al despacho, sé que si no está en el salón o la cocina debe encontrarse ahí. La puerta está entornada y parece estar teniendo una discusión por teléfono con alguien. Dudo en si molestarlo, pero él lo ha pedido, así que asomo la cabeza y espero hasta que me vea para ver qué hago a continuación.

Nilo me sonríe y me pide con la mano que entre, me quedo parada en medio del despacho. Es imponente y tiene unas estanterías con millones de libros que me encantaría cotillear; no me imagino a Nilo leyendo algo del estilo *Cincuenta sombras de Grey,* pero me encantaría encontrar un libro así aquí.

Me hace otro gesto para que me acerque, y cuando estoy a su alcance, tira de mí y me sienta en su regazo. Sigue solo con sus calzoncillos puestos, así que noto lo duro que está en el segundo en que mi culo se acomoda sobre él.

—Si no podeis controlar esa zona, quizás tenga que buscarme a alguien que sí pueda —gruñe mientras baja su mano por mi cuerpo hasta mis bragas.

Apoyo mi espalda en su pecho y dejo que juegue conmigo a la vez que sigue gritándole a alguien; la verdad es que ni siquiera escucho lo que dice porque mi cerebro está solo pendiente de sus habilidosos dedos.

Pongo mis manos por detrás de su cuello y clavo mis uñas cada vez que se introduce dentro de mí; cuando mete un tercer dedo, no aguanto el gemido de placer que se me escapa.

—No me jodas —vuelve a gruñir, y cuelga.

Tira el móvil sobre la mesa y después saca sus dedos, me quejo y él se ríe. Me levanta y me pone sobre su mesa, se baja los calzoncillos, rompe mis bragas y se mete dentro de mí de un solo empujón.

—Joder, siempre estás preparada para mí —susurra en mi oído, y comienza a moverse.

Esto no es sexo salvaje, lo hace lento, tomando su tiempo entre cada embestida, haciéndome sentir que hay algo entre nosotros, un futuro que me encantaría tener.

Me aferro a su cuerpo para que no vea las lágrimas que caen de mis ojos mientras disfruto de algo más que solo sexo, y cuando siento que ambos estamos a punto de llegar, me limpio sin que lo note y lo beso.

El gruñido que se escapa de su garganta se ahoga con mi gemido y nos quedamos así, abrazados y besándonos mientras él se mece dentro de mí hasta que noto que tengo que ir a limpiarme.

—Te voy a manchar los papeles —le digo, empujándolo hacia atrás.

Cuando sale de mí, siento que me quedo vacía, me pasa desde el primer día; esto jamás me ocurrió con Salvatore.

—Por mí, puedes manchar hasta mi alma —contesta, y sus palabras me desconciertan.

Si fuéramos otros, estaría feliz de escucharlas, pero no lo somos. Y lo que puede sentir Nilo es atracción y que nos compenetramos muy bien en el sexo y fuera de él. No obstante, no siente nada más allá de ello, no puede hacerlo, porque él no puede amar a una mujer rota que no le va a dar lo que necesita para ser feliz.

—¿Todo bien? —pregunta, analizando mi cara, y me pongo la máscara.

Sonrío y asiento.

—Creo que no me recupero de lo de anoche —miento, y besa la punta de mi nariz.

Saca una caja de pañuelos para que nos limpiemos y, al terminar, vamos de nuevo a la cocina a comer algo más. Nilo entrecruza sus dedos con los míos y me lleva mientras yo pienso que esto se me ha ido de las manos.

Estoy enamorada, no puedo evitarlo y no es malo estarlo, aunque sé que esto me va a doler. Es momento de empezar a poner distancia, de ir dejando poco a poco la relación para que, cuando nos separemos, no duela como lo haría ahora mismo.

Nilo abre la nevera y saca lo necesario para hacer unos huevos fritos con patatas, sabe que me encantan, y disfruto de verlo cocinar.

Me siento en el taburete y lo observo moverse con soltura mientras me cuenta algo sobre Dom, que no escucho porque en mi mente solo puedo pensar que hoy es el primer día del final de nuestra relación.

Capítulo 44

Nilo

Ramírez no termina de irse de mi ciudad y eso me está poniendo un poco nervioso. Se supone que estaría una semana más desde la fiesta, sin embargo, ya han pasado dos y aquí sigue. Y el hecho de que Simona y él se vean casi a diario no mejora el tema.

Reviso mi móvil por cuarta vez en los últimos veinte minutos y veo que no hay ni rastro de Hannah, normalmente me escribe cuando está de camino. Desde la noche en la que tuve que sujetarle el pelo para vomitar, ha estado distante. Ya no voy a su casa a ver películas, y cuando lo hacemos en mi ático no se acurruca como antes. Creo que se ha dado cuenta de que empezábamos a parecer demasiado una pareja y eso la ha hecho cambiar de actitud.

Para ser sincero, es lo mejor. Echo de menos sus chistes malos por mensaje, o sus contestaciones sin tapujos cuando trato de ser un macho alfa, sin embargo, esto no es una relación de pareja. Somos dos adultos que decidieron tener sexo de forma exclusiva, pero sin ningún tipo de compromiso. Así que este distanciamiento es lo mejor que podemos hacer. Quedamos, follamos y después cada uno por su lado.

Sí.

Esto es lo mejor.

Sin duda.

Gruño y Dom me mira.

—¿Qué estabas pensando? —pregunta mientras me sirve un trozo de carne con un nombre raro que ha cocinado esta noche en Mamma´s.

—En que ahora las cosas están como deben estar.

Alza una ceja y niega con la cabeza.

—Pues para que fuera así, no deberías tener cara de que alguien te ha robado el helado.

Le saco el dedo del medio y él levanta las manos y se da la vuelta.

Aunque, mierda, tiene razón. Echo de menos a Hannah.

Joder.

Mi tío entra en el restaurante con Giancarlo. Ese tipo no termina de gustarme. Es leal y buen amigo por lo que me ha dicho mi tío, sin embargo, es de esas personas que caminan por la vida como si el mundo les perteneciera.

—Disimula —me advierte Dom, que me conoce demasiado.

Cuando mi tío y Giancarlo llegan a mi mesa, ambos me tienden la mano y yo las aprieto mientras les apunto a un par de sillas vacías que hay, aparte de la de Dom.

—¿Os quedáis a cenar? —consulta mi amigo, y ambos niegan con la cabeza.

—Tengo reserva en otro lugar —explica mi tío—, nuestras mujeres han descubierto un nuevo restaurante de comida coreana y han reservado allí.

Por la cara de mi tío, veo que no le hace nada de ilusión ir.

—Dile a Serena que me mande fotos —le pide Dom mientras se sienta al lado de mi tío.

—¿Tú sabías lo de este nuevo sitio? —pregunta Gio, entrecerrando los ojos.

—Por supuesto, yo se lo recomendé —contesta Dom, y eso se gana un gruñido de Gio que nos hace reír.

—Voy a obligar a mi mujer a borrar tu número —farfulla.

—Oh, por favor, hazlo, quiero ver cómo acaba eso —responde Dom, y yo asiento porque puede que Gio haya sido la mano derecha de mi padre durante décadas, pero a quien hay que temer es a su esposa.

—Eres igual que tus padres y tus tíos —se queja Gio, y Dom sonríe orgulloso de eso.

La verdad es que es así, esa gente está un poco tarada, sin embargo, son una familia en la que no cabe ya más amor y siempre me han tratado como a uno más.

Pasamos una media hora hablando sobre algunos problemas que está habiendo en el lado malo de la ciudad y me sorprendo al saber quién es el hijo de Giancarlo.

Para cuando están a punto de irse, veo a Hannah aparecer por el restaurante. Está preciosa con una blusa morada de satén y el pelo suelto. Sonrío y todos desvían su mirada hacia la entrada.

—Lo siento, ¿he llegado demasiado pronto? —pregunta algo tímida.

—¿Qué hace aquí la psicóloga? —interrumpe mi tío Gio en un tono que no me gusta nada.

—Quería consultar algo y le pedí que viniera —contesta Dom, y le sigo la corriente porque si ha hecho esto es por algo.

—Os acompaño a la puerta, así pueden hablar con algo de privacidad —comento, levantándome.

Mi tío asiente y continúa con lo que me estaba contando sobre mis padres. Mamá me escribe a diario para saber si sigo bien por la pérdida del bebé. Odio mentirle, pero de momento es lo mejor; cuando regresen del viaje le contaré todo con calma, sé que, si lo hiciera ahora, volvería para consolarme y arrancarle los pelos a Cynthia. Además, me viene bien para la terapia, es increíble como las pequeñas omisiones o mentiras ya no me lanzan una punzada a mi cabeza. Todavía me quedo esperando a que lleguen, pero simplemente ya no lo hacen. Hannah es el oro que está juntando mis piezas.

Para cuando regreso a la mesa, veo a Hannah reírse con Dom y algo muy feo se remueve dentro de mí.

—¿Me he perdido algo? —pregunto, sentándome al lado de Hannah y cogiendo su mano por debajo de la mesa.

—Nada interesante —responde ella, y siento una punzada de celos por lo que Dom sabe y yo no.

No me gusta esto.

—Quizás debería dejaros solos para que sigáis disfrutando —suelto en un tono que hace que ambos me miren.

Dom sorprendido y Hannah enfadada.

—¿Qué estás queriendo decir? —inquiere ella.

—Nada, solo que lo mismo sobro en estos momentos.

Hannah se gira para encararme y el fuego de sus ojos es algo que me encanta. Aunque no tanto cuando es dirigido contra mí.

—Habla claro —exige—. ¿A qué te referías con «dejarnos disfrutar»?

La verdad es que creo que no lo ha entendido, solo pensaba en diversión inocente, sin embargo, está claro que ella ha pensado en

la otra. Eso me cabrea y alzo una ceja en respuesta.

—Eres imbécil —suelta Hannah, se levanta y sale del restaurante muy cabreada.

Me paso al mano por la cara y gruño de frustración.

—¿No vas a ir tras ella? —pregunta Dom.

—No irá muy lejos —le aseguro, levantándome con calma y poniéndome la chaqueta.

—¿En serio has pensado que yo podría hacerte eso? —inquiere dolido mi amigo, y niego con la cabeza.

—No, nunca dudaría de ti en ese sentido.

—¿Y de ella?

Miro hacia la puerta y lo pienso, pero solo tardo un segundo en darme cuenta de que tengo clara la respuesta.

—No, Hannah no es así.

—Vale, entonces es que ella tiene razón y solo estás siendo un imbécil.

Asiento porque es lo que hay, me he comportado como un crío y no voy a negarlo. Salgo a la calle a buscarla. Es de noche y por aquí no pasan muchos taxis. Reviso la acera y no está, no hay rastro de ella por ningún lado. Saco mi móvil y la llamo.

—¿Dónde estás? —pregunto en cuando descuelga.

—Disfrutando de mi regreso a casa —suelta, y me cuelga.

Vuelvo a marcar, pero ya no me lo coge. Solo me llega un mensaje:

Ni se te ocurra aparecerte esta noche.

Suspiro y vuelvo dentro. La he cagado a lo grande, pero en mi defensa diré que, cuando se trata de Hannah, mi cerebro no

funciona bien.

—¿Y Hannah? —pregunta Dom al verme entrar solo.

—Se ha ido a casa.

Dom suelta una carcajada mientras menea la cabeza.

—Te voy a decir algo que no quieres oír porque, como bien ha dicho Hannah, eres imbécil: ella te interesa más de lo que piensas y no es de las que se va a quedar llorando por ti. Si no haces algo, es probable que la pierdas sin siquiera haberla tenido realmente.

Me dejo caer en la mesa y un vaso de amaro aparece frente a mí. Le doy un sorbo y pienso en las palabras de Dom. Puede que tenga razón, puede que me interese más de lo que creo, la cuestión es: ¿qué voy a hacer al respecto?

Capítulo 45

Hannah

El traqueteo del camión hace que tenga el estómago revuelto. Siempre que el conductor pasa por estas calles me ocurre lo mismo.

Hoy mi paciente es Salvatore. No mi Salvatore. Otro. Este mide casi dos metros, pesa como un armario ropero y tiene las manos entrelazadas sobre las rodillas como un niño castigado.

—No puedo dormir —dice al fin, mirándome como si yo fuera a confesarle un crimen.

—Eso no es muy específico —respondo, sacando la libreta—. ¿Pesadillas, insomnio, pensamientos intrusivos?

Niega con la cabeza.

—Ronquidos.

Parpadeo.

—¿Los tuyos?

—Los míos no. Los de mi mujer.

Ah. Vale.

Me explica que su mujer ronca como si estuviera serrando madera desde dentro. Que él se levanta más cansado que cuando se acuesta. Que ya no rinde bien. Que se enfada por cosas pequeñas. Que un día casi se pelea con un semáforo porque tardó demasiado en ponerse en verde.

—¿Ha hablado con ella? —pregunto.

—No puedo.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros, incómodo.

—Porque es… una falta de respeto. Y porque si se entera de que la oigo roncar, me mata.

Anoto mentalmente: distorsión cognitiva, dramatización, miedo al conflicto.

—Salvatore, ¿su mujer ha intentado matarlo alguna vez?

—No, pero podría.

Sonrío.

—Bien. Entonces, vamos a bajar esto a tierra.

Le explico que los ronquidos no son un ataque personal ni una humillación marital. Que no son algo que se haga a propósito. Que evitar el tema está generando más tensión que el sonido en sí. Y que hay soluciones prácticas.

—Primero —digo—, tapones para los oídos. No es rendirse, es sobrevivir.

Hace una mueca.

—Segundo, hablar con ella. Sin acusar. No digas «me despiertas», sino «me cuesta dormir y necesito ayuda».

—¿Y si se enfada?

—Se enfadará menos que si sigue acumulando resentimiento y acaba gritándole a un semáforo.

Se ríe. De verdad.

Le propongo incluso convertirlo en un plan de pareja: ir al médico, cambiar la postura al dormir, probar una almohada distinta. Cosas simples. Humanas.

El camión frena un poco más fuerte. Salvatore se agarra a la mesa por reflejo.

—¿Eso es todo? —pregunta—. ¿No hay trauma oculto ni nada raro?

—No —respondo—. A veces, el problema no es profundo. Solo es ruidoso.

Asiente, aliviado. Se levanta cuando le indico que hemos terminado.

—Gracias, Dot —dice antes de salir.

Cuando se va, el camión sigue su ruta. Yo cierro la libreta y sonrío. «No todos los problemas necesitan oro para repararse», pienso, y Nilo acude mi memoria, pero lo destierro.

Cuando termino en el camión, voy a mi consulta, no sin antes pasar por Monitos a coger un buen café. Tengo la tarde libre de pacientes, la verdad es que, si no fuera por los del camión, no sé si podría sobrevivir. Mi teléfono suena y es Emma.

—¿Puedo ir a verte? —pregunta al descolgar, y noto que está llorando.

—Claro, estoy en mi consulta.

—Llego en veinte minutos.

Cuelga sin que tenga oportunidad de preguntarle qué le pasa, supongo que prefiere decírmelo en persona.

Me dejo caer en el sofá de mi consulta y me niego a mirar el teléfono. Hace dos noches que dejé a Nilo plantado porque insinuó que podría «disfrutar» con Dom.

Menudo gilipollas. Si quisiera follarme a otro no lo ocultaría, acabaría las cosas con él y dejaría claro lo que quiero. Soy una mujer adulta y sin compromiso que no le debe ninguna explicación de mierda a nadie.

Emma llega hecha un mar de lágrimas y lo único que puedo hacer es consolarla en el sofá, abrazándola hasta que logra calmarse.

Su embarazo ya está muy avanzado, me sorprende que aún no se hayan dado cuenta sus padres; eso deja claro el tipo de personas que son. O simplemente es que Emma es muy buena mintiendo. La verdad es que no me gusta juzgar sin conocerlos, pero no puedo evitarlo sabiendo lo que ha pasado Emma hasta ahora.

Le tiendo a Emma la caja de pañuelos por cuarta vez y parece que ya empieza a serenarse. Me levanto y le preparo un té sin teína; lo tengo desde que empezó a visitarme y supe que no puede tomar demasiado por su estado.

—Gracias —murmura cuando se lo entrego.

—¿Estás mejor?

Asiente y me dejo caer a su lado en el sofá.

—Es por el padre del bebé —comienza a explicarme—, le he dicho hoy que sigo estando embarazada y…

—¿No se lo ha tomado bien?

Ella niega efusivamente.

—Me ha pedido que aborte, que él no se va a hacer cargo de este bastardo. Yo pensaba que solo necesitaba tiempo para asimilarlo…

Sus lágrimas vuelven a salir y la abrazo de nuevo. Menudo hijo de puta, encima de pederasta es imbécil.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunto, y ella rompe a llorar de nuevo. Estoy un poco confundida ahora mismo.

—Ya no tengo poder de decisión —solloza, y no tengo idea de a qué se refiere.

Cuando logro que se calme un poco, me lo explica.

—Ya no puedo abortar, ahora solo puedo seguir con el embarazo.

Me cuesta un poco entender a qué se refiere.

—¿Cuánto tiempo de embarazo llevas?

—Estoy a punto de entrar en el séptimo mes.

—¿Estás segura? —pregunto, mirándola.

No se le nota nada con la ropa que lleva puesta.

Ella asiente, se levanta y recoge la sudadera ancha que lleva puesta debajo de su pecho, dejando al descubierto una pequeña tripa que más parece un coco que la portadora de un ser vivo.

—He ido a las revisiones que me dijo la ginecóloga, están incluidas en el Medi-Cal, son gratis y me han ayudado mucho —asegura—. Me dijo que al ser tan delgada y mi primer embarazo podría ir hacia arriba más que hacia afuera o algo así.

—Vale, no tenía ni idea de que eso podría ocurrir. Entonces, se lo has dicho a tu… pareja —llamarlo «novio» con cuarenta años más que ella me parece ridículo— y ¿te ha dicho que abortes?

—Sí. Sé que me dijo que abortara, sin embargo, creía que era solo el miedo del momento.

Aquí es donde claramente se puede ver que es una niña y me da pena que esté pasando por esto.

—Bueno, ahora lo más importante, ¿tú qué quieres hacer?

Ella se muerde una uña y veo que las tiene todas comidas; el estrés está haciendo mella en ella.

—Lo quiero tener —murmura.

—Dilo decidida, esto no es un juego, Emma, es un ser vivo, alguien que va a necesitar que seas fuerte por ambos y que lo cuides.

Me mira unos instantes y asiente convencida.

—Lo quiero tener, no podría soportar darlo en adopción.

—Bien, me alegro de que tengas clara tu elección, no va a ser fácil, pero cuentas conmigo, ¿vale?

La abrazo y ella me aprieta fuerte.

—Ojalá fueras tú mi madre —murmura, y sonrío, aunque me siento algo triste por ella y por mí.

—¿Ya se lo has dicho a ellos?

—No, me van a echar de casa, lo sé.

—Emma, a veces los padres nos sorprenden. Eres su hija, y eso es más importante que cualquier cosa.

Pasamos la tarde hablando sobre la forma en la que puede contarles a sus padres su decisión y que si su pareja no se va a hacer cargo quizás es mejor no volver a verlo. Ella está enamorada, pero el amor por su hijo le está haciendo ver que, tal vez, ese hombre no es tan bueno.

En un momento dado, saca su móvil y me muestra fotos de cosas que ha ido viendo para el bebé; no tiene idea de cómo conseguir todo eso, pero ahora mismo no le voy a romper la ilusión. Al pasar una foto, me encuentro con una imagen de ella y el señor mayor.

—Es él —comenta, nunca me lo había enseñado ni me había dicho cómo se llama hasta ahora.

Le cojo el móvil y lo observo. A este hombre lo he visto antes, de hecho, lo vi con Nilo la noche que lo dejé plantado en el restaurante. ¿Puede ser que él esté de acuerdo con esta relación?

—Este el padre de mi hijo, es mi Gi.

Capítulo 46

Nilo

No voy a negarlo más tiempo, echo de menos a Hannah, hace tres días desde lo del restaurante y está claro que ella no va a ceder.

¿Y por qué tendría que hacerlo si fui yo el que se comportó como un idiota?

Me decido por mandarle un mensaje, no creo que me coja la llamada, así que decido ser un poco mentiroso para asegurarme de que contesta.

Necesito verte como psicóloga.

Ni un minuto después, el nombre de Hannah aparece en la pantalla de mi móvil; por supuesto que no iba a ignorarme por muy enfadada que esté conmigo.

—¿Qué pasa? —pregunta en cuanto descuelgo.

—Prefiero hablarlo en persona, ¿puedo ir a verte?

Duda.

—Ahora estoy con una paciente y no sé el tiempo que me va a llevar.

—*Yo ya tengo que irme* —se escucha de fondo, y sonrío.

—Estaré en mi consulta entonces —contesta con un tono profesional que no sé si me gusta que use conmigo.

—Muy bien, tardaré menos de una hora en llegar —le aseguro, y cuelgo antes de que pueda decir algo y la cague.

Salgo de mi ático, no sin antes meter lo que necesito en una mochila, y decido ir en moto para tardar menos. Llego en treinta minutos y veo que la luz de su consulta está encendida. No sé si estará ya sola, pero como he llegado pronto, me acerco a la floristería que hay cerca para entrar a por un algo. Aún no sé muy bien el qué.

—Buenas tardes —me saluda una mujer muy mayor que está ya recogiendo todo para cerrar.

—¿Puedo comprar algo? —le pregunto, pensando que igual me he colado fuera de hora.

—Siempre atiendo a hombres guapos dispuestos a hacer sonreír a alguien con flores —suelta, y asiento divertido.

—No sé qué quiero, ¿rosas?

—No te veo muy convencido para eso, las rosas son algo clásico, sirven para novias, madres, hermanas…

—No es nada de eso —le digo con cierta amargura.

—Entonces, dime cómo es la persona que las va a recibir.

Me quedo un momento pensando en Hannah y en cómo es para tratar de describirla lo mejor posible.

—Es una mujer con la que me río mucho, y muy observadora, es capaz de descubrir tus secretos, aunque tú no quieras —comienzo—. También es cariñosa y siempre está dispuesta a ayudar, ha sufrido mucho en la vida, pero eso no la ha amargado, siempre tiene una palabra amable o una sonrisa. Sabe divertirse y tiene amigos de cualquier índole —prosigo, pensando en Ramírez y su hermana—. Es leal y no deja que nadie la avasalle, lucha por lo que quiere y puede contestarte con cualquier cosa sin importar quién seas.

La anciana me escucha con atención y una sonrisa hasta que termino mi descripción de Hannah.

—Vaya, para no ser tu novia, hablas de ella como si fuera el amor de tu vida —suelta de pronto, y niego con la cabeza.

—No, solo es mi amiga, una muy buena —le aseguro.

—Así es como empiezan las grandes historias de amor —afirma, y esas palabras me descolocan—. Creo que deberías llevarle una orquídea.

—¿Una planta? ¿No es mejor un ramo?

—Creo que a esa mujer le gustaría más algo que perdure. —La idea de que sea así me gusta—. Las orquídeas no se riegan como otras flores, necesitan paciencia, y si las fuerzas, mueren, aunque si las entiendes, duran años. Son únicas y delicadas, pero no débiles.

Miro la planta que me ofrece y asiento.

—Es perfecta —contesto, y no sé si me refiero a la planta o a Hannah.

Cuando salgo del lugar, voy hacia la consulta y la veo saliendo de Monitos con una chica joven que parece haber llorado bastante por lo rojo de sus ojos. Llevan un paquete en la mano y ambas se abrazan antes de que la adolescente se vaya en dirección opuesta a mí.

Me quedo un momento mirándola y veo lo preciosa que está. Lleva el pelo suelto y un jersey que parece no darle el calor suficiente porque se abraza a sí misma mientras observa a la joven desaparecer por la calle.

Llego hasta ella y la abrazo por detrás; se tensa un instante y después se recuesta sobre mí, confiada, y siento algo muy potente en mi pecho al darme cuenta de que me ha reconocido.

—Hola —la saludo mientras trato de que no se me caiga la planta que llevo en la mano con la que no rodeo la cintura de Hannah.

—Has llegado antes —afirma, girándose y mirándome.

Sus ojos son como un mundo en el que me quiero perder y al que he echado de menos visitar. Bajo mis labios sobre los suyos y la beso. Es algo tierno, tranquilo, como si me calmara el alma. Cuando ella se aparta, siento que he perdido algo, aunque se supone que no somos nada…

—Aún estoy enfadada contigo —asegura mientras se dirige a las escaleras de su consultorio.

La sigo y, cuando cierra la puerta, le tiendo la planta.

—Se me va a morir —asegura—, aunque gracias, es mi flor favorita, ¿cómo lo has sabido?

—Me ha recordado a ti —contesto, rememorando las palabras de la mujer de la floristería.

Nos quedamos mirando, de pie y callados, hasta que suspira, se gira y se deja caer en el sofá.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, y yo me quito el abrigo, dejándolo en un perchero junto a la mochila antes de sentarme a su lado.

—Te echaba de menos.

—Eso no es un motivo de consulta —responde medio enfadada.

—Para mí sí.

Le cojo la mano y la acaricio, me encanta su piel, es suave y real a la vez. No sé cómo explicarlo. Me la llevo a los labios y después beso su brazo hasta el cuello. Ella suelta un ligero gemido que hace que prosiga. Beso su cara, muerdo su oreja y decido probar suerte alzándola hasta ponerla a horcajadas sobre mí.

—Sigo enfadada contigo —jadea, y sonrío.

Me separo un poco para mirarla y cojo su cara entre mis manos.

—No quiero tener sexo cabreado contigo, lo que quiero hacer es pedirte perdón a mi manera, ¿me dejas?

Ella se muerde el labio, pensando la respuesta, y cuando asiente no le doy tiempo a recapacitar. Me lanzo a su boca y disfruto de la sensación de sentirla de nuevo como mía.

Me gusta eso, mía… Hannah es jodidamente mía.

Capítulo 47

Hannah

Lo que acaba de pasar entre Nilo y yo no ha sido sexo, al menos, no he sentido que fuera solo eso.

No.

«Quítate esas ideas de la cabeza y no veas cosas donde no las hay». Nilo me trata bien, somos amigos, él mismo lo dijo, pero no hay nada más allá. Él quiere una familia que yo no voy a poder darle y no vivimos en un mundo en el que el heredero de la Camorra sea adoptado. Así que, ya está, voy a disfrutar unos últimos días con él y después hablaré sobre que ya no puedo seguir con esta situación.

Estoy segura de que mientras pueda seguir ayudándolo con su problema sobre mentir, el hecho de que no nos acostemos no le importará.

—Piensas demasiado —dice, acariciando mi espalda desnuda.

Estoy a horcajadas sobre él, en el sofá donde atiendo a mis pacientes. Mi cabeza apoyada en su cuello y mi cuerpo pegado al suyo, disfrutando del calor natural que siempre emana.

—¿Qué tal vas con la terapia? —le pregunto, tratando de desviar el tema.

—¿Crees que es el momento de hablar sobre ello? Aún tengo mi polla dentro de ti —se burla, y sonrío.

—Estás en el lugar donde atiendo a mis pacientes, así que…

—Espero ser al único que le das este tipo de trato —gruñe, y meneo la cabeza divertida.

Su estómago ruge y me río.

—Si quieres, podemos bajar a comer a Monitos —le sugiero.

—Podríamos cogerlo para llevar e ir a tu casa, he traído algo que quiero enseñarte —contesta, y siento que ahora mismo no puedo verlo en mi lugar seguro.

Llevarlo a casa y seguir creando recuerdos con él no es buena idea. Tampoco hacerlo aquí, al fin y al cabo, vengo cada día, sin embargo, he estado pensando en tomarme unas vacaciones y cerrar la consulta de momento. Tengo una amiga en Montreal que necesita ayuda con una clínica que tiene y me ha preguntado si puedo ir allí un par de meses.

—Creo que mejor lo comemos aquí, aún me queda trabajo —respondo. Está claro que miento y que él lo sabe por la cara que pone, sin embargo, no dice nada y solo asiente.

—Bien, bajaré a por lo que quieras —me dice, y me levanto de su regazo. Cuando sale de mi interior siento un enorme vacío, como cada vez que he estado con él.

Esto jamás me pasó con Salvatore.

—Mejor voy yo, conozco a la dueña y me colarán. ¿Qué es lo que me vas a enseñar?

Cuando vuelve del baño ya se ha abrochado los pantalones y es mi turno de limpiarme, después de haberlo hecho con toallitas en el sofá. Creo que tendré que poner una funda de momento.

—Es una sorpresa, así que vuelve pronto y lo verás.

Su contestación me deja un poco confundida. Solo lleva una mochila y sé que ha venido en moto. Así que no tengo ni idea de a qué se refiere.

Le enseño la carta de Monitos en mi móvil, la tengo descargada desde que la cambiaron. Aunque me la sé de memoria. Me da la opción de que yo elija todo y me besa antes de que salga por la puerta.

Mientras hago el pedido, me siento en la barra y me doy cuenta de la confianza plena que tengo en Nilo: lo he dejado en mi despacho sin supervisión y ni siquiera me he parado a pensar en ello.

Cuando subo de nuevo, lo encuentro de espaldas, dejando cosas sobre una mesa que tengo en el archivo. Reviso por si veo algo fuera de lugar, pero no hay nada raro que yo pueda apreciar desde donde estoy.

—No entres —me pide, y le hago caso. Cuando sale del archivo, cierra tras de sí y coge las bolsas de Monitos.

—Esa mesa era donde tenía pensado comer —le aclaro, y él se deja caer en el sofá.

—Cambio de planes.

Se encoge de hombros y su expresión es tan relajada que no parece el jefe de la Camorra de San Francisco, solo un hombre pasando el rato con su amiga.

Y cómo me duele que sea la palabra «amiga» la que suene en mi mente y no algo más.

Disfrutamos de una cena entre risas. Me cuenta lo preocupado que está porque Simona está acercándose demasiado a Elvio. Trato de aclararle que es un buen tipo, aunque claro, yo lo he conocido como hermano de mi amiga, no como narco. También me explica que Dom ha terminado ya sus clases de cocina y en breve regresará a su ciudad. Vive al otro lado del país y sé que lo va a echar de

menos por cómo habla de él. Pero claro, es un hombre siendo hombre, así que no me lo reconoce abiertamente.

Le cuento sobre mis padres, que están en Berlín, y él me habla de que los suyos ahora viajan desde que su padre superó una enfermedad que casi se lo lleva.

Cualquiera que nos viera desde fuera pensaría que somos una pareja, solo que yo sé que no es así.

—Hablando de mi madre —comenta, levantándose, recogiendo los envoltorios y cajitas de todo y metiéndolo en las bolsas en las que las he traído—, se le rompió su taza favorita antes de irse.

—Vaya, es una pena, yo tengo una desde que tengo diez años y si me pasara eso lloraría —le aseguro, y él besa mi frente antes de dejar las bolsas al lado de la puerta, como si tuviera intención de tirarlas antes de irse.

—Ella lo hizo, se la regaló mi padre cuando se conocieron. Así que decidí arreglarla con oro.

—Ah, ¿haciendo *kitijui*?

Suelta una enorme carcajada y menea la cabeza. Me coge de la mano y me lleva a la oficina.

—Se llama *kintsugi* —me corrige.

—Pues lo que he dicho.

Vuelve a besarme la frente y me deja ver lo que antes estaba preparando.

En la mesa hay un montón de cosas que no tengo ni idea de lo que son. Me sienta en la única silla que hay, ya que normalmente como yo sola aquí, y comienza a explicarme todo.

—Esto es un arte japonés, aunque adaptado. No vamos a fundir oro ni a usar la laca tradicional porque, además de tardar semanas

en secarse, podríamos morir al inhalarla.

—Ah, fantástico el *hobby* —murmuro, y él se ríe.

Saca de un paño la taza de la que me ha hablado y veo que está en tres pedazos grandes.

—Trata de unirlos —me pide, y lo hago—. Ves que hay partes que faltan, pequeñas esquirlas que seguramente se perdieron en la basura.

—Sí, lo justo para que no quede bien si las pegas.

—Si lo haces con pegamento solo, sí, sin embargo, si mezclas resina epoxi con polvo de oro queda perfecto.

Se sitúa detrás de mí, de pie, y me va dando indicaciones de cómo preparar la mezcla. Siento su cuerpo pegado al mío en todo momento. Cada vez que hago algo bien me besa, cuando la lío también. Nos divertimos tratando de arreglar algo tan preciado y yo rezo por no estornudar sobre el polvo de oro, que sabe Dios lo que costará.

Cuando hemos terminado, observo la taza y veo que ha quedado preciosa.

—Mi madre va a estar muy agradecida cuando le diga que la has reparado —comenta, mirando nuestra obra de arte terminada.

—En realidad, yo he hecho poco —le recuerdo, y me besa de nuevo.

—Lo has hecho todo —contesta con una intensidad que me abruma, y decido poner distancia.

—Será mejor que me vaya a casa.

—¿No tenías trabajo? —pregunta, y sé a ciencia cierta que cuando antes le he dicho que mejor nos quedábamos por este motivo no me ha creído.

—Es demasiado tarde y mañana vendré antes —le miento, y él entrecierra los ojos.

—Bien.

Su tono seco me dice que no le gusta que lo engañe, y sé que no está bien hacerlo, sin embargo, ahora mismo me estoy protegiendo y no puedo hacerme cargo de nadie más.

Recogemos todo y se empeña en llevarme a casa. No me he montado nunca en moto, pero, por lo visto, hoy será la primera vez.

—Ven, ponte mi chaqueta —me ordena, y dejo que me la ponga a pesar de que me queda enorme.

Coge la mía y la coloca en el manillar; espero que no salga volando.

—Solo hay un casco —apunto, y él simplemente lo pone en mi cabeza y lo ajusta—. ¿Y tú?

—No vives lejos —contesta como explicación, y se sube a la moto tras colocarse los guantes.

Me tiende la mochila y me la pongo para poder abrazarlo mejor. Coge mis manos y las ajusta sobre su pecho; por suerte, el bolso lo he dejado en la oficina, solo he cogido la cartera y las llaves, que van en mi abrigo. Coloca el mismo, cruzado sobre sus piernas, y arranca. Doy un pequeño grito y me sujeto con fuerza. Apenas hay unos minutos hasta mi casa, sin embargo, hay algo en la forma de conducir, de tomar las curvas y de tocar mi muslo en los semáforos que provoca en mí demasiados sentimientos que no me puedo permitir tener.

Cuando llegamos, aparca en la puerta y me ayuda a bajar. Me quito el casco y se lo doy, también la chaqueta, aunque reconozco que es mucho más calentita que la mía y que huele a él. Se pone la

mochila y ajusta las cuerdas. Me da mi abrigo y nos quedamos mirando, en mitad de la noche, bajo las estrellas, y siento que hay un universo entre nosotros a pesar de que estamos a un paso de distancia.

—¿Hannah? —escucho tras de mí y me giro confundida.

Veo a Emma llorando lanzarse a mis brazos, y justo tras de ella, saliendo del portal de mi casa, a una pareja que me mira mal.

La mujer se acerca y, sin mediar palabra, me suelta un guantazo que creo que ha hecho que se me mueva algún empaste.

Capítulo 48

Nilo

Un instinto asesino se apodera de mí en cuanto veo la marca roja en la cara de Hannah y me bajo de la moto dispuesto a matar a esa mujer por haberla tocado.

—¿Tú has ayudado a la puta de mi hija? —suelta la loca que acaba de pegarle a mi mujer.

Hannah me detiene, poniendo su mano en mi brazo y dándome una mirada para que no me meta. Luego alza la barbilla de la chica y la observa de cerca.

—¿Estás bien? —Veo que mira un punto morado en la cara de la muchacha y alza la vista cabreada—. ¿Le has pegado? —pregunta Hannah en un tono serio que nunca la había escuchado usar.

—Se merece eso y más —interviene el hombre, y la sangre me hierve.

—Les dije que estaba embarazada y…

La chica rompe a llorar y me doy cuenta de que tiene su mano en su tripa de forma protectora. Es una adolescente, no debe tener más de quince.

—Así que son los padres de Emma —trata de aclarar Hannah en el mismo tono frío.

—No, ya no, en nuestra casa no aceptamos a rameras —suelta la mujer, que juro tiene los días contados sobre esta tierra.

—¿Habéis echado a vuestra hija adolescente embarazada de casa? —intervengo, atónito por la situación.

El silencio de ambos y el llanto de la chica me confirman que es así.

—Emma —dice Hannah en un tono dulce—, toma mis llaves y entra en casa, espérame allí, ¿de acuerdo? Va a estar todo bien, te lo prometo.

Abraza a la chica con un amor y un cariño que hacen que se me sobrecoja el alma. Espera a que la puerta del portal esté cerrada y ya no se vea a la chica para acercarse a la que imagino es la madre de Emma.

—¿Cómo puedes hacerle esto a tu hija? —pregunta cabreada.

—Ella es una ramera que se ha dejado prostituir por vete tú a saber cuántos —escupe la mujer.

En serio que están cavando su propia tumba con cada palabra.

—Vamos a denunciarte por encubrir el embarazo, acabarás en la cárcel —amenaza a Hannah, y cuando voy a intervenir y decirle que él acabará a tres metros bajo tierra, Hannah suelta una carcajada.

—Le habéis pegado a una menor embarazada por el hecho de que no ha tomado una buena decisión. Emma es inteligente y saca buenas notas, vosotros ni siquiera os habéis dado cuenta de que está a punto de dar a luz, así que, por favor, llama a la Policía, a ver a quién detienen.

La forma en la que se lo dice hace que me sienta jodidamente orgulloso de ella. La mujer, roja de la ira, levanta la mano dispuesta a darle otro guantazo a Hannah, pero esta vez ella está preparada y no solo la esquiva, le da un puñetazo en la nariz y la empuja contra su marido.

—No os penséis que voy a dejaros que me toquéis una sola vez más, ni a mí ni a Emma. Si no queréis saber nada de ella, iré a la

iglesia para dar gracias a Dios de que así sea, porque sois pura mierda. Y os advierto una cosa, si os acercáis a alguna de nosotras con malas intenciones, os tiraré al medio de la calle y os pasaré por encima con el coche hasta que vuestros sesos se filtren por la alcantarilla.

La forma en la que lo dice los acojona de tal manera que ambos salen corriendo y yo me quedo paralizado en el sitio, sin saber cómo reaccionar.

—Tengo miedo de moverme —confieso para quitar un poco de hierro al asunto, y ella me da una mala mirada.

—Ese tipo de gente no debería tener hijos. Cuando tienes, debes cuidarlos, enseñarles el mundo y dejar que sean ellos mismos. Guiarlos por el buen camino, no ponerles una puta valla en el mismo para que solo vayan en la dirección que quieras, y si no lo hacen, pues sacrificarlos.

La abrazo contra mi pecho porque es lo único que puedo hacer ahora mismo, y ella se deja. Permanecemos así varios minutos, hasta que finalmente se aparta y respira hondo.

—Tengo que ir con Emma.

—¿Quieres que me quede? —le pregunto, y parece que va a decir que sí cuando al final niega con la cabeza, como si se lo hubiera pensado mejor.

La decepción me invade y trato de entender que ahora lo importante es esa chica.

—Tengo que ver qué ha pasado y qué va a hacer Emma a partir de ahora. No podemos contar con el padre del bebé, así que veremos cómo va todo.

—Si necesitas ayuda, llámame —le pido, y asiente.

Aunque veo la duda en sus ojos y no me gusta.

Me despido y espero a que suba a su casa antes de ponerme el casco y largarme a mi ático. Son las dos de la mañana y sé que no voy a poder dormir, así que llamo a Simona en cuanto entro en mi salón; me lo coge en el tercer tono.

—¿A quién hay que matar? —pregunta con voz de que estaba dormida.

—No lo sé, pero ahora mismo quiero asesinar a alguien —declaro, y eso la pone en alerta.

Escucho la voz de un hombre y me doy cuenta de que no estaba sola.

—Cuéntame —me pide, y lo hago.

Le explico el día de hoy hasta el momento en que Hannah ha declarado que atropellaría a alguien sin que le temblara la voz. Me siento orgulloso de mi chica.

—Así que quiero saber quién es esa gente y si hay mierda con la que enterrarlos —le gruño, refiriéndome a los padres de la chica.

—Bien, ¿puede esperar a mañana?

Me lo pienso y realmente no es un asunto urgente.

—Sí, pero no lo dejes para muy tarde.

Cuelgo y me voy a la cama. Apenas puedo dormir un par de horas. No es solo por lo que ha pasado, es lo extraño que se está volviendo la relación con Hannah. Parecemos estar bien un momento y al siguiente pone distancia.

A las seis me levanto y llamo a Dom. Sé que estará en el gimnasio. Le encanta ir a estas horas a boxear y creo que es justo lo que necesito.

Llego hasta el club de boxeo al que está apuntado mi amigo y entro. Él ya está con los guantes puestos y en el *ring*. Cuando me ve, comienza a calentar, sabe que lo de hoy no es solo darnos toques.

Subo al cuadrilátero y comenzamos a dar pequeños saltitos; doy el primer golpe, que Dom esquiva. El segundo también, el tercero lo pilla desprevenido y lo encaja, devolviéndomelo con un gancho sobre mi estómago. Nos pasamos más de dos horas así mientras le cuento todo y acabo tirado en la lona, junto a él, agotado.

—Por favor, formaliza lo tuyo con la psicóloga o te juro que me vas a matar —se queja Dom, y niego con la cabeza.

—No tenemos ese tipo de relación, es solo una amiga con la que tengo sexo —le aseguro.

Dom se levanta sobre su codo para mirarme a la cara y alza una ceja.

—La has llamado «tu mujer» al menos tres veces —comenta, y frunzo el ceño porque no me he dado cuenta de eso.

¿De verdad lo he hecho?

Cambio de tema y le hablo de unos temas que tengo que tratar con sus padres y su tío. Voy a necesitar a su gente para un asunto y él no duda en que voy a recibir la ayuda que pida. Pasamos otra hora en la sauna con temas más ligeros, como un concurso de cocina que se celebra en un mes en la ciudad, tras el cual, Dom volverá a casa. Voy a echarlo de menos, este cabrón se hace querer.

Para cuando salimos y nos duchamos son cerca de las once.

—¿Vamos a comer algo? —pregunto casi en la puerta del gimnasio, cuando la misma se abre y Simona aparece con la cara seria.

—¿Qué ocurre? —pregunto preocupado.

—Es Hannah, ha tenido un accidente.

Y así, con esas palabras, mi mundo se paraliza y mi corazón se detiene.

Capítulo 49

Hannah

Me despierto con un enorme dolor de cabeza, al cual no ayuda el hecho de que una máquina infernal está pitando constantemente.

—Hola —escucho a mi lado, y veo a Nilo levantarse de la silla y poner su cara en mi mano—. ¿Cómo te encuentras?

Trato de recordar qué ha pasado. Emma y yo nos despertamos tras una muy mala noche y decidimos ir a por algo de bollería poco sana pero deliciosa que venden en Zeros. Un coche nos interceptó, el tipo que se bajó daba miedo. Era el padre del bebé de Emma. Trató de agarrarla, comencé a gritar, me empujó, me di contra algo en la cabeza y ya no recuerdo más.

—¿Dónde está Emma? —pregunto, incorporándome de golpe, haciendo que el mundo dé vueltas.

—Oye, con más cuidado. Ella está bien, le están haciendo pruebas al bebé para asegurarse, pero por lo visto no hay peligro para ninguno de ellos. Tu amiga Jenna está con ella.

Respiro aliviada por que no se encuentre sola. Nilo me mira con preocupación y estoy tentada a contarle lo ocurrido, sin embargo, no lo hago porque el hombre que nos ha hecho esto trabaja para él, ¿me elegiría a mí?

—¿Qué ha pasado? —pregunta, sentándose a mi lado en la cama.

Me doy cuenta de que esta habitación no es de las que cubre mi seguro porque es mejor que mi apartamento entero.

—No me acuerdo, estábamos de camino a comprar algo para desayunar y, de pronto, todo está borroso —miento—. ¿Ha dicho algo Emma?

Él niega con la cabeza y respiro aliviada.

—Cuando me avisaron de que habías tenido un accidente, temí lo peor. Simona dio orden de que os trataran como parte de nuestra familia y, en cuanto llegué, tu amiga Jenna salió a contarme todo.

—¿Cómo se enteró ella?

—Estaba trabajando y te vio pasar en una camilla.

Asiento. Tengo más preguntas que hacer, pero ahora no es el momento.

—Tengo náuseas —declaro, Nilo le da a un botón de la pared y en segundos unas enfermeras aparecen.

Me ponen algo en el gotero y siento que estoy cansada de nuevo. Cierro los ojos y me dejo llevar por el sueño en los brazos de Nilo, que se niega a apartarse de mi lado.

La siguiente vez que abro los ojos veo a Jenna a mi lado; en cuanto se da cuenta de que estoy despierta, sonríe.

—Menudo susto me has dado —me reprende con cariño—. ¿Cómo te encuentras?

—Como si alguien hubiera usado mi cabeza de tambor.

—Es normal, te diste un golpe fuerte. Estaba preocupada por si tenías una conmoción muy enorme y olvidabas cómo limpiarte el culo. —Me río y Jenna se acerca para abrazarme.

—¿Cómo está Emma? —le pregunto preocupada.

—Ella y el bebé están bien. Tu amigo la tiene en una habitación aquí al lado con un montón de médicos haciéndole todas las pruebas posibles, pero están totalmente fuera de peligro.

—¿Me ayudas a ir al baño y después a verla? —le pido, y ella asiente.

Me levanto y estoy un poco mareada, pero me doy cuenta de que solo es eso. Puedo andar bien y le aseguro a Jenna que no me caeré con las bragas por los tobillos mientras ella no está. Ha ido a por una silla para llevarme con Emma.

Cuando salgo del baño, escucho la voz de Nilo fuera, está hablando con alguien.

—No es mi mujer, así que no puedo cuidar de ella como si lo fuera —dice casi enfadado—. Hannah no es mi mujer, ¿entendido?

Sus palabras no deberían dolerme tanto como lo hacen. Siento las lágrimas en mis ojos y me limpio antes de que alguien venga y me vea así. Llego hasta la cama y me siento a esperar a Jenna. No tarda en aparecer y Nilo entra con ella.

—¿Dónde vas? —pregunta, viendo la silla.

—A ver a Emma.

—Creo que deberías…

—No eres nadie para opinar —lo corto, dolida por las palabras que acabo de escuchar, y veo en sus ojos que no le ha gustado mi forma de hablarle.

—Hannah —comienza Jenna, y sé que va a decirme que me he pasado, pero le doy una mirada y se calla.

—Llévame con Emma, por favor —le pido a mi amiga, y ella asiente—. Puedes irte, Nilo, estoy bien. Supongo que no tardarán en darme el alta, ¿no?

—Sí, tus papeles están preparados si quieres irte hoy —asegura Jenna, que no sabe dónde meterse en esta situación. Nilo me mira entre enfadado y dolido y, sin decir nada más, se va.

Nos dirigimos hacia el ascensor; por lo visto, a Emma la han trasladado a una habitación de la planta de maternidad para que todo vaya más rápido, según se ha informado Jenna al ir a por la silla. Entramos al ascensor y mi amiga no puede callarse más.

—Creo que te has pasado con el pobre chico.

Hay varias personas ahí dentro y no voy a discutir esto en público.

—Lo sé, pero no somos compatibles; ya sabes que hay algo que a mí me falta que él quiere. Así que es mejor poner distancia y hoy es un buen día como cualquier otro. Además, lo he oído al teléfono y ha dejado claro que «no soy su mujer como para cuidar de mí de esa manera». Así que creo que lo único que has visto es el ego herido, nada más. Mañana estará con otra y yo tengo pensado largarme de San Francisco en breve.

Salimos del ascensor y gira a la derecha. Antes de que se cierre la puerta, siento una mirada sobre mí y, al voltear la cabeza, veo a Dom, que clava sus ojos en los míos hasta que las puertas se cierran.

—¿Cómo que te vas de San Francisco? —pregunta Jenna mientras empuja mi silla por un pasillo lleno de colores pastel y con el sonido de algún bebé de fondo.

Se me encoge un poco el alma al darme cuenta de que nunca estaré aquí como paciente.

—Me han ofrecido un puesto en una clínica y estoy pensando en aceptar, tomar distancia de todo esto, de los recuerdos, y empezar de cero.

Jenna se para y se pone delante de mí.

—Aún duele lo de Salvatore, ¿verdad?

Asiento, no queriendo mentirle, pero explicarle que me he enamorado de un hombre que jamás me va a corresponder es algo a lo que no puedo enfrentarme ahora mismo.

Entramos en una habitación preciosa y veo a Emma tumbada con el camisón levantado y unas cintas sobre su tripa que monitorean al bebé.

—Oh, Hannah, menos mal que estás bien. —Llora y me levanto para abrazarla.

—¿Puedes ir a preguntar cómo está todo? —le digo a Jenna porque necesito que nos quedemos a solas.

—Claro, enseguida vuelvo.

Una vez que no hay nadie que pueda escuchar, me siento en la cama a su lado y le pregunto.

—¿Qué pasó? Solo recuerdo al padre de tu hijo bajar del coche y darme un empujón.

—Gi quería llevarme para hacerme un aborto —solloza.

—Estás muy avanzada, el bebé ya es un hecho, eso sería asesinato. Sin contar que es difícil que tú sobrevivieras —comento cabreada.

—Lo sabe, se lo dije, aun así, quiso llevarme, pero como tú gritaste se fue de allí, aunque no dudo que vuelva a intentarlo. Tengo miedo.

—Calma, calma, todo estará bien, no pienso dejarte sola —trato de tranquilizarla y la abrazo. Jenna entra y nos mira, confundida.

—¿Todo bien?

—Sí, es que en momentos así echa de menos tener a una madre decente, ya te contaré. —Jenna asiente y en ese momento se me

pasa algo por la cabeza—. ¿Saben mis padres algo de lo que me ha pasado?

—No, tu amigo dijo que no debíamos asustarlos, que si pasaba algo grave, él mismo los llamaría y mandaría un avión a buscarlos.

Respiro aliviada y me apunto llamar a mamá y contarle todo.

Para las ocho de la tarde ya está todo preparado para darnos el alta. A mí me duele la cabeza y me dan indicaciones para que a cualquier síntoma raro acuda de nuevo, aunque mis escáneres están bien. Con Emma tienen especial atención, está ya muy avanzada en el embarazo y esto podría adelantarlo, así que nos recomiendan reposo y relax.

Le he pedido a Matteo que venga a buscarnos. No hemos hablado demasiado desde la fiesta en la cantina y la verdad es que lo echo de menos. Me avisa de que está esperándonos abajo y me despido de Jenna, tiene guardia hasta mañana, así que va a tratar de dormir un poco mientras la llaman de alguna urgencia. Salimos por un lateral del hospital, he quedado con Matteo en el *parking* que hay justo fuera, así que trato de no retrasarnos para que no lo multen si se ha quedado en doble fila.

Cuando giro la esquina con Emma agarrada a mi brazo y contándome que ha podido ver hoy al bebé un montón en los monitores, me quedo paralizada: Matteo está hablando con el mismo hombre que nos ha mandado a Emma y a mí al hospital. Supongo que es su jefe de alguna manera.

—Necesito ir al baño —le digo, y hago como que no me aguanto.

Emma no pregunta y me acompaña. Cuando volvemos a salir, voy más despacio y me aseguro de que Matteo está solo antes de acercarnos.

En cuanto me ve, me da un abrazo y un peso se me quita del alma. Pensaba que podía estar enfadado por todo lo que pasó, pero Matteo no es rencoroso, nunca lo ha sido.

Ayuda a Emma a entrar en el coche y se dirige a mi puerta para abrirla. Siempre lo hace y, aunque es algo arcaico, me gusta.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le digo mientras rodeamos el vehículo.

—Claro, siempre.

—Antes hemos salido, pero al ver que estabas ocupado he preferido ir al baño para no molestar, por eso hemos tardado.

—Ah, sí, bueno, no sabía que estaría aquí, y mejor que no hayáis venido en ese momento, no estaba de buen humor.

—¿De quién hablas? —inquiero, tratando de ver si puedo confiar en Matteo para contarle todo lo ocurrido con Emma y el padre de su bebé.

—De mi padre.

Capítulo 50

Nilo

Me siento un puto acosador sentado en el coche esperando a que Hannah salga del hospital. Joder, ¿en qué momento se ha torcido todo?

Repaso mentalmente cada instante con ella y solo nos veo llenos de risas y diversión, también de ganas de verla, de besarla, de saber qué tal ha ido su día y de contarle el mío. ¿En qué momento se ha ido todo a la mierda?

Me recuesto un poco más en mi asiento cuando la veo aparecer por la esquina del hospital. En cuanto he visto a Matteo llegar con su coche, he sabido que era él quien la iba a llevar a casa. La vida se ha sacado la polla y me ha dado hasta con los huevos en la cara.

Veo que se detiene en seco, se ha quedado blanca, se gira y vuelve por donde ha venido. Matteo está hablando con su padre. Esto es raro.

Espero y, pasados como quince minutos, regresa con Emma del brazo; ahora que Matteo está solo, se acerca a él. El muy gilipollas la abraza como si tuviera algún tipo de derecho y ella lo deja.

Gruño.

Ayuda a Emma a entrar en el coche y después va con ella al lado del copiloto. Si la besa, no voy a poder soportarlo y le partiré la puta cara.

Cuando veo que solo le abre la puerta, me calmo y respiro hondo. Arrancan y se van. No los sigo. Eso ya es otro nivel de acoso. Sin

embargo, me pongo en marcha y me encuentro con Dom en un local cerca de mi oficina para tomarnos unas copas. Simona también está y parece bastante cabreada.

—Parece que todos hemos tenido un día de mierda —declaro, dejándome caer en el sofá que queda libre alrededor de la mesa.

El camarero se acerca con mi amaro en cuanto me ve.

—No hagas movimientos bruscos —susurra Dom señalando a Simona, y esta coge un portavelas de la mesa y se lo tira a la cabeza.

Menos mal que Dom es rápido y lo esquiva o ahora mismo tendría, como mínimo, una brecha.

—¿Qué tal tu chica? —pregunta Simona, y tomo un trago antes de responder.

—Bien, le han dado el alta y supongo que ahora estará ya en casa.

—¿Supones?

—Una larga historia —suspiro—. ¿Y a ti quién te ha robado el helado?

—El *latin lover* —contesta Dom por ella, y veo a mi prima buscar algo para tirarle.

Me río y ella me gruñe. No somos familia por nada.

—¿Quieres que lo mate? —le pregunto, y ella asiente con los labios fruncidos, como cuando éramos niños, y eso me saca una sonrisa.

—Es un gilipollas, pero nos da pasta, así que de momento lo dejaremos vivir —se retracta mi prima.

—¿Por qué no has llevado tú a Hannah a casa? —interviene Dom, y les cuento lo que ha sucedido y lo extraño que ha sido su

comportamiento.

Me escuchan atentos, se dan algunas miradas mientras hablo, pero no interrumpen, dejando que suelte todo lo que llevo dentro. Para cuando acabo, sigo teniendo esa misma confusión en mi mente y la idea clara de que la echo de menos.

—Eso es muy raro, si ayer estabais bien, haciendo la mierda esa del oro, ¿por qué hoy te echaría de su vida de esa manera? —plantea mi prima, y asiento, teniendo las mismas dudas que ella.

—Yo podría saber algo —interviene Dom, y ambos lo miramos.

—¿Qué sabes?

—Se supone que yo no debería haber oído esto, pero lo dijeron en un ascensor público. Aunque no entiendo bien algunas cosas…

—Corta la divagación, Dom —le ordeno, y levanta las manos en señal de rendición.

—Escuché a Hannah decir que le falta algo que tú quieres, eso no lo entendí, pero sí lo de después, te oyó hablar conmigo por teléfono acerca de que no podías cuidarla como tu mujer porque no lo era.

—¿Eso dijiste? —pregunta mi prima cabreada.

—Está sacado de contexto, le dije a Dom que odiaba la idea de no poder cuidarla como mi mujer porque no es mi mujer, al menos, de forma oficial.

—Entonces, ¿es tu mujer? —insiste Simona, y por primera vez me permito admitir que lo que siento por Hannah no es cariño, sino amor.

—Sí, Hannah es mi mujer.

Simona y Dom sonríen y chocan las copas con la mía.

—¿A qué se refería con eso de que le falta algo que quiere? —pregunta Dom.

—Supongo que al hecho de que ella no puede tener hijos y a mí me encantaría tener una gran familia.

—¿Y eso es un problema? —interviene Simona.

No lo dudo ni un instante y niego con la cabeza.

—No, es solo que habrá que formar una familia de forma diferente a la tradicional, pero no me importa. Nada lo hace mientras esté conmigo.

Siento algo en mi interior que podría decir que es paz, felicidad y una sensación de estar en el camino correcto al resto de mi vida.

—Hay algo más —suelta Dom—. También dijo que se iría en breve de San Francisco.

Casi escupo el trago que estaba dando.

—¿Cómo que se va? ¿Cuándo?

Me pongo en pie, dispuesto a ir a buscarla, y Dom romper a reír. Como sea mentira, le parto la cara por mucho que su madre venga después a morderme el culo.

—Tranquilo, lo investigué en cuanto salí del ascensor. Le han ofrecido un puesto en una clínica, pero la idea es que se incorpore en un mes más o menos.

Me siento de nuevo, tranquilo, porque eso no va a pasar. Pienso ir mañana a aclararle lo que escuchó, que estoy enamorado de ella y que, por supuesto, no me importa que no podamos tener hijos biológicos. Simplemente necesito verla sonreír a mi lado el resto de mi vida, todo lo demás no es tan importante.

∞∞∞

La mañana llega demasiado pronto y la resaca que tengo hace que odie a Dom y a Simona. Me ducho y me preparo para ir a casa de Hannah, no le voy a mandar ningún mensaje, sé que estará allí porque el médico le dijo que necesitaba reposar y Emma también.

Me visto y cojo la moto. Cuando llego, paso por el puesto de *pretzels* en el que nos encontramos una vez y les compro a ambas uno, también pido unos bizcochos en una pastelería y me animo con unos batidos de chocolate. Apenas puedo con todo en las manos.

Cuando toco el timbre, no me abre nadie. Insisto, pero no hay respuesta. Un chico abre la puerta del portal para salir y me la sostiene hasta que entro. Subo y golpeo la puerta de Hannah sin obtener respuesta. Una mujer mayor sale del apartamento de enfrente al cabo de unos minutos.

—No está —dice, llamando mi atención.

—¿Cómo?

—Hannah se ha ido, anoche recogió sus cosas y salió como si le debiera dinero a alguien. Iba con una joven que no debía tener más de dieciséis.

Se me para el corazón. Esto no tiene sentido.

—¿Sabes dónde está?

—No.

Le tiendo a la mujer todo lo que llevo en las manos y saco mi móvil mientras bajo las escaleras como alma que lleva el diablo. Marco a Hannah y descuelga al cabo de casi diez tonos.

—¿Dónde estás? —pregunto sin siquiera decir hola—. Y no me mientas. Estoy en tu apartamento.

Escucho un suspiro y, entonces, responde:

—Nilo, lo nuestro no tiene futuro. Yo no te quiero y tú a mí tampoco. Es mejor alejarnos y recordar que fue divertido. Derivaré tu caso a una conocida y te podrá ayudar a que completes tu terapia. Pero entre nosotros ya no habrá nada más. Gracias por los días bonitos y espero que tengas una vida feliz con una enorme familia.

Dicho esto, cuelga sin dejarme responder, y cuando marco de nuevo me aparece como número apagado. Joder.

Me apoyo en la pared y trato de respirar, pero lo único en lo que puedo pensar es en que ha dicho que no me quiere, mierda, ¿es así como se siente cuando te rompen el corazón?

Capítulo 51

Hannah

Han pasado tres días desde que huimos de noche de mi apartamento. Le dije a Emma que era lo mejor para evitar que el padre del bebé nos encontrara. Omití el hecho de que es el progenitor de un muy buen amigo mío porque no necesito que entre en pánico. Ahora tiene que descansar y reponerse de lo que esa bestia trató de hacerle.

—¿Llegarás para comer? —pregunta Emma desde el sofá con un libro en la mano.

—No, coge algo de lo que hay en la nevera preparado y yo comeré de camino. Esta noche toca película y palomitas, así que elige qué quieres ver.

Nos alojamos en mi antigua casa, donde viví con Salvatore. Nunca llegué a venderla, no pude. Solo puse algunas sábanas sobre los muebles. Al volver a entrar y quitarlas, fue como si el tiempo se hubiera detenido. No duermo en la habitación principal, ambas nos alojamos en dos de invitados que decoré en su momento pensando en que nuestras madres querrían pasar tiempo en casa cuando tuviéramos hijos. En el dormitorio principal todavía están todas sus cosas. Su ropa. Hasta el pijama que usó la última noche que pasamos juntos.

Me despido y salgo camino hacia un trabajo. Una amiga me llamó hace una semana porque necesitaba que atendiera una consulta que ella no podría, ya que acababa de dar a luz. Es en la otra punta de

donde estamos y voy a estar varias horas en el bus, pero se lo prometí y, además, el dinero nos viene bien. Trataré de conseguir el máximo posible antes de que nos mudemos definitivamente a Montreal.

La casa está en una de esas calles que parecen de película de miedo. Césped perfectamente cortado, banderas en los porches, coches familiares aparcados en batería. Un barrio bueno. De los que huelen a galletas los domingos y a silencios bien barridos bajo la alfombra. Espeluznante.

Me abre la madre. Sonríe demasiado, como si sonreír fuera una forma de demostrar lo perfecta que es su vida. El padre aparece detrás, asintiendo en silencio. Me explican que van a la iglesia. Que rezarán por nosotras. Siempre por nosotras. Yo asiento, agradecida y cauta, y los veo salir con esa prisa contenida de quien cree estar haciendo lo correcto.

La chica me espera en su habitación.

Y la habitación… es un museo.

Ositos alineados en una estantería, diplomas de *ballet* enmarcados con mimo, un mural enorme de bailarinas en puntas, tutús blancos, rosas, lilas. Todo congelado en una edad que no le pertenece. Diez años. Quizá menos.

Ella está sentada en la cama, con las manos entrelazadas sobre las rodillas. Tiene veintisiete años, pero su postura es la de alguien que aprendió pronto a no ocupar espacio.

—Gracias por venir —me dice—. Sé que no tenías por qué.

—Quería hacerlo —respondo con sinceridad.

Me siento frente a ella, en una silla pequeña que cruje bajo mi peso adulto. La observo con atención clínica, sí, pero también con

una curiosidad más humana. No hay nada extraño en su mirada. No hay desconexión ni miedo ni caos. Sus ojos están despiertos. Vivos.

Hablamos de cosas pequeñas al principio. De la universidad. De cómo conoció a su amiga. De lo difícil que fue volver a casa después de graduarse. Yo la dejo llevar el ritmo. La escucho respirar entre frases.

—Mi terapeuta te contó lo de… la voz, ¿verdad? —pregunta de pronto.

Asiento.

—No es como ellos creen —añade enseguida—. No es que esté loca. Ni que crea que mi hermana sigue aquí. Ya no.

No la interrumpo.

—Es más bien… una parte de mí. Una que no aprendió a tener miedo. Cuando pasa algo malo, cuando alguien me grita o me empuja en el metro, yo pienso «tranquila», y esa voz dice «rómpele la cara». —Sonríe de lado—. Nunca me dice nada contra mí. Nunca. Es más… protectora. Grosera, pero protectora.

Anoto mentalmente. Mecanismo disociativo leve. Respuesta adaptativa al trauma. Nada peligroso. Nada que no se pueda integrar.

—¿Te asusta? —pregunto.

—No —responde sin dudar—. A veces me hace reír.

Me relajo un poco. El aire cambia.

Miro alrededor y señalo el mural.

—¿*Ballet*?

Su gesto se apaga. No del todo, pero lo suficiente como para notarlo.

—Eso creen ellos —dice—. Siempre fue cosa de mis padres. Y de… —Se detiene—. De ella.

No hace falta que diga el nombre. La ausencia tiene peso propio.

—¿Y a ti? —pregunto con suavidad—. ¿Qué te gusta a ti?

Tarda unos segundos en responder. Como si fuera una pregunta nueva.

—El boxeo.

La palabra cae entre nosotras con un golpe seco. Sincero.

—¿El boxeo? —repito, no por sorpresa, sino para darle espacio.

Asiente. Sus hombros se enderezan por primera vez.

—Mi abuelo fue boxeador. De los de antes. Nada glamuroso. Me llevaba al gimnasio cuando era niña. El olor a cuero, a sudor… —Cierra los ojos un instante—. Allí la voz se calla. O se pone de mi parte. No sé. Me siento completa.

—¿Quieres ser profesional? —pregunto.

Niega con la cabeza.

—No. Ya no. No puedo serlo a mi edad. Pero me encantaría trabajar en un gimnasio. Con mujeres. Con niñas. Ayudarlas a llegar donde yo no llegué.

Recuerdo, entonces, lo que me dijo mi amiga. Que la chica quería ir a Nueva York a estudiar *ballet*. Que los padres estaban orgullosos. Que todo parecía encajar demasiado bien.

—¿Nueva York, entonces, es para complacer a tus padres? —pregunto, midiendo cada sílaba.

Sus labios tiemblan. Luego sonríe. Una sonrisa cómplice.

—Eso les he dicho. —Baja la voz—. Pero no voy a hacer *ballet*. Me voy con mi amiga. Su abuelo entrena allí. Es… es mi oportunidad.

No hay culpa en su tono. Hay determinación.

La miro largo rato. Pienso en esa habitación detenida en el tiempo. En unos padres que rezan para que su hija sea la versión que necesitan. En una voz interior que pide puños en alto, no rendición.

Me inclino hacia ella.

—Escúchame bien —le digo—. No estás rota. No estás enferma por querer algo distinto. Has sobrevivido a una pérdida que habría partido a cualquiera.

Traga saliva.

—Los sueños deben cumplirse —continúo—. Y no se negocian con el miedo de otros. Si tu lugar está en Nueva York, aunque no sea el que ellos imaginan, ve. Vive. Entrena. Ayuda a otras chicas. Haz ruido. O golpes. Lo que prefieras.

Sus ojos se llenan de lágrimas, pero no cae ninguna.

—No importa lo que te digan tus padres —añado—. Importa lo que tú hagas con la vida que te quedó. Y no le debes esa vida a nadie más que a ti.

Se levanta y me abraza con fuerza. Un abrazo adulto. Decidido.

Cuando salgo de la casa, el barrio sigue siendo perfecto. Pero algo ha cambiado. Al menos para ella.

Y eso, a veces, es suficiente.

Para cuando llego a casa, noto algo extraño en cuanto cruzo la puerta. Es una sensación que me dice que algo no está bien.

—¿Emma? —llamo en voz alta, y no hay respuesta.

Subo al piso de arriba y, al entrar en la habitación, veo la luz del baño encendida, cuando me acerco, veo a Emma en el suelo retorcida de dolor.

—Creo que ya viene —llora, y yo no pierdo el tiempo. Cojo el móvil de mi bolsillo y llamo a emergencias, por el charco de líquido amniótico verde que veo en el suelo, el bebé va a nacer hoy; la pregunta es si lo hará bien y si ambos saldrán vivos de esto.

Capítulo 52

Nilo

Oficialmente se me está yendo la puta cabeza. Llevo dos días vigilando a Hannah desde que la encontré. A Simona no le costó mucho dar con donde podría estar, y desde entonces estoy apostado en una furgoneta enfrente, observando todo.

Hoy Hannah ha salido temprano de la casa y la he seguido hasta un barrio residencial en a tomar por culo de donde vive. No sé qué hace aquí, espero que no sea donde se ve con otro hombre porque entonces acabaría arrestado.

Al poco de entrar en una casa, sale una pareja que debe tener casi la edad de mis padres. Esto es raro. Saco el teléfono y llamo a Simona.

—Necesito que me busques información sobre quién vive en la dirección que te estoy mandando ahora mismo —le ordeno.

—Buenos días a ti también, estoy genial, gracias por preguntar…

—Corta la mierda.

Mi tono deja claro que no tengo ganas de juegos.

—Si llego a saber que enamorado eras tan gilipollas, no te hubiera dejado estarlo —refunfuña.

Al cabo de un minuto, me dice que son un matrimonio con una hija de veintitantos. Tenían otra que murió siendo pequeña. Nada raro en su pasado. Nos han ayudado en algunas ocasiones. No preguntó a qué se refiere porque no me importa.

—La chica está en terapia desde hace años con una psicóloga de la misma promoción que Hannah. —Y, entonces, todo encaja: es una visita profesional.

—Bien, gracias.

Le cuelgo antes de que me pregunte nada más, no quiero dar explicaciones. Podría presentarme en la puerta de la casa de Hannah, la misma que sé que compartió con Salvatore, pero no quiero hacer eso porque hay algo que se me escapa.

Ella huyó de su apartamento. Tiene miedo de algo y, por algún motivo, no confía en mí para que la proteja.

—¡Joder! —grito, golpeando el volante con una frustración que me revienta el cerebro.

Me quedo ahí, pensando en qué demonios ha pasado. No entiendo nada. Por más vueltas que le doy no tiene sentido. Estaba más distante, sí, pero el momento en su oficina en el que compartimos el *kinstugi* fue especial para ambos. ¿Será por los padres de esa chica?

Lo descarto porque mandé a Dom a investigar y no son nadie. Unos pobres idiotas paranoicos y fanáticos que les da igual haber perdido a una hija. Les han dicho a los de su iglesia que se ha ido de misiones a África, ¿quién demonios hace eso hoy en día? Ya solo con las redes sociales van a saber que es mentira. En fin, que les jodan. Ya recibieron su merecido por la bofetada a Hannah; el padre ha perdido el trabajo y no pinta de que vaya a encontrar uno pronto.

El móvil suena y veo que es Dom, descuelgo sin mucha gana, prefiero estar solo en estos momentos.

—¿Dónde andas? —pregunta, y resoplo.

—En un barrio que da miedo de lo perfecto que es.

—¿Y se puede saber qué haces ahí?

—Hannah.

Mi respuesta es suficiente. Desde que vi que se había marchado, no hay nada más en mi mente que ella.

—He descubierto algo que puede que te interese.

—No lo creo.

—Es sobre Hannah. —Me incorporo del asiento y presto atención —. He interrogado a Matteo, su amigo, para ver si sabía algo sobre dónde estaba.

—Claro que lo sabrá, que no haya venido no significa que…

—No lo sabe —me corta, y eso me confunde—. Tuve el presentimiento de que era así cuando me enteré de que había preguntado por las consultas de Hannah en el camión.

—¿Por qué no lo sabe?

—Pues ahí está lo interesante. Decidí hacerle una visita, ya sabes lo proactivo que soy, y él cree que Hannah podría haber descubierto que la noche que murió su marido, Salvatore, era él quien debería haber estado allí.

—Explícate.

—Básicamente que Salvatore le hizo el turno y murió. Matteo nunca se lo dijo a Hannah, pero él cree que podría haberlo descubierto, ya que no le coge las llamadas ni le contesta mensajes desde que la dejó en casa la noche que salió del hospital.

—¿Y lo crees?

—Tiene un par de costillas rotas, creo que fue sincero.

—Todo esto no tiene sentido. Matteo es su amigo, no ha habido manera de que ella se enterara de esa mierda y por eso se largara en medio de la noche.

—Eso pensamos Simona y yo.

Cuelgo con más preguntas de las que tenía antes de esa llamada y sin ninguna forma de responderlas.

Veo a Hannah salir de la casa y la sigo hasta que coge el autobús, tal y como he hecho antes, y me coloco detrás del mismo para hacer la ruta y asegurarme de que llega bien a casa.

Mi padre me llama en el trayecto y agradezco algo de distracción.

—Hola, hijo —saludan mi madre y mi padre a la vez.

—Hola, ¿qué haceis que se os oye tan animados? —pregunto curioso.

—Tu madre lleva varios días queriendo preguntar algo y le pedí que esperara, pero, por lo visto, no puede —comenta mi padre, y frunzo el ceño.

—¿Quién es la mujer para la que Simona pidió protección? —suelta mi madre, y me quedo confundido un momento.

—No sé a qué te refieres.

—Oh, hijo, tu tío Gio dijo que Simona había ordenado empezar una vigilancia a una mujer de Greybridge y estaba enfadado por ello, pero no quiso decirnos quién —se queja mamá.

No lo sabía, supongo que lo hizo después de que confesara que estaba enamorado de Hannah y que no llegó a contármelo porque al día siguiente fue cuando tuvo el golpe en la cabeza y después desapareció.

Decido sincerarme y ponerlos al día de todo. Amo a mis padres y no tengo secretos con ellos. Les hablo de la mentira de Cynthia, mi padre deja entrever que estaba al tanto y de que se alegra cómo manejé todo. También les cuento cómo fue Hannah la que me ayudó a descubrirlo y que, poco a poco, nos hemos ido conociendo. Me

atrevo a hablarles de que he hecho terapia con ella, aunque no les cuento el motivo; eso es algo que solo les haría daño y no es importante.

—¿Y te ha ayudado a superar lo que te pasaba? —pregunta mi madre esperanzada mientras yo sigo conduciendo detrás del autobús.

—Sí, aún tengo mucho camino que recorrer, pero ahora sé que puedo curarme por completo.

Y es así. Aún me duele mentir, pero ya he logrado controlar el dolor hasta cierto grado y las cosas pequeñas ya no me hacen sentir una punzada en mi sien.

Mamá llora, lo noto en su voz, está feliz de que haya podido dar con alguien que me ayude. Ella no sabe los motivos, pero es mi madre y siempre ha tenido claro que algo me pasaba.

Les hablo de la joven embarazada a la que Hannah ha estado ayudando y también del accidente que tuvieron. Por lo que dijo la chica, casi las atropellan y por eso se cayeron al suelo y Hannah se golpeó la cabeza.

Mientras seguimos hablando de la mujer de mi vida, la veo caminar hasta la que fue su casa junto a su marido. No me gusta que ella haya vuelto ahí, a refugiarse en el recuerdo de quien la tuvo antes que yo, sin embargo, de momento, no voy a intervenir. En cuanto veo que entra en la casa, me doy media vuelta y me dirijo hacia mi oficina.

—¿Por qué no le dices nada si estás enamorado? —pregunta mi madre, que ya estará planeando la boda.

—Hay algo que se me escapa, y no sé qué es, tengo que averiguarlo antes de ir a por ella —trato de aclararle.

—Hijo, pide ayuda a tu tío Gio, seguro que él puede hacer algo —me sugiere mi padre.

—No he querido decir nada porque no quiero que la gente empiece a saber de ella, antes necesito averiguar de qué tengo que protegerla.

—Pero tu tío está al tanto de quién es, también sabe de la chica embarazada —me asegura papá.

—¿A qué te refieres?

—Cuando hablé con él, me contó que Giancarlo había estado investigando a Hannah, supuestamente para ganarse su favor, y que había encontrado información de la chica embarazada de un adolescente que no se ha querido hacer cargo.

Recuerdo que Hannah me contó que el padre era un hombre casado y mayor, estoy seguro.

—Tengo que dejaros —les suelto—. Os quiero, pasadlo bien y cuando volváis hacemos cena todos.

Cuelgo después de prometerle a mamá que le mandaré alguna foto de Hannah y la mantendré al tanto de lo que pasa con ella.

Marco a Dom y a Simona, los pongo en llamada a tres.

—¿Qué pasa? —pregunta mi prima.

—Creo que ya sé de quién se esconde Hannah, aunque no sé el motivo.

—Cuenta con nosotros —asegura Dom—, ¿qué necesitas?

—Que me ayudéis a encontrarlo para matarlo y poder ir a buscar a mi mujer hoy mismo.

Capítulo 53

Nilo

Aparco frente al almacén que usamos en el centro de San Francisco para reuniones en las que necesitamos no ser vistos.

Cuando entro, veo que Dom está apoyado en una columna, brazos cruzados, expresión neutra y Simona revisa algo en el móvil, pero levanta la vista en cuanto me ve entrar y lo guarda.

No me da tiempo a decir nada. La puerta vuelve a chirriar y entran dos hombres de la Camorra empujando a Matteo. No va esposado, pero no hace falta. Su cara es un poema de desconcierto y enfado contenido.

—¿Qué cojones pasa? —pregunta y, cuando me ve, se tensa—. ¿Por qué estoy aquí?

Cierro la distancia entre nosotros despacio. No levanto la voz. No hace falta.

—Porque necesito que me cuentes algo —le digo—. Y necesito que lo hagas bien.

Matteo frunce el ceño. Nos mira a todos, buscando una broma que no existe.

—¿Sobre qué?

—Sobre la noche en que murió tu amigo Salvatore.

Matteo se tensa. Sus hombros se hunden apenas un centímetro, pero lo noto. Siempre lo noto.

—Ya te lo he contado —murmura, mirando a Dom.

—No a mí —respondo—. Y no así.

Hago un gesto y los hombres lo sueltan. Matteo no intenta huir. No le serviría de nada. Se pasa una mano por la cara y suspira.

—Tenía que supervisar un encargo en el barrio de al lado de donde vivía Salvatore, en Wittmore —empieza—, es un barrio tranquilo, ya sabes. Familias, casas iguales, niños en bici.

—Pero no fuiste —le digo.

Niega con la cabeza.

—No. Salvatore fue en mi lugar.

Simona deja el móvil sobre una caja. Dom se endereza un poco más.

—¿Por qué? —pregunto.

Matteo aprieta los labios.

—Porque yo había quedado con una chica.

Silencio.

—Ni siquiera recuerdo su nombre —añade con voz rota—. Y, por eso, él murió.

No lo interrumpo. Dejo que se desangre en palabras.

—El trato salió mal. Nadie sabe cómo. Disparos. Confusión. Cuando llegamos, Salvatore ya estaba muerto.

Me clava los ojos.

—He vivido con eso desde entonces, señor. Cada puto día.

Asiento despacio.

—Por eso cuidas de Hannah.

No es una pregunta.

—Sí —responde sin dudar—. No por deseo. No por nada de eso. Es… —Traga saliva—. Es como una hermana pequeña. Lo mínimo que puedo hacer por él.

Dom resopla por lo bajo. Simona no parpadea.

—¿Conoce Hannah a Giancarlo? —le pregunto.

Matteo se sorprende.

—¿A mi padre? —Niega—. No. Mis padres nunca han querido que me mezcle con Hannah. Dicen que es una viuda, que no puede tener hijos…, que trae mala suerte.

Escupe la última frase como si le diera asco.

—Menudos gilipollas —suelta Simona, y todos asentimos de acuerdo.

—No me avergüenzo de ella —añade—. Pero sabía que, si los juntaba, le harían daño.

—¿Estás de acuerdo con ellos?

—No —responde enseguida—. Pero son mis padres. Y ya sabes cómo es eso.

Lo sé demasiado bien.

Me acerco un paso más.

—Entonces, dime algo, Matteo, ¿por qué Hannah tendría miedo de Giancarlo?

Su ceño se frunce de nuevo.

—¿Miedo?

—La vi en el hospital —digo—. Te vio hablando con él. Se dio la vuelta y se fue. Tenía la cara de alguien que huye.

Matteo se queda quieto. Demasiado.

—Eso no fue por mí —admite al cabo de un momento—. Yo jamás le haría daño.

—Lo sé. ¿Hay algún secreto que debamos conocer de tu padre?

Niega con la cabeza. Hasta donde sé, Giancarlo nos es leal a la Camorra y a mi familia.

—Mi padre… —duda—. Siempre ha tenido escarceos. Mi madre lo sabe. Mientras de cara a la sociedad todo esté limpio, ella mira a otro lado. Pero nada más allá de eso.

—¿Algún nombre? —pregunta Dom.

Matteo duda otra vez.

—Creo que su última amante se llama Emma.

El aire cambia. No sabría explicar cómo, pero lo hace.

—¿Emma? —repito.

Asiente.

Nos miramos los tres. Las piezas empiezan a encajar con un clic desagradable.

—La adolescente que vive con Hannah —dice Simona en voz baja.

Matteo palidece.

—No… —susurra—. Eso no…

—Está embarazada —añado.

El silencio ahora sí pesa toneladas. Matteo asimila lo que estamos diciendo, aunque me importa una mierda.

—Dios mío…

—Ese niño —continúo— es tu hermano.

Se lleva las manos a la cabeza.

—Mi padre jamás consentiría tener un bastardo —asegura.

—Joder —murmura Simona, y la miro—. Investigué el accidente de Hannah, todos hablaron de un hombre que se fue de allí, pero asumí que no quería líos. Ahora creo que podría haber sido Giancarlo y que lo que les pasó a Emma y a Hannah no fue un accidente.

—¿A qué te refieres? —pregunto sin entender lo que dice.

—Joder —repite Dom—. ¿Crees que Giancarlo trató de deshacerse del bebé?

Miro a Matteo buscando una respuesta, y lo pálida que está su cara ahora mismo me dice que su padre podría ser capaz de eso.

Gruño y saco mi arma.

—Bien, Matteo, creo que hoy tu madre se va a quedar viuda.

Capítulo 54

Hannah

El interior de la ambulancia huele a hospital. Estoy sentada junto a Emma, tratando de que mi culo sobreviva a los baches de la carretera.

—Mírame —le digo—. Estoy aquí.

Me mira. Tiene los ojos enormes, brillantes, llenos de un pánico que no debería conocer nadie tan joven. Aprieta mi mano con una fuerza desesperada.

—No me dejes —susurra.

—No lo haré.

Uno de los sanitarios habla rápido, usando palabras que conozco demasiado bien. Meconio. Riesgo. Frecuencia cardíaca. Yo asiento como si no tuviera el corazón golpeándome la garganta. Como si no fuera consciente de que el tiempo se está doblando sobre sí mismo.

—¿Avisamos al padre? —me preguntan.

—No es necesario, ya estoy yo.

El sonido de la sirena es constante, casi hipnótico. San Francisco queda lejos cuando cada segundo pesa como una losa. Emma grita de repente, un grito que me atraviesa y me obliga a inclinarme sobre ella.

—Respira conmigo —le digo, agarrando su mano más fuerte para que sepa que estoy aquí—. Ahora. Eso es. Bien.

Su cuerpo se arquea. El paramédico levanta la sábana y se tensa.

—Está viniendo —murmura—. Aquí mismo.

No estaba preparada para eso. Nadie lo está, supongo, pero la idea de que su parto ocurra en una ambulancia, con luces parpadeando y el mundo corriendo fuera, me da ganas de vomitar.

—Emma, escúchame —le digo, sujetándole la cara—. Empuja cuando te lo digan. No antes. Confía en mí.

El paramédico pide al conductor que se detenga para poder llevar a cabo el parto.

Todo ocurre muy rápido y muy despacio al mismo tiempo. Manos expertas moviéndose entre las piernas de la que apenas ha dejado de ser niña y ya va a traer uno al mundo. Yo no aparto la mirada de Emma, tratando de infundirle valor. Su cara está desencajada de dolor.

—Una más —le pido, repitiendo las palabras del sanitario—. Solo un empujón más. Puedes hacerlo.

Grita. Empuja. Y, entonces, el llanto no llega.

El silencio pesa más que cualquier ruido. Veo al bebé, apenas un destello morado, inmóvil. Mi estómago se cae al suelo.

—Vamos, pequeño… —murmuro sin darme cuenta.

Aspiran. Estimulan. Un segundo eterno. Dos. Tres.

Y, entonces, un sonido. Débil. Luego más fuerte. Un llanto que rompe algo dentro de mí.

Me lo ponen en brazos sin ceremonia, como si supieran que conmigo estará a salvo.

—Está bien —le digo a Emma, inclinándome hacia ella—. Tu bebé está bien.

No me responde. El paramédico le grita al conductor que corra.

—Emma —la llamo.

No abre los ojos.

Todo se acelera. Me apartan. Alguien empieza a contar en voz alta. Veo manos presionando su pecho. Oigo palabras que no quiero entender.

—No. —Lloro—. No, no, no.

Me pego a la pared de la ambulancia mientras el mundo se vuelve estrecho. El bebé solloza en mis brazos. Solo esto me mantiene de pie.

—Vamos, Emma —susurro—. Quédate. Por favor.

El hospital aparece de pronto, como si hubiera saltado de la nada. Las puertas se abren. Ella sigue inconsciente, conectada a máquinas, rodeada de urgencia.

—Pulso —dice alguien de pronto.

Me tiemblan las piernas. Tengo que apoyarme en una pared para no caer.

Alguien se lleva al bebé para revisarlo. Yo permanezco en la puerta del quirófano en el que está Emma. Mis manos y mi ropa están manchadas de sangre que debía traer vida, no llevársela.

Paso ahí lo que me parecen horas, pero sé que son minutos. Rezo porque esto no puede acabar así, Emma tiene que vivir, su bebé la necesita.

Al cabo de un rato, una mujer con un gorro de cirujana sale y en sus ojos veo la verdad antes de que la diga.

—Está estable, ha salido adelante.

Siento un mareo que casi me hace perder el conocimiento, por suerte, no lo hago y puedo ver cómo la sacan del quirófano medio despierta. Me pongo a su altura y le cojo la mano, caminando a su lado hacia una habitación.

—Tu bebé está bien, está a salvo —le confirmo, y la sonrisa débil que me da hace que todo parezca mejor.

La instalan en una habitación y los médicos me explican el procedimiento a seguir. Ahora mismo hay que dejarla descansar, y cuando nos quedamos solas decido que es un buen momento para averiguar dónde está el bebé. Al haber nacido en la ambulancia, imagino que han tenido que someterlo a algunas pruebas. Eso y el hecho de que no respiraba al nacer.

Solo de pensarlo siento náuseas.

Salgo de la habitación y me dirijo al puesto de recepción que hay en la planta. Ahí, una mujer al teléfono me levanta un dedo para que espere un momento. Comenta algo, después cuelga y me sonríe para atenderme.

—Perdone —digo—. El bebé que nació en la ambulancia… Se lo llevaron para revisarlo, pero no he sabido nada más.

La mujer asiente, amable, automática.

—Un momento, por favor. Voy a ver qué puedo averiguar, supongo que estarán examinándolo. Ha debido de ser toda una experiencia.

Asiento porque decir que ha sido aterrador ahora mismo no me apetece.

La observo marcar un número. Apoyo las manos en el mostrador y espero.

—Sí, soy recepción de maternidad… —dice—. El recién nacido de la ambulancia, sí…

Su silencio se alarga más de lo normal. Mi estómago se contrae. Espero que esté bien. Emma ni siquiera se había decidido por un nombre aún.

—¿Cómo que no figura? —pregunta, ahora más tensa—. ¿Estás segura?

La veo ponerse rígida. Muy recta. Demasiado.

—Un momento, por favor —me dice, tapando el auricular con la mano.

Su cara ha perdido todo el color.

—¿Qué pasa? —inquiero—. ¿Dónde está el bebé?

Ella traga saliva.

—No… no lo encuentran ahora mismo.

El mundo se inclina.

—¿Cómo que no lo encuentran? —repito—. ¿Qué significa eso?

No me contesta. Pulsa un botón bajo el mostrador. Su voz cambia cuando habla, se vuelve profesional, urgente.

—Tenemos una incidencia —dice—. Código bebé. Repito, código bebé.

El sonido de una alarma suave pero insistente empieza a extenderse por la planta. Puertas que se cierran. Gente que se mueve más deprisa. Un murmullo que crece.

No puedo respirar.

—No, no, no… —murmuro—. Esto no puede estar pasando.

Me llevo la mano al pecho.

—¿Qué hago? —le pregunto a la mujer con la voz temblándome —. Dígame qué hago.

—Por favor, vuelva a la habitación —me dice—. El personal está actuando.

Asiento, pero no me muevo. Solo hay una persona que puede ayudarme. Una persona que entiende cómo funciona este mundo cuando se vuelve oscuro y peligroso.

Saco el móvil con manos torpes. Marco su número sin pensarlo dos veces.

Contesta al segundo.

—Hannah.

—Nilo… —Mi voz se quiebra—. Se han llevado al bebé. No lo encuentran. Han dado la alarma. No sé qué hacer.

Hay un silencio al otro lado. Uno breve. Contenido.

—Escúchame —dice—. No cuelgues. Voy para allá.

Y en medio del caos, de las luces y las puertas cerrándose, me agarro a su voz como si fuera lo único sólido que queda en mi vida.

Capítulo 55

Nilo

La desesperación en la voz de Hannah hace que me ponga en marcha inmediatamente. Me dice el hospital en el que se encuentra y no dejo de hablarle, no quiero que cuelgue.

Dom, Simona y Matteo me siguen. Hannah me cuenta que Emma ha dado a luz en la ambulancia, que iban a examinar al bebé y que ya no lo ha vuelto a ver.

Matteo conduce como si su vida dependiera de ello, y agradezco que sea así, necesito llegar hasta Hannah lo antes posible. Me bajo en cuanto llegamos al hospital y entro buscándola. Subo al ala de maternidad y, cuando me ve, su cara dice que me necesita. Cuelga y camina hacia mí, hasta que de pronto se detiene, se asusta y corre. Miro por detrás de mí y veo a Matteo.

—Mierda, creo que tiene una idea equivocada de lo que sucede —gruño—. Quedaos aquí —les ordeno a Simona y a Matteo.

Dom está aparcando y no ha subido en el ascensor con nosotros.

Echo a correr por el pasillo y persigo a Hannah, logro alcanzarla cuando se mete en donde están las escaleras de incendios, ya que ha optado por subir y no ha aguantado el ritmo ni dos pisos.

—Respira —le pido, viendo cómo se está ahogando delante de mí.

Está sentada en un escalón, su mano en el cuello y la otra aferrándose a la barandilla, como si la fuera a salvar de la muerte.

—Hannah, estás a salvo, te lo voy a contar todo, pero estás a salvo conmigo. Emma y tú —le aseguro, y su mirada me dice que

está pensándose si creerme o no.

La abrazo y acaricio su espalda para que se relaje y pueda recuperar la respiración; cuando lo hace, cojo su cara entre mis manos para que me mire a los ojos.

—¿Mejor?

Asiente en respuesta y la beso, solo un momento. Dios, necesitaba hacer esto.

—Se han llevado al bebé —comienza a sollozar, y se me parte el alma al escucharla.

—Lo vamos a recuperar, ¿de acuerdo?

Asiente y la ayudo a levantarse, bajamos las dos plantas y volvemos hacia donde estaban Simona y Matteo, ahora Dom se encuentra con ellos. Hannah se detiene.

—¿Qué ocurre? —le pregunto, y me mira con unos ojos que daría la vida por ver felices.

—No sé si me puedes ayudar, esto afecta a… Creo que el secuestrador es… No sé si…

—Hannah —la corto—, creo que sé todo lo que ha pasado, Matteo también, y no está de acuerdo con su padre.

Amplía los ojos al darse cuenta de que no soy ajeno a lo que está pasando, después me abraza y comienza a llorar, como si por fin compartir el peso del mundo hubiera abierto las compuertas de sus sentimientos.

La alzo en brazos y nos metemos en una sala que me indica Simona, que debe ser del personal y está libre. Me siento en un sofá con ella en mi regazo.

—Están buscando al bebé, no hay señales de que haya salido del hospital —asegura Simona.

—Si mi padre está involucrado, ese niño ya no está aquí —la corta cabreado.

—¿Cómo es posible que supiera que había nacido? —pregunta Dom.

—Mi padre ha estado escalando puestos junto con tu tío Gio. Uno de esos puestos nuevos era el de coordinar cualquier entrada de alguien de la Camorra para intervenir si es necesario.

—¿Cualquier entrada? —pregunta Hannah, solo mirándome a mí.

—Cuando hay heridos —comienzo a explicarle—, a veces no podemos saber a qué hospital los llevarán. Así que tenemos a algunas personas en todos los de la ciudad para que den el aviso y poder llegar los primeros.

—Mi padre debió de meter a Emma en la base para ser monitoreada si llegaba a alguno.

—Les di el nombre a los de la ambulancia —murmura triste Hannah.

—No es tu culpa —trato de consolarla.

Marco el número de mi tío Gio sin mirar la pantalla.

—Hola —saluda al descolgar.

—Giancarlo ha secuestrado a un recién nacido —le suelto sin preámbulos—. Es su hijo. Y quiere hacerlo desaparecer. Necesito encontrarlo.

Hay un silencio breve. Luego, la eficacia de siempre.

Minutos después tengo una localización clavada en el mapa y una certeza: no podemos llegar tarde.

—Organízalo —le pido a Simona, y todos salen de la sala.

Me van a esperar abajo, pero necesitaba unos minutos con Hannah.

—Lo vamos a traer de vuelta —le prometo.

—¿Y si le hace daño? Casi lo logra hace unos días…

—Lo sé, deberías habérmelo contado.

—Lo siento, vi que era amigo de tu tío y el padre de Matteo, me asusté.

La beso y trato de transmitirle todo el amor que siento por ella.

—Hannah, mírame —le ordeno, y ella lo hace—, estoy jodida y completamente enamorado de ti.

Se lo he soltado así porque no puedo aguantar más las dudas que tengo en mi cabeza.

—¿Me amas? ¿Por qué? Estoy rota y…

—Solo necesito que me digas si tú me quieres —la corto.

—Pero…

—Hannah. Da igual todo lo demás, ¿me quieres o no?

Me mira un segundo antes de contestar.

—Sí, Nilo, estoy jodida y completamente enamorada de ti —contesta, repitiendo mis palabras, y la beso sonriendo porque ahora mismo soy el hombre más feliz del mundo.

Se levanta de mi regazo y salimos de ahí de la mano. Ojalá no tuviera que irme ahora mismo porque me encantaría buscar una habitación vacía y demostrarle cuánto la amo.

—Regresa a mí —me pide en un susurro antes de que las puertas del ascensor se cierren.

Vamos en dos coches. Dom conduce el primero; Simona va a su lado. En el mío va Matteo con dos soldados. Ninguno de nosotros habla.

—Es mi hermano —dice al fin, casi sin voz.

Asiento.

—Y mi responsabilidad —contesto para que sepa que ese bebé no está desprotegido.

El lugar es un almacén cerca del agua en el borde de la ciudad, junto al puente. Entramos con sigilo. Gio me ha dicho que ha saltado la alarma silenciosa al abrir la puerta con un código antiguo. Si algo debería saber Giancarlo sobre mi tío es que sabe cómo enterarse de todo mientras te hace pensar que tú eres su pozo de secretos.

Vamos en silencio, entonces, lo oigo. Un llanto pequeño. Demasiado pequeño para este mundo.

—Está dentro —susurra Simona por el comunicador.

Giancarlo está de espaldas, inclinado sobre una mesa improvisada. El bebé llora envuelto en una manta sucia. Me hierve la sangre.

—No debiste existir —dice Giancarlo con una calma que da asco —. Nadie tiene que saberlo.

Levanta la mano con un cuchillo en ella.

—¡Giancarlo! —grito.

Se gira. Me sonríe. La sonrisa de quien siempre se cree el dueño del mundo.

—Es tu hijo —dice Matteo a mi lado, y la voz se le rompe—. Es mi hermano.

Giancarlo se ríe, corto, seco.

—Es un error —responde—. Y los errores se corrigen.

Levanta el arma de nuevo y todo pasa muy rápido.

El disparo de Matteo suena en el aire. Giancarlo cae hacia atrás con la sorpresa congelada en la cara.

Matteo se queda inmóvil un segundo. Luego deja caer el arma y va hacia el bebé. Lo coge con cuidado, como si se fuese a romper. El

llanto se apaga casi al instante, parece que reconociera algo.

—Tranquilo —murmura—. Te tengo.

Me acerco despacio. Respiro por primera vez desde el hospital. Está vivo. Entero. A salvo.

Dom y los soldados aseguran el perímetro. Simona habla por el comunicador, eficiente, ya limpiando el desastre. Yo no puedo apartar la mirada de Matteo con el niño en brazos. Un hombre roto sosteniendo una vida nueva.

—No voy a esconderlo —dice Mateo sin mirarme—. Nunca.

—No tendrás que hacerlo —respondo—. No mientras yo esté aquí.

Regresamos al hospital, el niño está bien, pero no sé si debería ser atendido de forma especial. El pequeño ha llegado al mundo y en un día ha vivido más que muchos en cincuenta años.

Cuando llegamos, Hannah nos espera en la puerta, la he avisado de que todo estaba bien y, en cuanto ve al bebé en los brazos de Matteo, el alivio inunda su cara.

—Tienen que llevárselo para ver que todo está bien —dice una enfermera, y veo la duda de Hannah, más bien el miedo.

—No me separaré de él —promete Matteo, y Hannah asiente.

Los ve desaparecer tras una puerta y, entonces, se gira y corre hacia mis brazos.

—Muchas gracias —repite una y otra vez.

La aprieto contra mí hasta que noto que algo no va bien. Me despego un poco y el cuerpo de mi mujer casi cae a mis pies; si no llego a estar rápido, hubiera acabado en el suelo. La alzo en brazos, está pálida y no responde.

—Joder, ¡que alguien me ayude! —grito, aterrorizado de que algo pueda pasarle al amor de mi vida.

Capítulo 56

Hannah

Cuando abro los ojos, creo estar teniendo un *déjà vu*: estoy en una habitación de hospital y Nilo me coge la mano.

—Hola, preciosa —murmura sonriendo—. Menudo susto nos has dado.

—¿Nos? —pregunto, mirando alrededor y dándome cuenta de que no estamos solos.

Dom, Simona y Matteo se encuentran también en la habitación.

—Igual hay que pensar en alquilar una de estas para que salga más barato —se burla Dom, y le frunzo el ceño.

—¿Qué ha pasado? —pregunto incorporándome.

Tengo una vía puesta, pero conservo mi ropa, aunque sin zapatos.

—No lo sabemos aún —contesta Nilo—, te desmayaste en mis brazos.

—Eso es por tu colonia, mira que te he dicho que es demasiado fuerte —suelta Simona, y sonrío.

—Te han hecho unos análisis y estamos esperando resultados —continúa Nilo.

—¿Emma y el bebé están bien?

—Sí, ella está descansando y su precioso hijo está con ella, luego te llevo a verlos —me asegura Nilo, besándome.

Miro a Matteo y esquiva mis ojos, está apoyado en la pared, como si quisiera pasar desapercibido.

—¿Qué le habéis hecho? —inquiero, y cuando todos lo miramos, se da por aludido y levanta la vista del suelo.

—Yo… Eh... Lo siento —balbucea, y se dirige a la puerta.

—No lo dejes salir —le pido a Nilo, y se pone delante, dejando claro que de aquí no sale sin hablar conmigo—. Si es por lo de Emma, espero que no supieras nada.

—No, por supuesto que no sabía nada, es asqueroso lo que hizo mi padre.

Respiro aliviada.

—¿Qué va a pasar con él?

Todos me miran y entiendo que ya no hay un él de quien preocuparse. Así es esta vida que hemos elegido o en la que, como yo, hemos nacido.

—Deberías contarle todo, ahora que estás en modo confesión —suelta Dom, y miro a mi amigo con el ceño fruncido.

Ha sonado más a orden que a sugerencia.

—¿Matteo? —murmuro, esperando que me aclare eso.

Matteo toma una larga respiración y comienza a hablar.

—La noche en que murió Salvatore… No debió ser él, sino yo. Le pedí que fuera en mi lugar porque yo quería quedar con una chica y… Joder, es mi culpa que esté muerto.

Veo el remordimiento grabado en su cara y abro los brazos para que venga hasta mí y me abrace.

—Ni de puta coña —gruñe Nilo, y le doy una mirada que hace que farfulle algo, pero no dice nada cuando Matteo y yo nos abrazamos.

—Lo siento —susurra, y siento sus lágrimas caer sobre mí.

—Oye, no es tu culpa, no es mejor que muriera uno u otro, es una mierda que lo hiciera cualquiera de los dos —trato de consolarlo.

—¿No estás enfadada? —pregunta Simona, y niego con la cabeza.

—Ya lo sabía, lo supe desde el día en que me quedé viuda. Pregunté qué había pasado, Salvatore no tenía secretos y esa zona no era suya.

—¿Lo sabías? —insiste Matteo.

—Sí.

Me quedo pensativa y caigo en la cuenta de algo, si él pensaba que yo no lo sabía y se acercó por pena…

—¿Has mantenido las distancias porque realmente no somos amigos, sino porque te acercaste a mí por remordimiento?

—Ahí va, sin rodeos —suelta Dom divertido, y Simona y Nilo asienten, este último con un brillo de orgullo en sus ojos.

—Al principio, sí —reconoce Matteo—. Salvatore me hablaba mucho de ti y decía que eras una mujer estupenda. Te fui conociendo y me di cuenta de que te quería como amiga, te convertiste en alguien importante, aunque no podía con la culpa de saber que fui yo quien mató a Salvatore en cierta manera.

—No digas tonterías —lo corto—, él pudo haberte dicho que no, fue el destino. A veces, nuestra vida ya está escrita y solo podemos leer las palabras mientras atravesamos el camino.

Se oyen unos golpes en la puerta y el médico asoma. Nilo llega a mi lado y el resto le deja paso, pero sin salir.

—Tengo los resultados —anuncia el doctor, mirando a todos.

—Se pueden quedar, son familia —aseguro, y Nilo me besa la frente, agradecido por llamar a todos los de esta habitación de la misma manera.

Aunque aún tengo que conocer a Simona y a Dom, sé que son importantes para Nilo y ya, solo por eso, lo son para mí.

—Muy bien. Parece ser que tienes algo de anemia y eso hay que cuidarlo porque en tu estado podría traerte complicaciones.

—Espera, ¿a qué estado te refieres? —lo corto y pregunto.

—A tu embarazo.

Una punzada en mi pecho hace que casi rompa a llorar. Siempre he querido esto, pero sé que no es posible.

—Creo que hay un error —trato de explicarle, limpiándome las lágrimas que no puedo contener y tratando de que Nilo no mate al pobre hombre que no entiende nada—, yo no puedo tener hijos.

El médico me mira como si me hubieran salido tres cabezas y revisa los análisis.

—Si esto es una puta broma, va a morir alguien —gruñe Nilo.

El médico coge el teléfono de la habitación y pide que le traigan un ecógrafo portátil.

—Vamos a asegurarnos —dice, y quiero negarme porque va a ser duro, pero le dejo hacer para que Nilo se dé cuenta de que, por mucho que me ame, esta es mi realidad.

Me tumbo y subo mi jersey, el médico se pone a mi lado y me echa un gel frío. Nilo está a mi otro lado, sujetándome la mano. Pasa el cacharro del ecógrafo por mi tripa y presiona, hace varios movimientos y sonríe. Le da a un botón y el sonido llena la habitación.

—Ahí está, eso es el corazón latiendo —asegura, y aquello va como a tres mil revoluciones por minuto.

Comienzo a llorar, no puedo ni siquiera pensar, ¿estoy soñando? ¿Me voy a despertar sola en mi habitación?

—He visto los informes en los que dicen que ella no puede tener hijos —comenta Nilo, y lo miro entre lágrimas—. Quería saber si

había alguna manera de ayudarte.

—Pues deben estar equivocados porque te aseguro que aquí hay un bebé.

Todo esto no tiene sentido, estoy a punto de entrar en *shock*.

—Hijo de puta —murmura Matteo, y lo miro—. Salvatore me dijo que era estéril y que tú también, pero que le guardara el secreto porque si tú no podías ser madre, ¿de qué servía que se rieran de él por no poder tampoco?

Trato de serenarme, de organizar mis ideas.

—Entonces, ¿siempre pude tener hijos? —pregunto, y el médico asiente.

—No veo que tengas problema alguno para ello.

Miro a Nilo sin saber muy bien cuál será su reacción y lo veo sonreír con lágrimas en los ojos. Me abraza y disfruto del momento más maravilloso de mi vida, al menos hasta que le vea la carita a este bebé.

No sé en qué momento se han ido todos, pero cuando me separo, estamos Nilo y yo solos en la habitación.

—Vamos a ser padres —afirmo, como si decirlo en voz alta lo hiciera realidad.

—Eso parece.

—¿Estás contento? —pregunto por si he malinterpretado algo.

—Hannah, te amo, para mí eres más que suficiente para ser feliz el resto de mi vida. Esto —dice, tocando mi vientre— es solo la prueba de que somos un milagro, uno destinado a ocurrir a pesar de que no nos encontramos en el espacio y tiempo adecuado.

Me besa y siento, por primera vez en mi vida, que estoy donde tengo que estar. Y veo el oro brillar en las grietas de mi alma,

arreglando lo que pensaba que estaba roto.

—Te amo, Nilo.

—No tanto como yo a ti. Aunque tengo el resto de nuestra vida para demostrártelo.

Epílogo

Nilo

Es curioso lo despacio que pasa el tiempo cuando estás esperando a que todo el mundo se largue para poder disfrutar de tu recién estrenada mujer.

Nos encontramos en una carpa en la que todos nuestros amigos y familia están compartiendo el día de nuestra boda, una que debería haber sido hace meses, pero no, mamá y tía Serena no consintieron que nos casáramos en una semana como yo quería. La madre de Hannah se alió con ellas, así que poco pude hacer.

—Deja de poner esa cara de querer asesinar a alguien —se burla Dom a mi lado.

—Creo que ya es hora de que me dejéis estar con mi mujer. Está muy embarazada y no le conviene tanta fiesta.

Dom alza una ceja y menea la cabeza.

—Oh, por favor, ve a decirle que se ha terminado, quiero verlo.

Le doy un puñetazo en el hombro y gruño mientras bebo de mi copa de champán. Me he asegurado de que Hannah tenga a alguien que le sirva en todo momento, aun así, no puedo dejar de mirarla. Está preciosa vestida de blanco, pero lo que más me gusta es que en la tela hay vetas de oro, como si ese vestido lo hubiera arreglado. Y el ramo de orquídeas es simplemente perfecto. Como ella. Por eso me tatué encima de las espinas de mi cuello una serie de orquídeas que representan lo que hizo Hannah por mí: darme aire para respirar.

Veo a Matteo jugar con el pequeño Luciano. Emma los mira sonriendo, es una chica muy inteligente, hemos conseguido que siga sus estudios y ahora los tres viven juntos como la familia que son.

—¿Qué tal vas con tu terapia? ¿Ya puedes decir que la tienes grande sin que te duela la cabeza por la mentira?

Simona se une a nosotros, riéndose de la gracia del gilipollas de mi amigo.

—¿No tenías que irte ya? —pregunto, y él bebe de su copa riéndose aún más. Se largó a Nueva York con su familia y he de reconocer que lo he echado de menos, pero no pienso decirlo en voz alta.

Solo ha venido unos días por la boda y luego regresará, aunque puede que hable con él si Simona finalmente tiene que ir a México una temporada con Ramírez. No sé qué pasa entre esos dos, pero prefiero no meterme en su telenovela personal.

—Hannah está preciosa —afirma mi prima—. Y tía Rosa también. Mi madre y ella van conjuntadas.

Miro a nuestras madres y sonrío, son mejores amigas y parece que han aceptado a la de Hannah en su pequeño círculo porque veo a las tres reírse mientras sus maridos las observan enamorados desde la otra parte de la carpa.

Tío Gio se ha jubilado, como mi padre, y los de Hannah han regresado de Berlín para estar cerca del bebé, pero, por lo que sé, ya están planeando viajes todos juntos.

—A mis padres les hubiera encantado esta boda —asegura Dom, y asiento.

Lo sé, me llamaron para decirme que no podrían venir porque al final, aunque la Camorra de San Francisco y la Cosa Nostra de

Nueva York se llevan bien, no todo el mundo está de acuerdo con esta alianza.

—Domenico Bianci —escucho decir, y veo a Hannah acercarse—, ni se te ocurra acercarte a Jenna.

Dom se encoge de hombros y le da una vuelta, agarrándola del dedo con el que lo estaba tratando de reñir, consiguiendo que ella se ría.

—Cuida de mi mujer —le gruño divertido, y la atraigo hacia mí para bailar una canción lenta que acaban de poner.

La llevo hasta la pista y comenzamos a movernos al compás de la música.

—Jenna se va a ir a Montreal, mi amiga le ha ofrecido un puesto en su clínica y ha aceptado —dice entre feliz y triste.

—Le pediré a Dante Bianci que la cuide, aunque espero que no mande a su hijo, el primo de Dom es peor que él.

Hannah me besa y apoya su cabeza en mi pecho. La abrazo mientras no dejamos de movernos y siento que ahora mismo soy el hombre más afortunado del mundo. Tengo a mi familia, a mis amigos y al amor de mi vida reunidos en un mismo lugar.

—Te amo —susurro a Hannah, y beso su cabeza.

Ella alza la vista, y cuando me va a contestar, cambia la mueca de su cara. Luego mira hacia abajo y un enorme charco sale de debajo de su vestido.

Joder, creo que ahora sí que es el mejor día de mi vida.



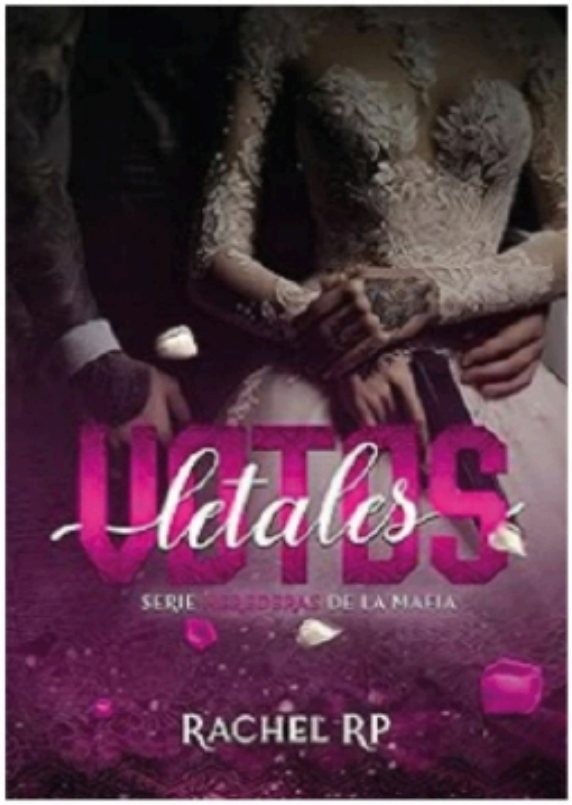
¿Y ahora qué?

Hemos llegado a la siguiente generación de mafiosos, así que primero que todo MUCHAS GRACIAS a todas las que habéis estado conmigo a lo largo de todos estos libros. A las que acabáis de llegar, BIENVENIDAS y, sobre todo, disfrutar de los mafiosos que más os apetezcan… Me refiero a que todos estos libros son parte del Mafiaverso, libros conectados porque se nombran personajes, pero autoconclusivos y no tienes que leerte unos primeros que otros (salvo en el caso de las series como las Herederas de la Mafia que tienen un orden de las cuatro hermanas).

Dicho esto, en las siguientes páginas os voy a poner las diferentes mafias que tengo, en plan árbol genealógico, pero sin los hijos, ya que los iréis descubriendo a través de los siguientes libros. Y tras esto me vais a ayudar a elegir mi siguiente libro. Sip, sois así de importantes, quiero que vosotras me digáis quién tendrá su libro.

Y ya para terminar os voy a decir solo que, en este libro, el prota, Danilo, proviene del libro de Adriano de La Famiglia de Nueva York, quien sale es su padre y con él empezamos la siguiente generación donde, como ya habéis visto, hemos conocido a Dom, el hijo de uno de nuestros gemelos Bianci.

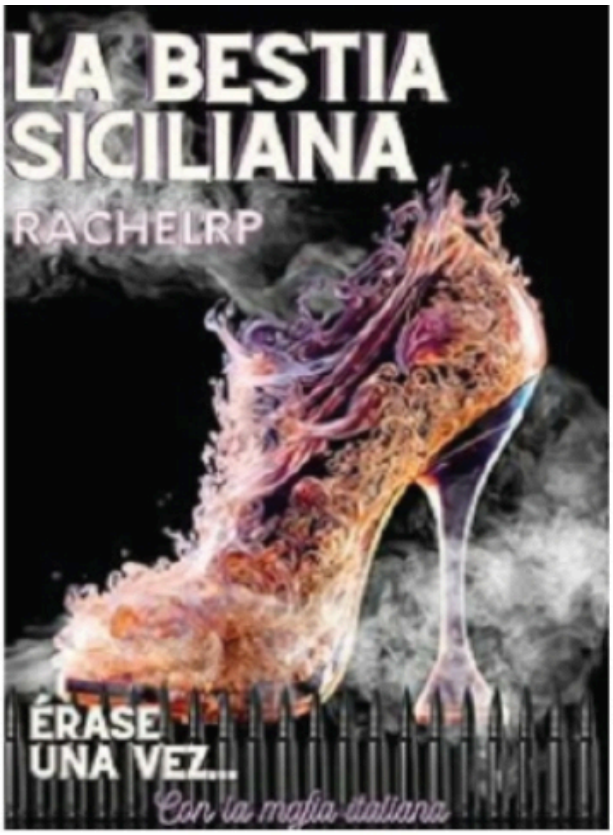
No os entretengo más, os enseño las mafias del Mafiaverso y después elegís, ¿os parece?

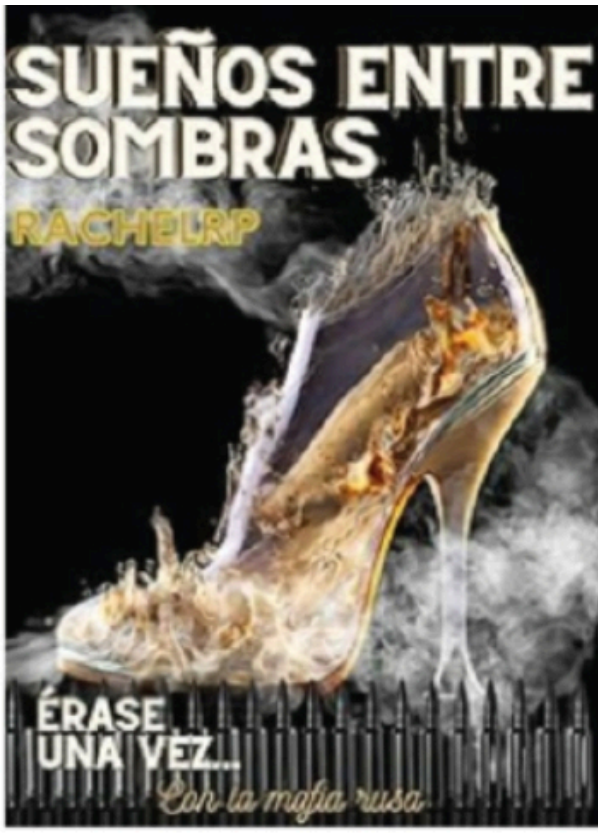

votos
letales
SERIE HEREDERAS DE LA MAFIA
RACHEL RP


promesas
secretas
SERIE HEREDERAS
RACHEL RP


alianzas
ocultas
SERIE HEREDERAS DE LA MAFIA
RACHEL RP

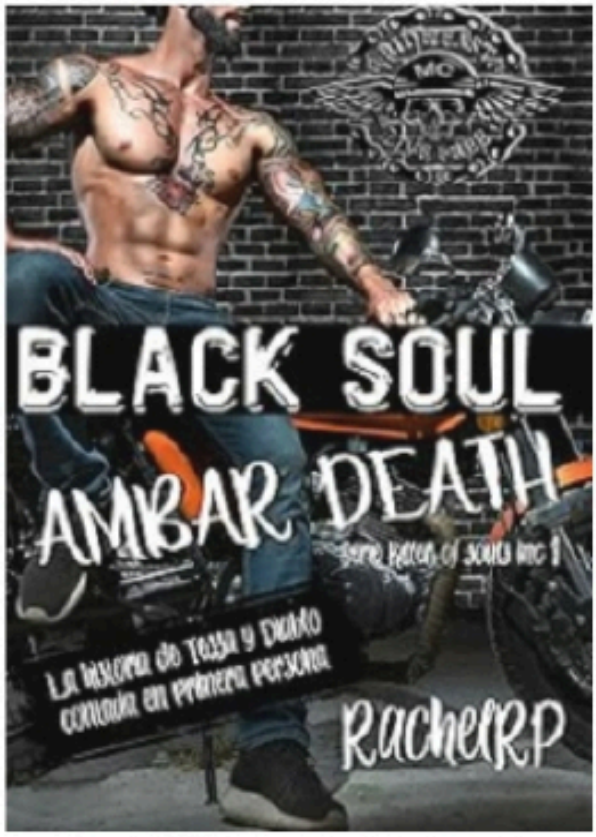

pactos
peligrosos
SERIE HEREDERAS DE LA MAFIA
RACHEL RP


LA BESTIA SICILIANA
RACHELRP
ÉRASE UNA VEZ...
Con la mafia italiana


SUEÑOS ENTRE SOMBRAS
RACHELRP
ÉRASE UNA VEZ...
Con la mafia rusa

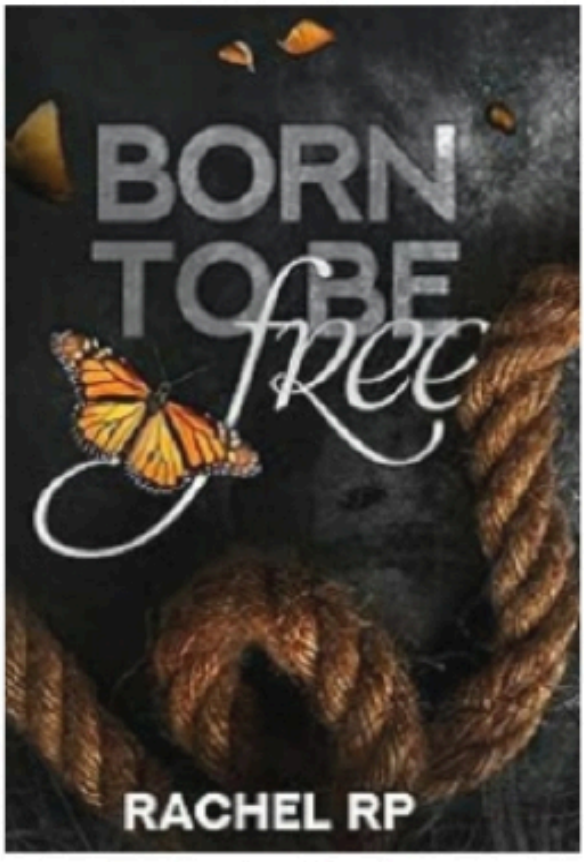

DETRÁS DE LAS MÁSCARAS
RACHELRP
ÉRASE UNA VEZ...
Con la mafia irlandesa


MÁS ALLÁ DEL MAR
RACHELRP
ÉRASE UNA VEZ...
Con la mafia turca


BLACK SOUL
AMBAR DEATH
La historia de Tessa y Duke
contada en primera persona
RachelRP

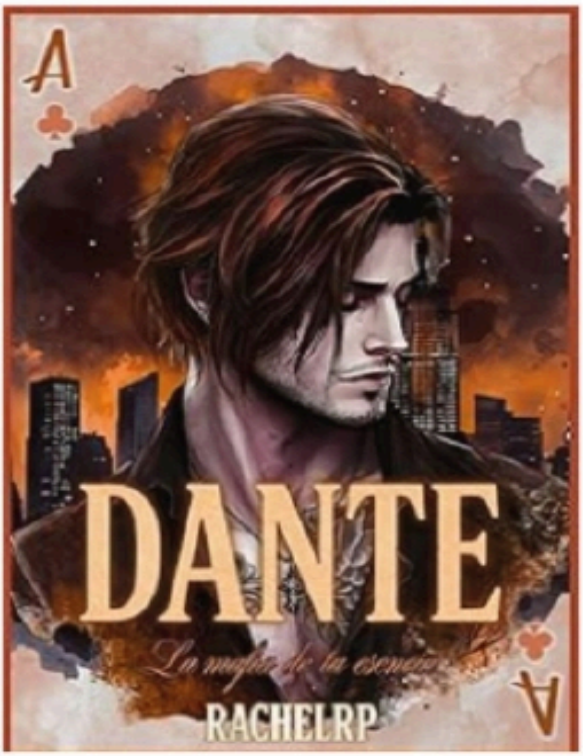

BLACK SOULS
REVENGE
RachelRP


ZAKRONE
RachelRP


BORN
TO BE
free
RACHEL RP


A
VITO
La mafia de la mirada
RACHELRP
A


A
FLAVIO
La mafia de la piel
RACHELRP
A


A
DANTE
La mafia de la esencia
RACHELRP
A


A
ADRIANO
La mafia de la voz
RACHELRP
A

Bueno, ahora que ya sabéis quiénes son los de la primera generación, podréis decidir con quién sigo, las opciones serán con Simona viajando a México o con Dom en Nueva York. Habéis conocido a ambos protas en este libro, también a las que serán sus parejas… Una está más clara que la otra ehhh jejejejeje

Si queréis votar por ¿de quién será el próximo libro?, solo tenéis que apuntaros a mi newsletter en www.rachelrp.es para recibir las sinopsis de las opciones y ayudarme a decidir.

Y ya, por último, de verdad, os dejo un enlace con el vídeo de Youtube en el que vais a poder ver la escena de Más fuerte que su destino que la prota narra en uno de los capis. Y os lo pongo porque es mi película favorita, de hecho, me sé los diálogos de memoria de lo mucho que me emociona cuando llega a esta escena. Basada en hechos reales, es un peliculón que si tenéis la oportunidad no os perdáis y luego me lo contáis.

LINK PARA VER EL FRAGMENTO
